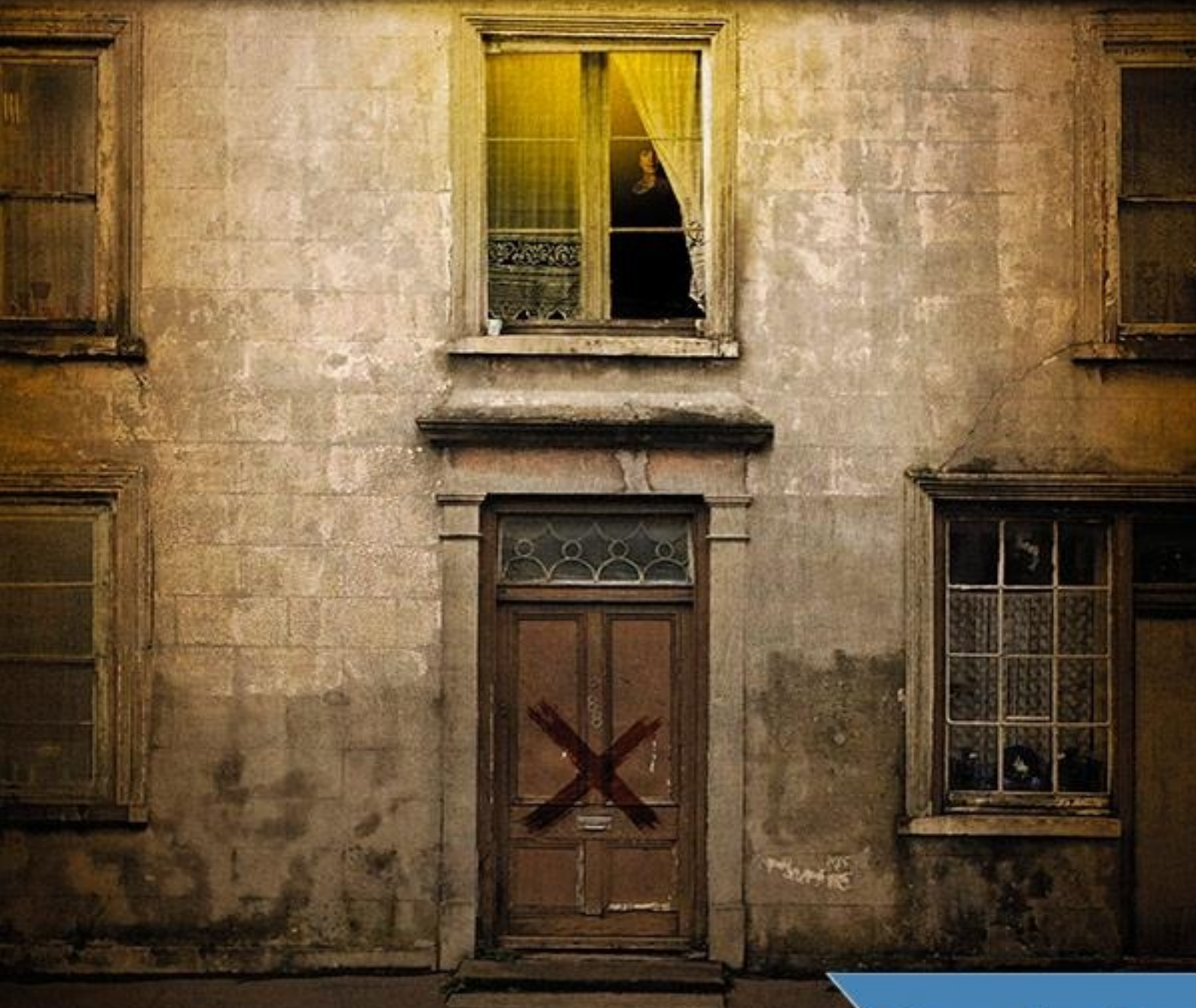


ROMANO DE MARCO

EN CASA DEL
DIABLO



se

Lectulandia

Giulio Terenzi es un empleado de banca de 30 años y carrera prometedora que, como represalia por haber tenido relaciones sexuales con una cliente de edad avanzada, es destinado a Castrognano, un pueblo perdido de pocos habitantes. Allí dará el relevo a Rinaldi, un compañero que está a punto de jubilarse. Antes de marcharse, Rinaldi le sugiere que no se fíe de nadie en el pueblo, y le informa de misteriosas desapariciones de algunos viejos vecinos.

Terenzi se pone manos a la obra y se familiariza con los clientes de la sucursal, entre los que destaca la anciana baronesa Eleonora de Santis, la única que parece poseer alguna cantidad considerable, administrada por su nieto, el extraño Corrado.

Lectulandia

Romano De Marco

En casa del diablo

ePub r1.0

Titivillus 01.01.2018

Título original: *A casa del diavolo*
Romano De Marco, 2013
Traducción: Patricia Orts
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La carretera es un muestrario de curvas. Cerradas, de herradura. Estranguladas. Todas en subida, sin quitamiedos y bordeando unos precipicios amenazadores. Cada doscientos metros encuentro ramos de flores colocados al margen de la calzada, algunos acompañados de una fotografía enmarcada. El navegador de mi todoterreno dice que aún faltan dieciocho kilómetros y pienso que cinco minutos más así y, como poco, vomitaré. Espero que alguien llegue de un momento a otro para despertarme de esta pesadilla. «¡Giulio Terenzi, has mordido el anzuelo! ¡Sonríe, estás en *Objetivo indiscreto!*».

Pero nadie vendrá a salvarme.

Hace ocho días

—¡Terenzi! ¡Vamos, acomódese!

—Gracias, señor.

El despacho de Paolantoni, el responsable de los recursos humanos de la zona, es el más elegante de nuestra sede de Ascoli. Amplios ventanales en los dos lados; parqué de nogal antiguo, pero recién abrigantado; muebles de diseño tapizados de piel de color burdeos, con las superficies de cristal satinado.

—¿Cómo se ha sentido con Bracciani? ¿Ha sido instructivo trabajar como vicedirector en una filial tan importante?

—Sí, señor. He aprendido mucho y estoy preparado para sacar provecho de esta preciosa experiencia.

¡El viejo canalla de Bracciani! Me relegó en la oficina durante seis meses. Nada de producción ni de desarrollo. Me impidió tratar con los mejores clientes, los que cuentan, de manera que apenas tuve ocasión de conocerlos y si lo hice fue porque me presenté por mi cuenta. Ni siquiera es licenciado. Un contable de sesenta años que apenas sabe abrir un correo electrónico. Yo, que tengo un máster en Economía en la LUISS y que me licencié con matrícula de honor, tuve que hacer de esclavo y soportar su paternalismo y sus discursos sobre la manera de trabajar «al viejo estilo». Pero por fin ha terminado. Ha sido como estar a pan y agua, como decía ese político

durante la campaña electoral, pero la sonrisa no se ha borrado de mis labios y ahora estoy preparado para dar el gran salto. Esta convocatoria estaba en el aire, un amigo me la anunció en la sede central: «Se rumorea que van a proponerte para dirigir una filial. Podría ser algo importante».

En efecto, siento que ese puesto será mi trampolín de lanzamiento. ¡A partir de ahora, nadie podrá detenerme! Tengo treinta años y apuesto a que cuando cumpla cuarenta seré ya director.

Basta, no puedo más. Voy a vomitar de verdad el desayuno. Me paro a un lado de la carretera, en una especie de explanada que, mira tú por dónde, está justo al margen de una curva cerrada. Me apeo y doy unos pasos por una alfombra de grava que alguien debe de haber descargado para cubrir la mierda de oveja. El aire es cortante, es posible que estemos a quince grados y hoy es tres de junio. Voy a tener que dormir con el edredón.

Al mirar alrededor solo veo montañas. El cielo está asquerosamente despejado, atravesado por un par de estelas espumosas de unos aviones que parecen petrificadas en el inmenso *desktop* celeste. El silencio es irritante. Me concentro y logro percibir un único ruido a lo lejos, una especie de campanilleo de vacas. Estoy rodeado de laderas de color verde esmeralda que, a cierta altura, se transforman bruscamente en crestas de rocas marrón grisáceo. En la cima hay alguna que otra mancha blanca; debe de ser el glaciar del Gran Sasso, el único en toda la cadena de los Apeninos, si mal no recuerdo.

Pero ¿qué cojones hago aquí?

—Bien, bien, Terenzi. Lo he convocado porque usted es un joven de grandes capacidades y la empresa quiere darle la oportunidad de hacerlas fructificar proponiéndole una dirección.

—Se lo agradezco, señor. Le confieso que, en efecto, me lo esperaba y que estoy preparado para hacer un esfuerzo. Aspiro a trabajar por objetivos, a medirme sobre el terreno para demostrar lo que valgo. Le aseguro que estaré a la altura de la confianza que han depositado en mí.

—Claro, claro. Como usted sabe, nuestra política empresarial consiste en formar a los empleados a trescientos sesenta grados. Queremos que el crecimiento profesional técnico de perfil alto vaya siempre acompañado de una trayectoria humana centrada en la gestión de las relaciones interpersonales. El «enfoque adecuado» en el trato con los compañeros es fundamental para los que aspiran a desempeñar una función directiva, para los que un día deberán optimizar los recursos y organizar los equipos de trabajo.

«Un día». Lo ha dicho en un tono que no me gusta ni un pelo.

—Bueno, señor, he asistido a varios cursos sobre asertividad, gestión de

conflictos en los grupos de trabajo, evaluación de los riesgos psicosociales relativos al ámbito laboral y...

—Sí, sí; ya lo sé, conozco su currículum. Es impecable, desde luego. Usted se tiró a la señora Battiston de la filial de San Benedetto, ¿verdad?

—¿Qué? Pero ¿qué dice? Yo no...

—¡No se haga el sueco, Terenzi! No intente negarlo. Todo lo que sucede en la zona pasa por mi escritorio. No solo soy el jefe de personal, además soy una especie de confesor.

—Disculpe, señor, pero no entiendo en qué forma los asuntos personales pueden...

—¡Calle, por Dios, y escúcheme! Con toda probabilidad no sabe que Magda Battiston y yo empezamos juntos en este banco cuando usted aún seguía pegado a las faldas de su madre, que le limpiaba la nariz. Magda lleva casada veinticinco años, tiene una hija en la universidad y un hijo a punto de licenciarse. Es una mujer muy guapa, lo sé. Lo era aún más hace veinte años, cuando trabajábamos juntos. ¿Cree que yo no la deseaba entonces? Claro que sí. Igual que muchos compañeros que colaboraron con ella. Pero la respetamos. Respetamos su matrimonio, su dignidad. Luego, de repente, apareció usted. Treintañero, licenciado con las máximas notas. Un cuerpo de atleta, trajes firmados y muchos humos, una presunción que le hace creerse superior a todos nosotros. Los «dinosaurios», así nos llamaba cuando hablaba con Magda, ¿verdad? ¿Sabe que después de la breve relación que tuvo con usted sufrió una crisis? Estaba enamorada. Cuando usted la dejó, después de haberse acostado con ella en un par de ocasiones, su vida estalló en mil pedazos. Las relaciones con el bueno de su marido, con sus hijos. Todo se crispó, se volvió confuso.

—Pero usted... Quiero decir, esos son asuntos privados que yo...

—¿Está preguntándome cómo lo sé? Ya se lo he dicho, Terenzi, yo lo sé todo. Magda se confesó conmigo. Hace unos días estaba sentada en el mismo sillón donde está usted ahora, llorando de desesperación. Me costó convencerla de que debía rehacerse, recuperar un poco la dignidad. No sabía cómo consolarla. Pero a usted todo esto no le interesa, ¿verdad? Usted, por lo que sé, se niega incluso a hablar del tema. ¡Hasta la amenazó con contárselo todo a su marido si ella seguía molestándolo!

Siento un sudor frío. Me revuelvo disgustado en la silla pensando en cómo debo comportarme, preguntándome cómo será el marrón que me espera.

—¡En cualquier caso, Terenzi, vayamos al grano! Como le decía, lo hemos convocado para ofrecerle una dirección.

Paolantoni escribe algo en un pòsit; después, lo despega del bloque y lo tira sobre el escritorio que está delante de mí.

—Este es su nuevo destino. Dentro de una semana sustituirá a su compañero Rinaldi, que se jubila.

Siento que la sangre fluye de mi cara y que la fuerza escapa de mis extremidades.

—No, no es posible. Me niego...

—No me ha entendido, Terenzi. No es una propuesta, sino una disposición bien precisa. Su contrato dice que usted no puede rechazar un traslado. Claro que puede incordiar un poco, tomarse su tiempo, dirigirse al sindicato, pero mírelo de esta forma: si acepta, podrá expiar la pena enseguida. Liberarse de su engreimiento, de sus manías de protagonismo y de su absoluto desprecio de la dignidad de sus compañeros. Si se comporta bien, tarde o temprano la empresa puede decidir ofrecerle otra posibilidad de hacer carrera. Si se rebela, será siempre un empleado secundario. En este banco nosotros, los «dinosaurios», masticamos y escupimos sin el menor esfuerzo a los cojonudos como usted. No le conviene ponernos a prueba.

—Pero ¡eso es un chantaje!

Paolantoni esboza una sonrisa. Nota que mi protesta es débil, que, en realidad, aún estoy pensando en lo que debo hacer.

—Si lo considera inaceptable, dimita. Será duro perder su preciosa colaboración, pero intentaremos seguir adelante de todas formas. Y usted podrá buscar otro grupo bancario que lo contrate. Ah, a propósito, si está pensando que su currículum le abrirá todas las puertas, recuerde que todos los responsables de recursos humanos de los bancos se conocen y que antes de contratar a alguien que solicita un puesto se informan.

Bajo la mirada y leo de nuevo lo que Paolantoni ha escrito en el pólit. Creo que estoy en un aprieto.

Por fin llego. Los últimos quince kilómetros han sido los peores. A lo largo del recorrido no he visto un alma, exceptuando al humanoide de edad indefinida que cruzó la calle detrás de unas veinte ovejas. Ni siquiera se volvió para mirarme, como si mi Tiguan azul metalizado, nuevo y reluciente, fuese un cuerpo extraño en el contexto de esta mierda de montaña.

Cavernícolas con las uñas sucias y el aliento apestando a vino, o mujeres destrozadas siempre vestidas de negro, que vienen a depositar o a sacar unas cuantas monedas de sus malditas libretas de ahorros. Eso es lo que me espera en los próximos meses.

Un cartel en el margen de la carretera parece burlarse de mí. Me detengo para leerlo mejor: «BIENVENIDO A CASTROGNANO; PROVINCIA DE AQUILA; 1328 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR; HABITANTES: 294». Ahora la carretera es una recta plana que desemboca en una especie de plaza pequeña rodeada de edificios viejos de dos pisos, pegados unos a otros como si estuvieran encastrados. La desolación es total, parece que el tiempo se ha detenido. Un escenario estremecedor. No obstante, esta vez la causa no es la temperatura.

La plaza tiene forma rectangular. No hay un bar ni un quiosco, nadie. Me pregunto dónde se habrán metido todos, dado que hace tiempo que pasó la hora de comer.

El banco tiene una puerta de madera de dos hojas, abierta, que recuerda la de una taberna. En el interior entreveo la esclusa giratoria con el detector de metales. ¿Cómo demonios habrán conseguido hacerla entrar por ese agujero? El letrero es pequeño y obsoleto, en él aún figura el logotipo anterior a la última fusión, la de hace dos años.

Aparco en medio de la calle, dado que no hay más coches y el espacio abunda. Justo delante de la entrada de la filial hay un edificio algo más decente que los demás, una especie de casa señorial. Tiene una puerta de madera maciza, con intradoses de piedra y ventanas altas adornadas con unas cortinas blancas. Las demás casas que rodean la plaza forman un edificio único y discontinuo, interrumpido por la calle principal y por un par de callejones estrechos que llevarán a saber dónde. En buena parte son casas ruinosas que necesitarían, como mínimo, un mantenimiento extraordinario. También el estado del edificio en cuya planta baja se encuentra el banco es bastante lamentable. Los postigos de madera verde están desconchados y no coinciden, la pared está llena de manchas de salitre y el enlucido se cae a pedazos.

Maldigo el día en que decidí concederme un capricho con esa ninfómana de Magda Battiston.

—Ah, tú debes de ser Terzani, el nuevo, ¿me equivoco?

—Terenzi. Giulio Terenzi. Rinaldi, ¿no?

Le estrecho la mano sin el menor entusiasmo. Un hombre entre sesenta y sesenta y cinco años, con entradas, vello blanco en la cabeza, cara enjuta y gafas de montura ligera. Es alto, pero encorvado, como si llevara a la espalda un peso invisible. Su apretón es flácido y vacilante, retiro la mano en menos de un segundo.

—Bienvenido a Castrognano. Debes de haber hecho una muy gorda para acabar aquí.

Siento crecer de manera exponencial la antipatía que este tipo me ha inspirado a

primera vista.

—¿Y a ti por qué te han tenido aquí todos estos años? ¿Acaso trataste de matar al director ejecutivo?

—Ah, en mi época era distinto, ¿sabes? Hace veinte años este era un destino como cualquier otro, por aquel entonces yo era empleado de la Banca di Credito Cooperativo dei Monti della Laga. Después, con todas las fusiones que hubo, se olvidaron de mí y me dejaron aquí hasta la jubilación. Era el único dispuesto a combatir con la gente de este lugar, los montañeses son desconfiados. Además, no tengo familia.

—Si te has quedado todo este tiempo es evidente que te encuentras bien. ¿Piensas seguir viviendo aquí?

—De eso nada. Tengo una casa en la playa, en Giulianova. Me instalaré allí esta misma noche; así te dejaré el piso libre, como acordamos. Ven, te enseñaré la filial.

El banco es microscópico. La cabina de la caja está en mal estado y la caja fuerte es una auténtica pieza de anticuario. En el área destinada a los clientes, el espacio es tan reducido que si se presentaran más de cuatro o cinco personas a la vez se producirían un tapón. Una silla desvencijada de madera apoyada en la pared hace las veces de sala de espera.

Desde detrás de la caja se accede a un pasillo que lleva a una especie de despacho con un escritorio, un perchero y un par de clasificadores metálicos de antes de la guerra. A la izquierda está la puerta del cuarto de aseo. La abro y la depresión me asalta de nuevo: sanitarios viejos, azulejos desportillados, grifería oxidada.

A la derecha hay una escalera que baja.

—¿Adónde lleva? —le pregunto a Rinaldi.

—Al archivo. Ven, yo iré delante.

Bajamos los peldaños de madera, que se mueven bajo nuestros pies. Rinaldi pulsa un interruptor y un par de bombillas que cuelgan del techo iluminan una habitación grande, húmeda y apestosa que medirá unos seis metros por cinco. Una estantería metálica con cajas y carpetas llenas de tablas. El suelo es de cemento aglomerado y, en los rincones, alguien ha colocado unas extrañas cajas de plástico gris.

—¿Qué es eso?

—Ah, ¿esas? Son cebos para los ratones. Hace unos años hicieron un desastre, se comieron todos los sobres de la caja, incluidos los cheques.

—¿Alguna empresa se ocupa de la desratización?

—¿Qué? Ah, no, lo hago yo. Cambio el veneno todas las semanas y tiro los cadáveres. Luego te enseñaré cómo se hace.

Alzo la mirada hacia las cajas, cada vez más preocupado.

—¿Mil novecientos noventa y cuatro? ¿Es una broma? La normativa interna obliga a destruir la documentación interna pasados diez años.

—Ya, el problema es que los del servicio técnico deben de haberse olvidado de que hay una filial en Castrognano. En veinte años solo han venido una vez a retirar el papel. A menudo soy yo el que elimina un poco, echo todo a la estufa que tengo en casa.

—Bromeas, ¿verdad? Es un chiste.

—No —responde Rinaldi con una sonrisita insoportable en los labios—, en absoluto.

El apartamento, situado en el primer piso del mismo edificio, solo es un poco más decente que la filial. Se accede a él a través de una puerta exterior, que se encuentra al lado de la del banco.

Es amplio, medirá unos cien metros cuadrados. Las únicas habitaciones amuebladas son la cocina, el dormitorio y una especie de comedor con un sofá, una mesa con dos sillas y un mueble para la televisión. El cuarto de baño es tan miserable como el del banco. Aquí, al menos, los azulejos están intactos, pero la puerta del armario no se cierra y chirría como en una película de miedo.

Al lado de la puerta hay dos maletas grandes y un par de cajas cerradas con cinta adhesiva para paquetes.

—He preparado mis cosas; como ves, no tengo ninguna intención de quedarme más tiempo.

—Bueno, debe de ser un momento ideal —digo por no callar—. Vas a vivir a la playa, tendrás un montón de tiempo para ti.

—Ya no me queda mucho a lo que dedicarme. Pasaré el tiempo leyendo y pescando. Aún tengo algún amigo en Giulianova; por lo general retomo los contactos cuando voy allí de vacaciones. Se sorprenderán de verme llegar fuera de temporada.

—Disculpa si me meto en tus asuntos, pero ¿no tienes parientes? Alguna casa a la que volver...

—No, nunca me he casado. Soy hijo único y mis padres murieron hace mucho tiempo.

—Puede que dejar de trabajar así, de golpe, sea un poco traumático, pero ya verás como en breve te sentirás...

—¿Crees que lamento irme de aquí? —me interrumpe—. Al contrario. La gente de este pueblo es extraña, llevo demasiado tiempo soportándola. Son ignorantes y malvados. Es más, si me lo permites, aprovecharé para darte un consejo...

—Suelta.

—No te fíes de nadie. Hace tiempo que en el pueblo ocurren cosas inexplicables, se lo he dicho varias veces a los carabineros, pero no han querido escucharme. Hay un ambiente extraño. Morboso.

—Sí —digo perplejo, con una punta de curiosidad mezclada con cierta inquietud—, pero ¿de qué se trata en concreto? ¿A qué cosas extrañas te refieres?

—Gente que desaparece. Ancianos que, de un día para otro, dejan de verse. Y nadie sabe qué ha sido de ellos, nadie hace preguntas, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Pero esa gente tendrá familia, alguien que note su ausencia, que denuncie su desaparición.

—Esa es justo la cuestión. Todos lo saben, pero todos fingen que no lo saben. Y nadie denuncia nada. No obstante, he intentado averiguar algo más sobre esa historia. Tengo un amigo que trabaja en el Gobierno Civil, hablaré con él y le pediré que abra una investigación. ¡Vaya si lo haré! ¡Puedes estar seguro!

Me pregunto si Rinaldi habla en serio o si, simplemente, está tomándome el pelo.

Me despido de él a eso de las siete de la tarde y lo miro mientras se aleja a bordo de su coche, un Fiat Seicento. Le he ayudado a cargar las cajas en el portaequipajes, fijándolas con unas cuerdas elásticas con ganchos como las que se usaban en los años setenta. Hemos metido una maleta en el asiento posterior y otra en el pequeño maletero.

Nos hemos pasado la tarde mirando los registros de los últimos tres meses y las fichas de los clientes. Como suponía, muy pocas cuentas corrientes, un número irrisorio de tarjetas de cajero automático y de tarjetas de crédito, en buena parte libretas de ahorro. Depósitos poco menos que irrelevantes, salvo los de una cliente que tiene dos cuentas corrientes, cuatro libretas y varios cientos de miles de euros en obligaciones del banco, además de un capital notable en certificados de depósito. En total, un patrimonio de más de tres millones de euros. Con toda probabilidad, es el único motivo por el que la dirección de la zona aún no ha cerrado esta asquerosa sucursal.

La clienta se llama Eleonora De Santis. La «baronesa» De Santis, según me ha dicho Rinaldi. Por lo visto, vive en el palacio que hay enfrente del banco, pero es inválida y nunca sale de casa. De ella se ocupan varios médicos, enfermeras y un par de cuidadoras que se turnan cada semana. Tiene un sobrino de veintiocho años, un tal Corrado De Santis, que maneja las cuentas y las libretas de la anciana en virtud de un mandato que Rinaldi en persona autenticó en presencia de esta.

—No sabes lo que me costó convencer a la baronesa de que me dejara entrar en su casa —me contó Rinaldi—. No tolera la presencia de extraños, fue duro hacerle comprender que antes de aceptar el mandato debía asegurarme de su estado de salud. En realidad, quería verificar que la cabeza aún le regía. No me fío de su sobrino; es un vago, un inútil. En cambio, a diferencia de lo que me esperaba, encontré una mujer en plena posesión de sus facultades mentales. Muy vieja, por descontado, pero completamente dueña de la situación. Delante de ella, su sobrino se comportaba con sumo respeto, con deferencia. Como si tuviera miedo de la grácil viejecita que estaba en la silla de ruedas.

Ordeno con desgana mis cosas en el apartamento. Solo he traído una maleta, el resto lo prepararé durante el fin de semana, cuando vuelva a Ascoli. Tengo ganas de llamar por teléfono a Lucilla, pero me contengo por temor a que la depresión me empuje a decir cosas que podrían volverse contra mí. Es la chica más guapa y más rica de la ciudad. Cuando empezamos a salir juntos, hace cuatro meses, estaba seguro de tener el mundo a mis pies. Una carrera meteórica en el banco y la perspectiva de un matrimonio sólido y feliz. Leía mi radiante futuro reflejado en sus ojos. Esos maravillosos ojos verdes.

Recibió mal la noticia de mi traslado y temo que no sea solo por el hecho de que ya no podremos vernos tan a menudo. A Lucilla le importa al menos tanto como a mí mi carrera y nunca lo ha ocultado. No pude convencerla de que era algo temporal, que solo durará unos meses y que en breve todo volverá a ser como antes. No se lo tragó.

Por suerte logré ocultarle los verdaderos motivos de esta tragedia. Me inventé una discusión entre Bracciani, el director de la sucursal de Ascoli, y yo. Le conté que me opuse firmemente a autorizar una financiación que carecía de las garantías necesarias y que estaba destinada a un amigo suyo. Incluso fingí que alardeaba de mi intransigencia mientras le contaba esa sarta de mentiras, y ella me observaba pasmada, como si hubiera perdido el juicio.

Echo mucho de menos a Lucilla. Echo de menos su olor, su manera de vestir, las palabras que me dice cuando hacemos el amor. Desde que nos vemos, siempre se ha confesado conmigo. Es evidente que me considera un gran hombre. Temo que ahora ya no piense lo mismo.

Sopeso a toda velocidad las posibles estrategias defensivas que estudié infinidad de veces la semana pasada. La primera de todas: demandar al banco por *mobbing*. Pero sé que sería inútil y contraproducente. El traslado es legítimo y me jugaría todas las posibilidades de hacer carrera, incluso las más remotas. ¡Actitud servil y artera con el jefe de personal, imagínate! He comprendido cuál fue la razón que lo empujó a castigarme con tanta dureza. Debe de hacer siglos que intenta acostarse con la Battiston y que ella le da calabazas. Porque, como hombre, es bastante repugnante: cara de idiota, exceso de peso, y pelos en la nariz. Por no hablar de su manera de vestir. «La respetamos. Respetamos su matrimonio, su dignidad». Faltaría más. Como si no supiera qué tipo de reacción es capaz de desencadenar una como Magda en las partes bajas de un hombre adulto normal. ¡Si produce ese efecto a los cincuenta, imagínate cómo era cuando tenía treinta! Paolantoni debe de haber acumulado tanta frustración, debe de haberse hecho tantas pajas pensando en el bombón de su compañera, que cuando supo que a mí me habían bastado un par de semanas para seducirla enloqueció de celos. Así que cogió la ocasión al vuelo y se desahogó con un servidor. El muy hipócrita representó incluso el papel de defensor de la Battiston.

Otra opción podría ser ella. Podría hablarle, desplegar todo mi encanto, pedirle perdón y rogarle que intercedieran por mí con su amigo. Reflexiono unos minutos, tumbado en la espantosa cama de cuerpo y medio con el cabezal de nogal taraceado, mirando la bóveda del techo. No, no pienso rebajarme tanto, jamás. No la llamaré, perdería mi dignidad. Todo tiene un límite.

He abierto a las ocho y media y son las nueve y diez. Hasta ahora no se ha presentado nadie en el banco. De hecho, los registros me dicen que el número de operaciones diarias es, a decir poco, irrisorio.

En lugar de aprovechar el tiempo libre para tratar de ordenar el lío de documentos que me ha dejado en herencia mi compañero, me quedo sentado en la caja observando el teléfono. De cuando en cuando desvío la mirada a mi reloj, el Rolex Oyster de acero y oro que me regaló Lucilla. Sí, diría que es el momento justo, ni demasiado pronto ni demasiado tarde. Marco el número y escucho el sonido de las llamadas mientras contengo la respiración.

—¿Dígame?

—¿Magda? Hola, soy yo, Giulio.

Silencio.

—¿Me oyes, Magda? Perdona que te moleste. ¿Puedo hablar contigo un momento? Si estás ocupada, no tengo inconveniente en llamarte más tarde.

Silencio.

—Pensaba escribirte, pero he preferido llamarte. Entiendo que no quieras hablar conmigo, pero he querido intentarlo de todas formas.

—Dime —responde ella con frialdad.

—Tengo que pedirte perdón, Magda. Me rogaste muchas veces que habláramos, que nos viéramos, que aclaráramos las cosas. Por desgracia, te lo confieso sin tratar de excusarme; no me sentía con fuerzas. Todo fue tan rápido, tan repentino... Pero había consecuencias para los dos, lo sabes de sobra, que al final del año me bloquearon, me hicieron reflexionar sobre el sentido de lo que estábamos haciendo. Eres una mujer realmente especial y yo... ¿Magda? ¿Me escuchas?

—Sí, te escucho. Sigue.

—Eres una mujer especial. No creas que me resultó fácil verte sufrir de esa forma. Quiero decir... Yo también estaba mal y las cosas que dije, mi comportamiento incorrecto, te lo juro, solo fueron fruto de la gran confusión que tenía en la cabeza... Ahora, con la mente fría, he reflexionado mucho sobre lo que hubo entre nosotros, estoy preparado; estaría preparado, porque en este momento

depende de ti, para que nos viéramos y lo aclaráramos todo. Eres una persona demasiado buena para...

—Por lo que veo, el aire de montaña te ha ayudado a aclarar las ideas, ¿eh?

Sabía que era inútil llamarla, pero sigo adelante de todas formas.

—No, escucha, te aseguro que es una exigencia que siento de verdad, algo que me hace estar en ascuas, que me impide estar tranquilo. Necesito arreglar las cosas contigo. Por eso me gustaría pedirte, suplicarte, que me concedas una cita. Cuando quieras, donde quieras. Cometí un error, lo sé, pero te pido que me demuestres una vez más lo que ya me has demostrado; quiero decir, que eres mejor persona que yo.

Tarda al menos diez segundos en responder.

—No lo sé. Tengo que pensármelo.

—Por supuesto, Magda, por supuesto, ¡lo entiendo! —Es increíble. Estoy entusiasmándome por un quizá.

—Te diré lo que he decidido.

—En ese caso, espero a que me llames; te lo repito, es una necesidad que...

Ha colgado. Lo hago también, odiándome por haber caído tan bajo. Fue una decisión difícil, que me costó una noche de tribulaciones, pero al final me pareció que era la única vía de salida.

Anoche al final me dormí vestido, sin cenar, y fue la peor noche de mi vida. Pesadillas, temblores debido al frío; después, un calor sofocante y un baño de sudor. Me despertaba una y otra vez, aterrorizado, sin saber dónde estaba. A las cinco menos veinte decidí levantarme y esperar a que amaneciese. Conté los minutos que me separaban del momento en que iba a poder aplicar mi plan desesperado de salvación. Picoteé medio paquete de galletas que Rinaldi había olvidado, acompañado de un café repugnante (jamás he sabido hacerlo). Oro Saiwa. Las sequísimas, banales y anacrónicas Oro Saiwa. Ojalá hubieran sido las de chocolate.

Suceda lo que suceda, la tentativa ha dado en el blanco. No será fácil, pero quizá exista una mínima esperanza de escapar de este horrendo purgatorio.

Mis elucubraciones escasamente positivas se ven interrumpidas por la voz grabada de la esclusa antiatraco: «Se ruega salir y depositar los objetos metálicos en el correspondiente cajón».

Alzo la mirada y veo a un carabinero obeso, que está observándome con mirada torva desde el interior de la esclusa. En el cajón hay, más o menos, tres mil quinientos euros, que aún no he metido en la pequeña caja fuerte temporizada del mostrador. En la caja fuerte grande, un residuo bélico, hay unos diez mil euros entre billetes y monedas, pero está cerrada y el retardador de apertura, programado en media hora, me asegura cierta tranquilidad. Claro que si a alguien se le ocurriera retenerme como rehén treinta minutos y esperar, no creo que los habitantes de este jodido pueblo medio vacío se dieran cuenta.

Me levanto y me acerco a la esclusa para pedirle al hombre uniformado que me enseñe el distintivo.

—*La vù aprì 'sta cazz d'port?*^[1] —me grita golpeando con la mano la puerta giratoria de cristal. Tiene una papada prepotente y una barba pelirroja y descuidada de, al menos, dos días.

Retrocedo perplejo.

—¿Puede enseñarme el carné? —le pregunto en voz alta.

Pronuncia frases incomprensibles, con toda probabilidad imprecaciones en dialecto; después rebusca, a duras penas, en los bolsillos y saca una cartera de piel que debe de haber visto, como mínimo, veinte primaveras, dado su estado. La abre y la apoya en el cristal para enseñarme un carné plastificado con su bonito careto inconfundible, pese a que la foto es de hace una vida y cuando se la hizo debía de pesar treinta kilos menos.

—*Ecc la tesser. Va bbuò?*^[2]

Mariscal Guerino Astolfi. Bah. Entro de nuevo en la caja y pulso el botón de desbloqueo en la consola de la esclusa. Que Dios me ayude.

El carabinero entra mascullando *ecchecazz*, «qué cojones». Después se acerca a mí tendiéndome la mano y presentándose:

—Soy el mariscal Astolfi, del cuartel de Gamberale. ¿Y usted?

Tiene una entonación dialectal realmente espantosa. Le estrecho, disgustado, la mano, que me recuerda a un grasiento brazuelo de cerdo embutido recién sacado del envoltorio de papel de aluminio.

—Giulio Terenzi, soy el nuevo jefe de la sucursal.

—Oiga, señor Terenzi, ¿vio usted ayer al señor Rinaldi, el antiguo empleado?

Entretanto, desbloqueo la esclusa para dejar entrar a otro carabinero. Es más joven y está en mejor forma, tiene entradas y lleva el gorro en la mano.

—¿Rinaldi? Sí, claro —respondo—. Pasamos la tarde juntos, se marchó a eso de las siete. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Sabe por casualidad adónde pensaba ir Rinaldi? ¿Sabe si alguien lo esperaba anoche en alguna parte?

Mientras tanto, el otro carabinero se acerca a mí y me tiende también la mano. Una mano normal, por suerte.

—Soy el brigadier Papale, encantado.

—El gusto es mío —respondo estrechándosela.

—¿Y bien? —insiste el mariscal.

—Bah, me dijo que pensaba ir a Giulianova, a su casa. No sé si lo esperaba alguien; por lo visto vive solo, no tiene familia. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Oiga, señor Terenzi, si no le molesta, las preguntas las hago yo.

—Claro, claro, está bien. En cualquier caso, no sé nada de Rinaldi. Lo vi ayer por primera vez, no sé nada sobre su vida privada. Puede que tenga su número de móvil en alguna parte, quizá puedan intentar...

—Olvídelo —dice el carabinero más joven, el brigadier—. Rinaldi ya no puede responder al teléfono.

—¿A qué se refiere? —pregunto empezando a sentir un picor desagradable en la nuca.

—Señor Terenzi —me dice el mariscal mirándome fijamente a los ojos—, su compañero Rinaldi cayó anoche a un precipicio con el coche. Un salto de treinta metros. Murió en el acto.

Los sigo con el coche hasta una explanada que se encuentra al margen de una curva cerrada. Por increíble que parezca, es la misma en la que me detuve ayer, cuando tenía ganas de vomitar.

El aire cortante me agrade nada más apearme. El paso de la dimensión circunscrita del habitáculo de mi coche a la inmensidad del horizonte, que hace de contrapunto a las montañas que nos rodean, me aturde. Me siento inadecuado al escenario ilimitado, sin huellas de actividad humana. En la explanada hay un vehículo de bomberos con un cabrestante alrededor del cual se afanan tres personas vestidas con uniforme verde, que imprecán a voz en grito. Las operaciones de recuperación del vehículo deben de ser un poco difíciles.

Me asomo con cautela, dado que siempre he sufrido vértigo, y miro abajo. El Seicento de Rinaldi está apoyado de lado, estrujado y ennegrecido casi por completo por las llamas, que se han apagado ya. Debe de haber ardido toda la noche. ¿Cómo es posible que nadie se haya dado cuenta?

—¿Quién lo descubrió? —pregunto al brigadier, a la vez que el mariscal discute animadamente con los bomberos. Por lo visto les está ordenando que no saquen el cuerpo del chasis del coche.

—Un pastor que pasaba por aquí esta mañana, a las seis. Dio la voz de alarma con el móvil e intervinimos de inmediato. Bajé con una cuerda antes de que llegaran los bomberos y reconocí el coche de Rinaldi. Él... Lo que queda de él aún está al volante, el cinturón impidió que saliese despedido. El *airbag* no funcionó, aunque, dado el golpe, habría sido inútil.

—Cristo... Cuando pienso que anoche estaba tan tranquilo, tan contento de marcharse.

—Oiga —me pregunta Papale—, ¿su compañero le contó algo ayer? ¿Algo que le resultara extraño?

—No —respondo de manera instintiva—. Bueno, a decir verdad, sí —me corrijo enseguida—. Me habló de gente desaparecida, de ancianos que dejaban de verse de un día para otro. Por lo visto, quería presentar una denuncia en la jefatura de policía cuando llegara al valle.

—Sí, conocemos esa historia —tercia el mariscal Astolfi incorporándose a la conversación—. Rinaldi estaba obsesionado con esas desapariciones. Nos dio un buen coñazo, desde luego.

—Según me dijo —replico—, denunció los hechos varias veces, pero ustedes nunca le hicieron caso.

—Ah, ¿le dijo eso? Bueno, Rinaldi, que en paz descansa, era *nu' tip' nu' poc' stran...*^[3] Cada vez que nos llamaba para contarnos que había desaparecido alguien verificábamos lo sucedido. Papale, explícale al señor lo que descubrimos.

—Por lo visto, todas las denuncias carecían de fundamento. Uno de los ancianos se había instalado en casa de unos parientes en Friuli; otro, en un asilo. Un tercero había fallecido por causas naturales y lo habían enterrado de forma regular en el cementerio de Torricella Sicura, el pueblo natal de su esposa.

—La verdad —prosigue Astolfi— es que Rinaldi estaba obsesionado, vaya si lo estaba. Veía cosas raras y misterios por todas partes. Castrognano es un pequeño pueblo de montaña, un sitio aburrido donde nunca sucede nada, *nu cazz d'niente...*^[4] Es evidente que necesitaba inventarse algo para entretenerse.

—A mí me pareció una persona normal —miento. Quizá sea tonto, pero creo que lo mínimo que puedo hacer es defender la memoria de mi compañero.

—Bueno, sea como sea, ¿puede ocuparse de las exequias? —me pregunta el brigadier Papale—. Encontrar una empresa de pompas fúnebres, ponerse en contacto con el cementerio... No sabemos a quién pedírselo; Rinaldi no tenía parientes.

—¿Qué? Pero ¡eso es impensable! Lo conocí ayer, no éramos amigos y aún menos parientes. Lo siento, pero creo que no puedo ocuparme de esas formalidades. Hagan una cosa, llamen al jefe de personal de la zona. Se llama Paolantoni, lo encontrarán en nuestra sede de Ascoli Piceno.

—Paolantoni de Ascoli Piceno. ¡Anota, Papale! —ordena el mariscal—. Está bien, señor Terenzi, pero queda a nuestra disposición, quizá tengamos que hacer una investigación suplementaria.

¿Una investigación suplementaria? Como si alguien estuviera llevando a cabo ya una. Me despido apresuradamente de los dos y me asomo de nuevo al precipicio. Un bombero ha asegurado el coche con un cable de acero y el cabrestante ha empezado a subirlo con extrema lentitud. Me marchó, no tengo ningunas ganas de ver el cadáver machacado del pobre Rinaldi.

Mientras me alejo, noto que Papale se ha agachado en el asfalto y está examinando algo. Unas huellas, puede que unas manchas. Paso por su lado con el coche y lo saludo con una inclinación de cabeza. Él me responde con una mirada nada amistosa.

Cuando vuelvo a aparcar delante del banco son las once y cuarto. Justo ante la

entrada hay una mujer con los brazos cruzados y un sobre de papel en la mano. Veo que mueve rítmicamente una pierna, como si eso le sirviera para desahogar el nerviosismo de la espera.

—¡Ah, por fin! ¡Para ser el primer día empezamos bien! —Me agrade sin darme siquiera tiempo a saludarla—. Llevo media hora esperándolo. El de antes, al menos, abría el banco puntual.

Es una mujer de unos treinta años, de tez oscura, melena larga y negra, ondulada, y un rayo de furia en unos ojos negros espléndidos.

—Disculpe, señora, pero me llamaron los carabineros. Permita que me presente, soy Giulio Terenzi, el nuevo director de la sucursal.

Le tiendo la mano, que ella estrecha con cierta reluctancia. No puedo por menos que notar el hermoso pecho que presiona la camiseta verde de algodón acanalado. Ella se da cuenta y retrocede medio paso mirándome con creciente desconfianza. Tardo unos minutos en encontrar las llaves para desbloquear la esclusa y entrar. Ella me sigue al interior.

—Por desgracia —le digo cuando se detiene delante de la caja—, Rinaldi, mi compañero, ha tenido un accidente. Los carabineros vinieron para advertirme y quise ir a verlo en persona.

—¿Qué? —pregunta ella—. ¿El señor Rinaldi? Pero ¿qué accidente? No estará...

—Por desgracia, sí. Cayó a un precipicio. Murió en el acto.

La mujer se tapa la boca con la mano y abre desmesuradamente los ojos.

—¡Dios mío! Pero ¿qué está diciéndome? ¡No puedo creérmelo, no es posible!

Noto que está realmente turbada, así que me acerco a ella y le apoyo con cautela una mano en el hombro.

—Siento darle esta noticia, a mí también me duele, pese a que ayer vi a Rinaldi por primera vez. ¿Lo conocía desde hacía mucho tiempo?

—¿Yo? Sí, desde hace muchos años —me dice dejándose caer en la silla de madera coja, mientras su mirada extraviada vaga en el vacío—. Era un cliente fijo de la taberna. Comía todos los días con nosotros. Por la noche prefería estar ligero. Se preparaba un caldito, solo, o leche con galletas.

—Ah, así que usted tiene un local en Castrogno.

—Sí —asiente alzando la mirada—. Disculpe, no me he presentado: soy Assunta Savini, mi marido es Pasquale Di Pompeo, el propietario de la tienda del pueblo. Tenemos también el bar y la taberna, el único local público de Castrogno.

Callamos unos segundos, ella sentada y mirando al suelo y yo de pie, un poco cohibido y sin saber qué decir. Al final me decido.

—Pero, bueno, ¿no ha venido a hacer una operación?

—¿Qué? Ah, sí. Tengo que hacer un ingreso. He traído la libreta y el dinero en efectivo.

Debería proponerle la nueva cuenta corriente concebida específicamente para los comerciantes, con descuentos en las comisiones y el servicio de caja continua gratuito

incluido en el precio. Pero prefiero evitarlo, puede que no sea el momento más adecuado. Además, no pienso mover un dedo para beneficiar a una empresa que me ha desterrado a Siberia, entre carpetas polvorientas y trampas para ratones.

Una vez efectuada la operación, salgo de la caja para saludarla. Su mirada es ahora menos intensa. Los ojos lánguidos y la expresión triste la embellecen aún más.

—Lo siento mucho, señora Savini. Es evidente que Rinaldi deja un buen recuerdo en el pueblo. Un destino terrible, desde luego.

—Sí —corroboraba ella con la mirada baja—, es terrible. —Luego hace ademán de salir, pero antes de entrar en la esclusa se vuelve de nuevo hacia mí—. ¿Qué piensa hacer a la hora de comer?

—Bah, la verdad es que no lo sé.

—Venga a la taberna. Estamos en la calle Garibaldi; entre en el callejón de la derecha, camine cincuenta metros y después doble a la izquierda. Lo espero a la una y media. Rinaldi venía siempre a esa hora.

Salgo del banco a la una y veinte en punto, después de haber hecho solo dos operaciones más en toda la mañana. Dos retiradas de dinero, una de cincuenta y la otra de setenta euros. Las clientas eran idénticas, a tal punto que parecían clonadas. Dos octogenarias canosas vestidas de negro, con unas libretas de ahorro en las que todos los meses ingresan una pensión misérrima.

Sacar dinero en el cajero automático es un supuesto que aquí, en Castrognano, no se toma siquiera en consideración. En parte porque, de hecho, no hay cajeros automáticos.

Me paro en el centro de la plaza al caer en la cuenta de que no recuerdo las indicaciones que me ha dado la señora Savini. Cuando salió me interesaba mucho más imaginar sus posaderas bajo la falda vaquera que escuchar lo que estaba diciéndome. En cualquier caso, estoy seguro de que no será difícil encontrar el único local público de este pueblo minúsculo.

En cambio, la cosa resulta menos fácil de lo previsto. Más allá de la plaza principal, Castrognano se extiende sin orden ni concierto en sentido más vertical que horizontal. Sin darme cuenta, acabo vagando por callejones, escaleras y cuestas escarpadas con auténticas galerías que parecen adentrarse hasta en las casas. Los edificios son de piedra, en buena parte recubiertos por el consabido enlucido basto y apiñados unos sobre otros sin solución de continuidad. Muchos están rodeados de andamios metálicos, otros apuntalados con audaces armazones de madera, herencia del terremoto de Aquila de 2009 y de la diligencia de las inversiones para la reconstrucción.

De los habitantes no hay ni rastro. Deambulo por el pueblo mirando alrededor, en estado poco menos que catatónico, sin poder creer que alguien pueda vivir en un lugar como este. Hierba en los márgenes de las calles, arbustos de plantas perennes en las esquinas de las casas, además de cuerdas bajo los alféizares sin ropa tendida para secar, las puertas atrancadas y los postigos cerrados. Ninguna voz, ningún ruido de televisores, platos y vajillas, o llantos de niños. Parece un pueblo fantasma.

A la una y cuarenta, cuando estoy a punto de tirar la toalla, veo por fin el primer ser humano. Un anciano encendiéndose un cigarro apestoso mientras sale de una

puerta en apariencia similar a las demás. En cambio, cuando me acerco a ella, noto que en una hoja hay clavada una placa en forma de tapón de botella que reza: «BEBIDAS RECOARO».

En eBay valdrá algo, puede que esta noche venga a robarla.

Cuando entro, los ojos tardan unos segundos en acostumbrármeme a la penumbra. Sin lugar a dudas, es una especie de bar-taberna. Miro alrededor y noto que en una de las mesas (seis o quizá siete en total) hay un grupo de cuatro viejecitos jugando a las cartas. Por lo visto, son los únicos clientes, además de un servidor.

—*Assù, l'vuò purtà ssu litr di vin e gazzos, scì o no?*^[5] —grita uno de ellos sobresaltándome.

—*Scin, mo' l'port, mo' l'port* —responde una voz femenina desde una habitación que hay detrás de la barra—. Ah, es usted —dice Assunta Savini sorprendida a la vez que sale por la puerta con una jarra de vino a granel y cuatro vasos en las manos. Va vestida como antes, pero además ahora lleva un delantal atado por detrás.

—Disculpe el retraso, me he perdido y...

—¿Se ha perdido? —pregunta ella mirándome como si tuviera una lesión en el cerebro. Pero luego me sonrío—. Acomódese donde quiera, enseguida le sirvo la comida.

—*Assù! Allor, ssu vin?*^[6]

—*E scin, scin, ecc lu vin, ecc lu vin.*

Descubro que el menú es fijo, así que me toca comer pasta con alubias, un plato que, por lo general, no me gusta demasiado, pero en esta ocasión no puedo por menos que reconocer que me lo como de buena gana. Como segundo hay cordero a la brasa con ensalada verde. Todo ello regado con un cuarto de tinto a granel que debe de tener unos quince grados.

Mientras pelo una manzana, noto que en un rincón, al fondo del local, cerca de una ventana, hay un niño sentado a una mesa garabateando en un mantel individual de papel. Tendrá unos ocho o nueve años.

—¿Le ha gustado la comida? —me pregunta Assunta dejando en la mesa una bandeja con el café y un azucarero.

—Estaba deliciosa, de verdad —respondo observando la tacita. No hay espuma, así que debe de estar hecho con la cafetera moka. En cualquier caso, será mejor que la porquería que hago yo—. ¿El niño es hijo suyo? —le pregunto señalando al pequeño dibujante.

—¿Quién, Albino? No, figúrese —contesta ella—. Es un niño un poco desgraciado. Un poco, cómo se dice... En fin, un poco retrasado, con todo el respeto. Siempre está metido aquí dentro, vive con su abuela anciana y me da pena, así que lo dejo estar.

Echo otra ojeada al pequeño a la vez que me pregunto, distraído, qué tipo de vida

puede esperarle.

—Mi marido y yo no tenemos hijos —me explica Assunta sentándose a mi lado—. ¿Y usted?

—¿Yo? Ah, no, yo tampoco —respondo un poco incómodo—, soy soltero.

—Ah, ¿así que no tiene novia?

—Exacto —le digo mientras echo azúcar en el café—. Oiga, me preguntaba si también están ustedes abiertos para la cena.

—¿Por qué? ¿También quiere venir a cenar? ¿No se cocina como hacía Rinaldi?

—La verdad es que preferiría evitarlo. En parte porque, he de confesarlo, la casa me entristece.

Assunta baja la mirada, pensativa.

—No lo sé. Por la noche suele estar mi marido. Hablaré con él y ya le diré. Pero esta noche es mejor que no: si no tiene nada de comida en casa, la tienda está al otro lado de esa puerta. Ahora está cerrada, pero puedo abrirle para que compre algo.

—Buena idea —respondo.

La tienda es una especie de minúsculo supermercado en la que venden un poco de todo. De pan, unas enormes hogazas oscuras, a betún para zapatos. De escobas a pasta, de tomates en conserva a detergente para lavavajillas. En la sección de congelados hay incluso una antigua nevera para helados Algida.

Cojo unas provisiones eligiendo cosas al azar. El único sector al que dedico una atención especial es el de las galletas. Evito las odiosas Oro Saiwa y me concentro en un par de calidad de Mulino Bianco. En parte porque no hay otra cosa.

Assunta me hace la cuenta a mano, anotando los precios en un bloc de notas. La caja registradora está apagada.

—Son veintisiete y cuarenta. ¿Tiene monedas, por favor?

—Creo que sí, un momento. —Entre la cartera y el monedero alcanzo el importe exacto. Cuando estoy a punto de dárselo a Assunta, se me cae y las moneditas se esparcen por el suelo tintineando.

—Host... —Me muerdo la lengua a tiempo—. Espere, yo lo recogeré todo.

Me arrodillo cerca del mostrador palpando los fríos azulejos en busca de las monedas. Assunta se inclina a mi lado para ayudarme y nuestras manos se tocan en la penumbra. Alzo la mirada y veo sus magnéticos ojos negros escrutándome. Nos quedamos así un par de segundos, como atontados. Después ella se levanta de golpe y se dirige al bar, donde se oyen las voces de los cuatro viejos, que maldicen por algo relacionado con el juego.

—Déjelo, luego las recogeré yo. Nos vemos mañana —me dice antes de desaparecer de mi vista.

Recorro pensativo el camino de regreso. Me pregunto por qué no la he besado,

por lo general no dejo escapar situaciones como esa.

Antes de empezar a bajar la escarpada escalera que debería llevarme al callejón que desemboca en la plaza, me paro y me vuelvo de golpe, justo a tiempo para ver que una pequeña cabeza con gafas se esconde tras la esquina de una casa. He notado que alguien estaba siguiéndome.

Retrocedo con la bolsa de plástico amarillo de la compra.

Albino, el pequeño dibujante. Está en cuclillas en un rincón, con la cabeza hundida entre los hombros y los ojos clavados en el suelo. Tiene un folio de papel en una mano.

—Hola. ¿Cómo estás? No tengas miedo, no quiero reñirte. Solo quería ver quién estaba siguiéndome.

El niño alza la mirada con timidez. Lleva unas gafas demasiado grandes para él, con una varilla sujeta con cinta aislante de color negro.

—Me llamo Giulio. Tú eres Albino, ¿verdad?

Asiente con la cabeza mirándome con suspicacia. Lleva unos pantalones cortos sucios y remendados y una camiseta blanca llena de agujeros. En los pies, unos calcetines negros y unas zapatillas de plástico transparentes, de las que se usaban para ir a la playa hace veinte años.

—¿Te apetece un helado, Albino? Espera. —Rebusco en el bolsillo, pero luego recuerdo que recogí todas las monedas que tenía para pagar la compra—. Caramba. Creo que no tengo monedas. No obstante, si me acompañas al banco, te daré un poco de dinero; así podrás comprarle lo que quieras a Assunta.

Albino levanta una mano para señalar la bolsa de la compra.

—¿Qué? ¿La compra? ¿Te interesa algo de ella? —Observo el paquete de Pan di Stelle que presiona el plástico semitransparente—. ¿Las galletas? ¿Te gustan estas galletas?

Él asiente sin dejar de mirarme atemorizado.

Dejo la bolsa en el suelo, saco el paquete de galletas de chocolate y se lo tiendo.

—Ten, son tuyas. ¡Cógelas, vamos! Al helado quizá te invite mañana.

Con cierta relucencia, el niño se levanta apartándose de la pared y se acerca para agarrar el paquete de Pan di Stelle. Al hacerlo, me da el folio que sujeta en la mano.

—¿Es para mí? ¿Quieres regalarme tu dibujo? Gracias, lo acepto con mucho gusto.

Cojo la servilleta de papel que ha utilizado para dibujar y él, de repente, se vuelve y escapa, apretando su tesoro con las dos manos.

Mientras lo veo correr, siento que el corazón se me encoge. Empiezo a seguirlo, pero me detengo tras dar unos pasos.

Pero ¿qué demonios estoy haciendo? La camarera de la taberna, el niño retrasado. Tengo que conservar la lucidez, concentrarme en las cosas importantes, en mis prioridades. No tengo nada que ver con esta gente, con este sitio.

Me vuelvo y me dirijo hacia el banco y, al hacerlo, miro distraído el folio que me

ha dejado Albino. Es como si alguien me metiese un cubito de hielo por el cuello de la camisa. Los trazos del dibujo son muy infantiles, más propios de una guardería que de un colegio de primaria. Representa una figura humana, estilizada, con las piernas juntas y los brazos abiertos. Una cabeza enorme, redonda, con unos extraños rizos en la frente. Está rodeado de triángulos negros, como pequeños árboles puntiagudos. Los ojos y la boca abiertos componiendo una inquietante expresión de terror. Y, por último, hay una especie de cuchillo clavado en la barriga, rodeada de un sinfín de rayas de colores hechas con rotulador, que salpican por todas partes.

Paso la tarde pensando en la llamada que he hecho esta mañana a Magda Battiston. Efectúo dos operaciones más en la caja: cambiar un cheque y un ingreso de ciento cincuenta euros en una libreta. Los clientes son dos campesinos maleducados que al salir del banco ni siquiera me responden cuando me despido de ellos.

Reflexiono también sobre si es oportuno o no llamar a Lucilla, pero al final desisto. Por lo general, es ella la que me acribilla a llamadas y a mensajes, y su silencio de estos días es, cuando menos, elocuente. Cuando me marché nos despedimos mal. Ella me acusó de ser intratable, de tener que soportar mi pésimo humor; yo le reproché que no estaba suficientemente de mi parte y que no me demostraba su solidaridad. Al final ni siquiera follamos y nos despedimos con frialdad, sin decirnos cuándo volveremos a vernos.

Reflexiono un poco sobre ello tratando de revivir cada segundo, cada palabra de nuestro último encuentro, y concluyo que nuestra relación no tiene un futuro muy esperanzador. Hace tiempo que he comprendido lo que hay que comprender sobre las relaciones entre un hombre y una mujer. Sé que una de las verdades incontrovertibles, aunque ignorada, es que cualquier esfuerzo para volver a atraer a un compañero que ha perdido todo interés es inútil.

A corto plazo puede obtenerse algún éxito ilusorio con acciones diversivas. También a mí me ha sucedido alguna que otra vez con un regalo importante o un gesto especialmente romántico e inesperado, por ejemplo. Pero son paliativos, la certeza es que las cosas son como son. El amor, el desapasionado y sincero, el que hace desear estar siempre juntos, compartir los espacios y los pensamientos, tocarse, respirar el mismo aire y mirar los mismos horizontes siempre es una reacción química rara con un equilibrio sumamente inestable. No tiene nada que ver con las demás formas espurias de dependencia a las que se atribuye injustamente ese apelativo. Se puede estar con otra persona por interés, por desesperación, por vanidad. A menudo por miedo. Y en el preciso momento en que falta el elemento que constituye el presupuesto de la relación, es poco menos que imposible tratar de arreglar las cosas.

Lucilla vio en mí un triunfador. Intuyó las potencialidades de un hombre con una buena carrera, de un marido ideal, del padre apropiado para sus hijos. Mejor dicho,

sería más correcto decir de padre apropiado para los nietos de su padre, el gran viejo. El constructor, el político, el jugador de golf. El millonario.

Ahora que estoy relegado en un anónimo pueblo de montaña, ahora que el jefe de personal de mi banco ha trazado una cruz negra sobre mi nombre, ¿qué puede hacer conmigo? No niego que en la cama hacemos saltar chispas, pero no soy tan ingenuo como para pensar que soy el único que sabe hacer el amor en este mundo. A decir verdad, ni siquiera estoy seguro de que todos sus orgasmos hayan sido siempre reales.

En fin, que al final decido no llamarla, esperar a que tarde o temprano lo haga ella. En cualquier caso, mañana es viernes, por la tarde iré a Ascoli y podré verla en persona y comprender si han bastado ocho días para tirar por la borda los cuatro meses de aparente idilio que hemos compartido.

De nada sirve compadecerse. Como ya he dicho, las cosas son como son.

A las ocho cuarenta y cinco estoy sentado en la cocina, deprimido. Me como un bocadillo de atún y miro la televisión en la minúscula catorce pulgadas que me dejó en herencia el pobre Rinaldi. Otra revuelta en África con las milicias del dictador disparando a la multitud en la plaza. El enésimo escándalo sexual de políticos y caras famosas de la televisión basura. Un banquero de Pescara ha ido a parar a la cárcel por haber estrangulado a una prostituta dos días antes de su boda. Por suerte, trabaja para la competencia.

Me distrae el ruido de un motor acelerado que llega por la ventana abierta a la plaza. Me levanto para ver de qué se trata y, por un instante, mi corazón deja de latir. No, no es ella. Es un Mini Cooper de color gris metalizado, pero el techo del de Lucilla se puede abrir y este es fijo. Retrocedo un poco para poder mirar sin ser visto.

El conductor ha aparcado y se ha apeado. Un joven de unos veinticinco años, pelo revuelto, zapatillas deportivas, chaqueta con estampado mimético militar de color verde. Da una vuelta a mi coche, que está aparcado justo al lado del suyo, y se acerca a los cristales oscuros para escrutar dentro. Después, se vuelve hacia la entrada del banco y, por último, lanza una ojeada a las ventanas del apartamento. Desde allí no puede verme. Al cabo de unos segundos, saca un manojito de llaves y entra en la casa señorial, la de la baronesa. Debe de ser Corrado De Santis, su sobrino. Alzo la mirada hacia las ventanas de enfrente, justo a tiempo para ver correrse una cortina delante de una grácil figura con gafas y pelo cano.

Encantado, baronesa.

Por la mañana, a las ocho y treinta en punto, veo al tipo del Mini esperándome delante del banco. Va vestido como ayer por la tarde y, a juzgar por el olor desagradable que emana, debe de haber olvidado ducharse.

Me acerco a él tendiéndole la mano.

—Buenos días, soy Giulio Terenzi, el nuevo director. ¿Y usted?

—De Santis —me responde con la boca entreabierta rechazando el apretón de manos.

Abro la esclusa y entro sin añadir nada más. Debo rendirme a la evidencia: la educación no forma parte del *know-how* de estos pedazos de mierda montañeses.

Pulso el botón que desbloquea la consola para dejarlo entrar y, entretanto, programo la apertura retardada de la caja fuerte. Dentro de treinta minutos podré abrirla.

—Si necesita dinero en efectivo —le digo— tendrá que esperar media hora. Para el resto de las operaciones, solo cinco minutos, el tiempo de poner en marcha el *software*.

—Tengo que hacer una transferencia y cambiar un cheque. Se lo dejo y vuelvo después a por el dinero.

Aferro el rectángulo de papel con el logotipo del banco. Un cheque bancario de cuatro mil ochocientos euros de una cuenta corriente de la sucursal. Una de las dos de las que es titular su tía. El beneficiario es él, Corrado De Santis.

—¿Tiene un documento, por favor?

—Con el de antes no necesitaba el documento.

—Bueno, comprenda que acabo de llegar y que aún no he tenido el placer de conocer a todos los habitantes de este alegre pueblo. Le aseguro que la próxima vez no lo necesitará. Ahora, sin embargo, o me da el documento o no hago ninguna operación.

Él resopla y arquea las cejas. Saca una cartera de tela de un bolsillo de la chaqueta mimética y me tiende un carné de identidad que, a buen seguro, ha conocido épocas mejores.

Corrado De Santis, nacido en Teramo el veinticuatro de julio de mil novecientos ochenta y dos. Profesión: estudiante.

—Bien, señor De Santis. ¿Los datos para la transferencia?

Me pasa un pedazo de papel doblado. Ingreso de cuatro mil setecientos euros en una cuenta corriente de la Banca di Credito Cooperativo, sucursal de Alba Adriatica. El titular de la cuenta es un tal doctor Mario Rapetto.

Realizo la operación y le hago firmar el formulario antes de darle el recibo. Él lo coge dándome las gracias entre dientes. A continuación añade:

—Paso luego a por el dinero.

—Lo esperaré con sumo gusto —respondo sonriéndole—. Salude a su tía de mi parte.

Se vuelve de golpe y me escruta. Una mirada interrogativa que no me gusta ni un pelo, a tal punto que la sonrisa se me queda congelada en la cara. Después sale igual que entró, es decir, sin saludar.

Cuando me quedo solo, pospongo de nuevo la clasificación general de los

documentos de mi pobre excompañero y me dedico a imprimir unas cuantas tablas.

Efectúo la crónica de las operaciones en las cuentas y en las libretas de la baronesa.

Las retiradas de dinero se intensificaron hace un par de años. En efectivo y mediante transferencia, tanto en documentos de papel como mediante *home banking*. Todos los cheques tienen como titular al sobrino y todas las transferencias van dirigidas a la cuenta del tal doctor Mario Rapetto. En líneas generales, en los últimos veinticuatro meses, descontados los intereses, su patrimonio se ha reducido en casi seiscientos mil euros. Además, con el tiempo, las retiradas de dinero han ido haciéndose cada vez más frecuentes.

El asunto no me parece nada claro. Decido llamar a Alfredo Rossi, mi compañero de la sección de normas específicas, el que se ocupa de comunicar las operaciones sospechosas al Banco de Italia.

—¿Rossi? Hola, soy Terenzi.

—¡Mi querido Terenzi! ¿Cómo va en San Benedetto? Apuesto a que estás rodeado ya de chicas en bikini...

Estoy seguro de que el muy canalla sabe que me han trasladado, está montando todo este número para atormentarme.

—Te llamo de Castrogno, estoy sustituyendo a Rinaldi. ¿Te has enterado de la tragedia?

—¿Tragedia? ¿Qué tragedia?

Esta vez sí que parece realmente sorprendido.

—Anteayer... Su coche cayó a un precipicio. Murió en el acto.

—¡Hostia! Pero ¿qué me dices? Pobre desgraciado; no se puede decir que haya disfrutado de la pensión, desde luego.

—En cualquier caso, no te he llamado por eso. Quería saber si, por casualidad, no te ha llegado ningún aviso de Castrogno señalando operaciones sospechosas en las cuentas de una tal De Santis. La baronesa Eleonora De Santis.

—¿De Santis? Espera, entro en el programa y lo verifico.

Durante casi un minuto oigo el ruido de las teclas y a Rossi canturreando una melodía de Renato Zero.

—Nada. No hay ningún aviso con ese nombre. ¿De qué se trata?

—Bah... Hace casi dos años que la baronesa retira dinero en efectivo y mediante transferencias. Su sobrino tiene firma para operar en las cuentas, y las transferencias van dirigidas a un tal doctor Mario Rapetto, a la Banca di Credito Cooperativo de Alba Adriatica.

—¿Y qué?

—Estamos hablando de retiradas de dinero de poco menos de cinco mil euros, es decir, rayanas en el límite que exige la trazabilidad obligatoria de las operaciones bancarias. En dos años han salido seiscientos mil euros de las cuentas de De Santis. ¿No te parece que algo huele mal?

—Disculpa, ¿la firma del sobrino es regular?

—Bueno, sí. La verificó Rinaldi en persona.

—Y quizá esa tía recibe tratamiento por alguna enfermedad.

—De hecho, sé que recibe asistencia continua a domicilio.

—En ese caso, ¿qué tiene de extraño? Las transferencias serán para pagar la asistencia, y el efectivo, para el sobrino, ¿no?

—Yo no lo veo tan claro.

—Mi querido Terenzi, te explicaré una cosa: en Italia se señalan cada año al Banco de Italia unas cincuenta mil operaciones sospechosas. De estas solo el diez por ciento da origen a procedimientos judiciales y a investigaciones de la guardia financiera. ¿Sabes por qué? No solo porque todas las demás son operaciones regulares, sino porque las instituciones encargadas de efectuar los controles no pueden despachar más de cuatro o cinco mil avisos al año. Eso es todo. Te diré más: si se señalaran realmente todas las operaciones sospechosas, el número pasaría de cincuenta mil a quinientas mil. Por lo demás, estamos en un país cuya economía se basa en el dinero negro y en el blanqueo. Así pues, disculpa, pero ¿adónde coño crees que vas con tu baronesa? A mí me parece todo regular.

—A mí no. Como mínimo deberíamos verificar la cuenta del tal Mario Rapetto, averiguar quién es, si de verdad tiene algo que ver con la asistencia sanitaria que recibe De Santis.

—¿Te has vuelto loco, Terenzi? ¿Quieres jugar al detective? O ves demasiadas series estadounidenses o el aire de montaña se te ha subido ya a la cabeza. Olvídalo, hazme caso. No nos corresponde a nosotros hacer ciertas comprobaciones. Después de señalar las operaciones sospechosas al Banco de Italia, no estamos obligados a verificar nada. Que se ocupen la guardia financiera o los carabinieri. Les pagamos para eso.

—Sí, sí, de acuerdo. Yo te lo comunico de todas formas. Tú eres el que debe seguir el procedimiento.

—¿Qué puedo decirte, Terenzi? Haz lo que quieras, si te gusta... ¡Disfruta de las montañas, y si pasas por aquí tráeme un pedazo de queso de oveja, que por allí lo hacen muy bueno!

Cuelgo para no mandarlo a hacer puñetas. Esta llamada demuestra que me he convertido en el hazmerreír del banco. No contento con haberme jodido, Paolantoni ha difundido la noticia en un tiempo récord.

Mientras, entre imprimir los extractos bancarios y la llamada han pasado un par de horas. Corrado De Santis vuelve para retirar el dinero en efectivo. No dice una palabra, se limita a gruñir y a firmar el recibo. Esta vez yo también callo, estoy harto de esta gente.

La una y veinticinco. A ver qué ha preparado hoy Assunta Savini para comer.

Hoy hay pasta con ragú y albóndigas. Anoto en la mente que debo retomar mi habitual programa de actividad física para no ponerme como un tonel. Entre otras cosas, porque Assunta cocina bien y la temperatura, que no es precisamente suave, me abre el apetito.

Tendré que arreglármelas corriendo un poco por la mañana y haciendo unos cuantos ejercicios en casa, dado que mi tarjeta platino del gimnasio Tonic aquí no sirve para nada.

En el bar-taberna-tienda hoy solo hay un cliente. Es uno de los ancianos de ayer o, al menos, eso me parece. Está sentado a una mesa, absorto en un solitario de naipes napolitanos. Ni siquiera ha levantado la cabeza cuando he entrado.

Albino no está, y lo siento, porque me gustaría haberlo invitado al helado que le prometí ayer.

Mientras pelo una naranja, a todas luces fuera de temporada, Assunta me trae la bandeja del café y se sienta conmigo. Hoy hay dos tacitas.

—¿Le ha gustado el ragú?

—Muchísimo. La felicito, es usted una cocinera estupenda. Temo que si sigo comiendo tan bien engordaré.

—Pero ¿qué dice? ¡Un hombre de su estatura! Debe comer; aquí, en la montaña, se come más que en la costa.

—Sí, aquí se come mucho, ¿cómo hace para estar en forma?

—Gracias —responde cohibida—. Siempre estoy encerrada aquí dentro, trabajando.

—¿Y su marido? —pregunto echando azúcar en el café—. ¿Tiene otra actividad fuera del pueblo?

—Sí, él es peón caminero. Se ocupa del mantenimiento de las carreteras. Pero por la noche está aquí, en el local.

—Así usted puede descansar.

—¡De descansar nada! Por la noche me dedico al otro trabajo, el doméstico. Entre lavar, limpiar y planchar no acabo nunca.

Callamos mientras bebemos el café.

—Oye —le digo—, ¿podemos tutearnos?

—Como quieras —responde ella moviéndose en la silla con cierto apuro. No obstante, tengo la impresión de que mi propuesta le ha gustado.

—Quería hablarte de Albino, el niño que estaba ayer aquí. Me dijiste que vive con su abuela. ¿Dónde están sus padres?

—Ay, sus padres. Su madre murió en el parto y el padre se marchó a Alemania cuando él tenía dos años y no regresó ni volvió a dar señales de vida. Lo dejó aquí con la abuela, con esa pobre desgraciada que, además, es viuda.

—Pero ¿cómo es posible que nadie se ocupe de él? ¿No va al colegio, no ve a otros niños?

—En el pueblo no hay más niños. Está matriculado en el colegio de primaria de Gamberale, pero ahora las clases casi han terminado y él ya no va.

—Un niño con sus problemas tiene derecho a recibir ayuda. Debería tener asistencia psicológica, alguien que lo ayude a integrarse, a socializar.

—Por desgracia aquí no existen esas cosas. Los niños retrasados están destinados a quedar rezagados de los demás. Albino tiene nueve años y aún está en segundo.

Esa revelación me entristece profundamente.

—A propósito —le digo—, ayer, mientras volvía al banco, me siguió. Me dio un folio, el mismo en que estaba dibujando. Era un dibujo un poco inquietante, un hombre acuchillado, sangrando mucho por una herida. Me quedé un poco perplejo.

—No se preocupe, en el caso de Albino es normal. Ve todas las series estadounidenses, esas en que matan a gente y hay escenas violentas. Su abuela se acuesta temprano y él pasa mucho tiempo viendo esas cosas. Siempre hace dibujos así, tiroteos y acuchillamientos. Son sus preferidos.

Movido por la cobardía, decido cambiar de tema para no hundirme en una depresión sin salida.

—¿Y ese señor? —pregunto señalando al hombre concentrado en el solitario—. ¿Es un cliente fijo?

—Ah, ese. Es el alcalde del pueblo, don Giuliano Carulli; se hizo rico en Bélgica y luego regresó. Nunca se ha casado, es una especie de *masógino*. ¿Cómo se dice, *mesógeno*?

No la corrijo para no avergonzarla.

—Pero ¿en este pueblo no hay familias normales? Aparte de tu marido y tú, quiero decir —añado para corregir el tiro *in extremis*.

—Tampoco nosotros somos muy normales —responde Assunta bajando la mirada.

—¿Por qué dices eso?

—Bah, porque somos prisioneros de este país de viejos. Porque no tenemos hijos, no vamos de vacaciones ni al cine. No hacemos nada de lo que suelen hacer las parejas normales de nuestra edad.

—¿Cuántos años lleváis casados?

—Casi diez. Yo tenía veintiún años. Hice tres de Magisterio en Aquila, me licencié como maestra de preescolar, pero mi madre no me dejó continuar. Yo quería matricularme en la universidad. Pasé casi cuatro años aquí sin hacer nada. Al ver que los pocos jóvenes que había en el pueblo se iban marchando poco a poco mientras yo seguía aquí, creí que iba a enloquecer. Luego él y yo nos hicimos novios y nos casamos al cabo de un año. Eso es todo.

—Pero, al menos, ¿lo querías?

Me mira con una expresión extraña, irónica.

—¡Faltaría más! Un gran amor. Pero ¿es que hay que quererse para casarse? Te puedes casar por otros motivos, ¿no?

Es cómico que sea ella la que me lo pregunta; de hecho, es coherente. Pienso en Lucilla y en el razonamiento que hice anoche.

—Pero si tu vida no te gusta puedes cambiarla, ¿no crees?

—Por supuesto. Me marché y me voy a Nueva York. O espero a que llegue el príncipe azul con el caballo y me lleve a su castillo.

Bromea, pero está un poco cohibida; lo noto porque no me mira mientras me habla.

—¡Se ha hecho tarde! Debo dejarte, si no esta noche me tocará discutir. —Pone las tacitas en la bandeja y desaparece por la puerta que hay detrás de la barra.

Mientras vuelvo al despacho, observo con más atención el pueblo. Es absurdo cómo se parecen todas las casas. Me importa un comino abrir el banco a su hora: si los habitantes de Castrognano son unos grandes maleducados, ¿por qué debo ser menos?

Me arriesgo a cambiar de calle y camino en dirección opuesta a la que recorrí ayer. Como mucho, tardaré diez minutos más. En el peor de los casos, será suficiente bajar para llegar a la plaza.

Me cruzo, por este orden, con un perro sin collar que parece llevar varios meses sin comer, con un anciano vestido de negro que pasa por mi lado sin dignarse siquiera a mirarme y con una señora de unos sesenta años con un pañuelo a la cabeza, que recoge ropa tendida asomada a una ventana. Apenas me ve interrumpe su tarea y desaparece en el interior cerrando los postigos de madera.

—Estáis todos locos —digo en voz alta. A fin de cuentas, nadie me escucha.

Al llegar a una especie de ensanchamiento, del que arranca una escalera que baja, noto que la puerta de una casa está cerrada con unas tablas de madera claveteadas. Me acerco a ella preguntándome cuál puede ser el motivo que empuja a tomar una precaución así en un pueblo con menos de trescientos habitantes. Puede que sea una casa ruinoso debido al terremoto, pese a que no me parece que esté en tan mal estado como las demás. En las tablas noto un extraño símbolo realizado con pintura espray:

es una cruz roja con cuatro brazos de la misma longitud y los extremos ensanchados. Me recuerda al emblema de los cruzados.

En el timbre hay una placa descolorida con un nombre escrito con bolígrafo: SANTE PASQUINI. ¡Bah! Habrá emigrado al extranjero y habrá cerrado así la puerta para que nadie le robe los muebles. Pero ¿y la cruz? Reflexiono sobre ella unos diez segundos y después me desentiendo. Empiezo a bajar la escalera mientras vuelvo a mis pensamientos habituales; es decir, Lucilla, Magda, Paolantoni y la manera de escapar de este sitio de mierda.

Parto a las cinco y cinco de la tarde con rumbo a Ascoli Piceno. Mi ciudad, mi casa, mi novia. O, al menos, espero que aún lo sea. Tengo la impresión de haber estado ausente un mes, pese a que solo han pasado tres días.

El navegador de mi Tiguan dice que entre Castrognano y Ascoli hay ciento sesenta y cuatro kilómetros, y que tardaré en llegar un par de horas. Magnífico, justo a tiempo para darme una ducha, cambiarme de traje y tomar un aperitivo en la plaza del Popolo, en el café Meletti, con la esperanza de ver a Lucilla y de poder hablar con ella. «A fin de cuentas —me repito mentalmente—, la fricción que hubo entre nosotros estuvo causada por la perspectiva de un alejamiento forzado, y el silencio de estos días, por el hecho de que los dos tenemos un carácter fuerte, a tal punto que ninguno ha estado dispuesto a dar el primer paso». Un cauto optimismo vence al pesimismo total de esta mañana, y la posibilidad de que el escenario sea menos dramático de lo previsto me anima un poco.

Pero solo un poco.

Al acercarme a la curva donde el pobre Rinaldi perdió la vida, no puedo por menos que frenar.

De repente, con una determinación que me sorprende incluso a mí mismo, decido pararme. Lo hago invadiendo el carril opuesto sin siquiera dignarme a mirar si viene algún coche en dirección contraria. Por suerte no es así, porque, en ese caso, habríamos alcanzado el récord de dos directores de banco muertos en tres días en el mismo punto. Me imagino la cara del pobre mariscal Astolfi teniendo que exprimirse las meninges para averiguar las circunstancias de una coincidencia tan absurda.

Me apeo del coche y me asomo con cautela al precipicio. El Seicento de Rinaldi ya no está, pero las rocas aún están negras por el incendio. Recuerdo la expresión del brigadier, ¿cómo se llama?, ah, sí, Papale, inclinado hacia el asfalto mientras examinaba esa especie de huellas. Hago lo mismo, voy al mismo punto en que él se encontraba cuando me marché.

No me cuesta mucho encontrarlas: manchas de aceite, simétricas, más o menos a un metro de distancia la una de la otra. Subo un poco por la cuesta y encuentro otras idénticas. Diez pasos más y ahí están, bien visibles.

La distancia entre las manchas, en sentido perpendicular al de la carretera, es la que separa las dos ruedas de un coche. Sin embargo, a lo largo distan unos quince metros, el espacio que podría significar que intentó frenar dos veces. Es aceite de frenos; si hubiera salido del motor, las huellas no serían dos ni estarían aisladas ni tan bien definidas. Con toda probabilidad proceden de los tubos que alimentan los frenos de disco anteriores. Apretando el pedal, en lugar de frenar la velocidad el coche, lo único que consiguió ese desgraciado fue llenar de salpicaduras de aceite el asfalto. Así que probó una vez, otra. Al final perdió el control y salió a toda velocidad a la explanada, donde debió de dar una vuelta de campana y caer después al precipicio. La pregunta surge espontánea: ¿es posible que los dos frenos se dañaran a la vez? ¿No es más probable que alguien los manipulara? De improviso, me parece ver la cara del brigadier Papale observando las manchas en el asfalto y comprendo con toda claridad: la muerte de Rinaldi no fue un accidente, sino un homicidio.

El primer impulso que siento es llamar por teléfono a los carabineros y comprobar si han llegado a la misma conclusión que yo. Después caigo en la cuenta de que no tengo su número, así que pongo en marcha el navegador de mi BlackBerry para buscarlo en las páginas amarillas. Sin embargo, luego me detengo. Pero ¿qué demonios estoy haciendo? Si la suposición de que alguien sabotó los frenos es correcta, es evidente que estarán ya investigando. Por lo demás, el brigadier Papale fue el que notó las huellas. Calma, tengo que conservar la calma y no involucrarme en asuntos que, a fin de cuentas, no me conciernen. Además, puedo llamar el lunes a los carabineros para averiguar si han descubierto algo. Ahora debo concentrarme en mis problemas.

Hago el viaje en una especie de trance, tratando de ordenar mis pensamientos, que me pasan por la mente sin orden ni concierto. La muerte de Rinaldi, el dibujo de Albino, el dinero de la baronesa. Y luego Paolantoni, Magda Battiston, Lucilla. De vez en cuando aparece la imagen de Assunta, el pelo negro, el seno perfecto bajo la camiseta ceñida, los tobillos finos. Como si me obligara a pensar en algo agradable para contrarrestar la ansiedad que me causa todo lo demás. Intento dar un sentido a los acontecimientos de los últimos días, pero no lo consigo. El caso es que llego a Ascoli sin darme cuenta: han pasado dos horas y he conducido tan distraído que he corrido el riesgo de tener un accidente varias veces.

Mi casa está en perfecto orden. Ayer (como todos los jueves) vino Marianna, la señora albanesa que la limpia y me plancha las camisas y la ropa de casa. El olor a colada y a detergente para suelos me sosiega. En el fin de semana deberé hacer un esfuerzo para desordenar y ensuciar todo lo que pueda, porque, de otra forma, Marianna no tendrá nada que hacer el próximo jueves.

Echo un vistazo al contestador telefónico: tres mensajes. Pulso la tecla verde para escucharlos al tiempo que abro la bolsa para sacar la ropa sucia.

«Mensaje número uno —anuncia el contestador virtual—. ¿Giulio? Giulio, soy la mamá. Llámame cuando oigas el mensaje. Seguro que te has olvidado, el sábado es el aniversario de boda de tu hermana. Te han invitado a comer, nos vemos en el hotel Cristalino, en Giulianova, a las doce y media. No faltes, es importante para tu hermana. Para tu cuñado también. Llámame para confirmarlo».

¡No iré ni de coña! Hasta mi madre demuestra mala fe con este disgustoso intento de parecer indiferente. En lugar de llamarme al móvil ha preferido dejarme un mensaje en el contestador para no enfrentarse conmigo. Como si no supiera que mi hermana Marcella y yo no nos hablamos desde hace dos años. Justo desde que murió mi padre y descubrí que ella y el cabrón de su marido, el ingeniero, lo habían obligado a firmar un acto de donación de la casa de la playa de Pineto.

No acudí a un abogado para ahorrarme los lloriqueos de mi madre. La muy capulla aseguró que no sabía una palabra, pero estoy seguro de que se había puesto de acuerdo con Marcella. Me la hicieron por la espalda. Que se queden con la casa y se ahoguen con sus comidas. A mí no volverán a verme el pelo.

«Mensaje número dos —dice con profesionalidad la voz metálica—. Soy Magda. Nos vemos el sábado por la mañana a las nueve, en el mismo sitio de la primera vez».

Mmm, voz glacial, pocas palabras. Quiere hacerse la dura. La primera vez que la invité a beber algo fuera del despacho nos vimos en Grottamare, un bar próximo al centro de estética al que suele ir. Ella eligió el sitio.

«Quedemos allí —me dijo—. Así, si alguien nos ve podré decir que te encontré por casualidad cuando salí del centro de estética y que fuimos a tomar un café».

Todas estas precauciones me hicieron comprender que era cosa hecha, que iba a ser coser y cantar. De hecho, el encuentro acabó con un magreo extremo en el coche, al margen de una carretera campestre, protegidos por la penumbra del atardecer invernal. La noche siguiente le conté maravillas del colchón de látex de mi cama matrimonial.

«Mensaje número tres. Soy Lucilla. Mi padre ha hablado con Bracciani, tu antiguo director. Ahora sé cuál es el verdadero motivo de tu traslado. ¿Cómo pudiste enredarte con esa vieja? ¿Te acostabas con ella mientras salías conmigo?! ¿Te das cuenta de lo miserable y falso que eres? Me das asco, no quiero volver a verte; no intentes llamarme ni buscarme. Vete a tus montañas y quédate ahí».

Me quedo petrificado, con la bolsa de la ropa sucia en la mano. Me siento lentamente en el sofá blanco de piel. Lo eligió Lucilla. Pagué una fortuna por él, para impresionarla, sobre todo. Yo me habría conformado sin problemas con un modelo de Ikea.

Trato de aclarar un poco las ideas y de sopesar las opciones. Uno: llamarla enseguida y negarlo todo, decir que he sido víctima de un complot urdido a mis espaldas por Bracciani, jurarle que la quiero y que jamás habría podido acostarme

con una mujer de cincuenta años, justo yo, que salía con la chica más guapa y sexi del mundo.

Dos: llamarla enseguida y suplicarle que nos veamos para después arrojarme a sus pies, pedirle perdón y reinterpretar lo que sucedió con Battiston. A fin de cuentas, solo fue un beso después de que ella me hubiera cortejado de forma despiadada, luego ella hizo circular rumores falsos para vengarse, dado que estaba locamente enamorada de mí y yo no le correspondía. Jurarle devoción eterna e implorarle que me conceda una segunda oportunidad.

Tres: no hacer nada. En el fondo, el hecho del que me acusa es cierto; también que soy una persona falsa y miserable. Lo acepté hace tiempo, igual que acepté que Papá Noel no existe, que la amistad es una ilusión y que las mujeres fingen de maravilla el orgasmo. De nada sirve preocuparse demasiado. Las cosas son como son.

Llega con media hora de retraso. La he esperado veinte minutos sentado a la misma mesita apartada de la primera vez; después he decidido pedir un capuchino.

Su apariencia es cuidada y no sé si interpretarlo como una señal positiva o negativa. Camiseta escotada de color naranja, cazadora de piel negra, vaqueros de marca y tacones altos. Lleva el pelo, suave y brillante, recogido en un peinado alto. Magda Battiston es, sin lugar a dudas, una mujer hermosa que aparenta diez años menos de los que tiene.

—Hola —le digo levantándome mientras ella se sienta—, perdona que no te haya esperado para pedir, pero empezaban a mirarme mal. ¿Qué quieres tomar?

—Nada. Bueno, un café.

Llamo al camarero y se lo pido.

—Me dijiste que querías hablar conmigo —me dice yendo directa al grano—. Aquí me tienes, habla.

No me desaliento, me esperaba una actitud como esa.

—Oye, Magda; para empezar, he venido a pedirte disculpas. Disculpas por haberme negado a hablar contigo después de lo que hubo entre nosotros. Sé que lo que hice es imperdonable y que no tengo ninguna justificación.

—Eso ya me lo dijiste por teléfono, no era necesario que nos viéramos para repetírmelo.

—Eso no es todo.

—Entonces, adelante. Entre otras cosas, porque tengo poco tiempo.

—Bien. Como te he dicho, me comporté de forma imperdonable. Por eso no te reprocho que le contaras todo a Paolantoni sin tener en cuenta que era un asunto que nos concernía solo a los dos. Sin tomar siquiera en consideración mi derecho a la privacidad.

—¿Derecho a la privacidad? —dice fulminándome con la mirada—. Así que, después de haberme hecho lo que me hiciste, ¿piensas que tienes derecho a la privacidad? ¡Me trataste peor que a un perro, ni siquiera te dignaste a hablar conmigo!

—Escucha, Magda, ya te he dicho que soy consciente de que cometí un error.

Pero no acepto que me acuses de haberte utilizado. Nuestra relación se basó en la atracción física, en la transgresión, en el deseo de romper la monotonía, porque nos gustábamos. Nunca te dije que te quisiera ni tú puedes afirmar que lo pensaras. Fue una locura, una chifladura, una de esas cosas que suceden continuamente entre adultos. Según me dijo Paolantoni, le hablaste de matrimonio en crisis, de amor no correspondido, de depresión. Solo estuvimos juntos dos veces, Magda, y nunca hablamos de esas cosas. Solo nos acostamos.

—¡Ah, esta sí que es buena! ¡De manera que me consideras una especie de puta y solo me utilizaste para follar! ¿Y me lo dices así? ¡Me has arruinado la vida!

—Magda, Cristo, ¿cómo puedo haberte arruinado la vida si solo nos vimos dos veces? Además, los dos estábamos de acuerdo, ¿o no? ¿De verdad pensaste en el gran amor? ¿Habrías dejado a tu marido, el director de hospital con una casa en la playa y un chalé en la montaña? ¿Habrías abandonado a tus hijos para instalarte en mi piso de dos habitaciones?

—¡¿Qué coño vi en ti?! Eres un cabrón miserable y patético. No obstante, te felicito, sabes cómo metérsela en el culo a la gente.

—Te lo ruego, Magda. Mi novia me dejó porque se enteró de lo nuestro gracias a ese hijo de puta de Bracciani, el director de la sucursal. Te amenacé con contárselo a tu marido porque me sentía presionado: no dejabas de llamarme por teléfono, de enviarme correos, de dejarme mensajes. Pero jamás lo habría hecho ni lo haré nunca. Me equivoqué y me resigno a haber perdido a una chica estupenda que me quería mucho, pero creo que como castigo es más que suficiente, por no hablar del hecho de que he tirado por la borda mi carrera.

—Pero bueno, ¿qué quieres de mí?

—Que hables con Paolantoni y me saques de ese sitio. Que me mande a una sucursal normal, la que sea. Allí estoy volviéndome loco, es un precio excesivo por unos hechos que, entre otras cosas, no tienen nada que ver con el trabajo.

—¿Estás pidiéndome que le diga a Paolantoni que te saque de la mierda? ¿Qué tengo yo que ver con ese traslado? ¿Crees que yo lo obligué a ordenarlo? Te equivocas. Yo solo buscaba un amigo con el que hablar, necesitaba desahogarme con alguien, con una persona seria que siempre me ha respetado, ¡dado que tú ni siquiera te dignabas a responder a mis correos!

—Magda, ahora eres tú la que está arruinando mi vida. ¿De verdad piensas que me merezco esto? ¿Por qué, además? ¿Por haberte deseado como tú me deseabas?

—Me engañaste y te aprovechaste de mis debilidades. Es innegable que eres un gran manipulador.

—No, Magda, solo soy un desgraciado que engañó a su novia, igual que tú engañaste a tu marido. ¿De verdad no puedes aceptarlo y ayudarme a salir de esta pesadilla? Estoy pidiéndote perdón con sinceridad.

—Olvídalo, no hablaré con Paolantoni. Me importa un carajo tu carrera, ojalá te hayan mandado a un sitio donde no puedas hacer más daño. Además, no creo en tu

sinceridad, no eres una persona sincera.

De repente, me hartó.

—Bien —digo levantándome y dejando cinco euros encima de la mesa—. Gracias de todas formas y disculpa la molestia. Te deseo lo mejor.

—¡Vaya, ahora te vas e incluso te ofendes! Como si fueras la parte perjudicada.

Me quedo parado de pie y la miro unos segundos. Ella se inclina hacia mí, el lenguaje de su cuerpo me dice que no quiere que me vaya. Solo quiere que le implore. Quiere que me arrodille delante de ella, que le ruegue que me ayude; quiere que vuelva a ser su amante. Quiere tenerme en un puño, como un juguete, y conservar la casa en el mar y el chalé en la montaña con todo lo demás.

Es cómico. En un segundo comprendo algo muy importante sobre las mujeres: que ellas son las que dirigen siempre el juego, incluso cuando pensamos que podemos utilizarlas.

—¿Sabes? —le digo—. Puede que tengas razón. Quizá quería usarte y basta. Pero, de repente, cambié de idea. ¿Quieres saber por qué?

—Sí, quiero saberlo. Es lo que quiero comprender, lo que me saca de quicio. Primero tanto ardor, tanto deseo de acostarte conmigo, y luego, de buenas a primeras, se acabó.

—Te lo explico. El motivo es muy sencillo, diría que incluso banal. Debes saber que Napoleón Bonaparte solía mandar un mensajero a Josephine Beauharnais con una nota que rezaba: «No te laves. No tardaré mucho en llegar». Pues bien, yo soy de otra escuela de pensamiento. Cuando acerqué la boca al hueco que hay entre tus muslos comprendí que no eras una mujer para mí. Y soportar un segundo encuentro fue una tragedia, te lo aseguro. Lo hice con gran espíritu de abnegación, porque no me parecía delicado dejarte después de una sola vez. El tercero habría sido superior a mis fuerzas, lo siento. ¿Entiendes ahora por qué no quería hablar contigo?

Me mira con incredulidad, la cara transfigurada por la rabia. Ojos de fuego, boca abierta; no sabe si insultarme o saltarme al cuello para estrangularme. No le doy tiempo de hacer ninguna de las dos cosas, dado que en tres segundos estoy fuera del local.

Es sábado por la noche y he adelantado la partida. He preparado dos maletas, he descongelado la nevera, he cerrado el agua y he apagado la corriente. He quitado las sábanas de la cama y he tapado la televisión y el estéreo con unas cubiertas de plástico. He metido en una mochila todos los libros que estaban en lista de espera, más cuatro series estadounidenses que he descargado en internet y el minilector de DVD. He llamado a Marianna para decirle que suspenda la limpieza semanal hasta nuevo aviso. Esta mañana he comprado un sobre acolchado, he metido dentro el Rolex y se lo he enviado por correo certificado a Lucilla. No me parece bien quedarme con un regalo de diez mil euros, dado que la engañé. Me he puesto en la

muñeca mi viejo Omega Seamaster, que mis padres me regalaron cuando acabé la universidad.

Echo un último vistazo a mi librería, a mi sofá, a la segunda habitación, que uso como despacho y gimnasio. En este momento siento la necesidad de separarme de todo lo que me vincula a una vida que ya no me pertenece. De vez en cuando esta decisión me hace sentir incluso una especie de euforia, de fuerza, como si me dispusiera a emprender un camino zen, un periodo sabático de purificación y de revigorización tanto física como mental. Después, cuando comprendo la cruda realidad, es decir, que estoy destinado entre palurdos a pudrirme en un pueblo perdido, siento que me hundo en un abismo. No sé a qué aferrarme para permanecer en pie.

Pero ya me inventaré algo. Por ejemplo, puedo tratar de descubrir quién se cargó a Rinaldi, con la esperanza de que no quiera hacerme acabar igual.

El domingo por la noche me hartó de estar encerrado en casa mirando series televisivas.

Fuera aún hay luz, podría ponerme las Nike Air y salir a correr para eliminar las toxinas que he acumulado en los últimos días. No, no estoy de humor. Quizá sea mejor ir al bar a beber una cerveza. En realidad solo es una excusa para ver si Assunta está allí y charlar un poco con ella.

Al salir alzo los ojos hacia las ventanas de la baronesa, pero no veo ningún movimiento. El coche de su sobrino no está. Rinaldi me habló de enfermeras y cuidadoras, pero tengo la impresión de que aquí nunca viene nadie. De repente se me ocurre una idea extravagante, me acerco a la puerta y llamo al timbre, en el que no hay ninguna placa. Nadie responde.

Llamo de nuevo y esta vez pulso el timbre unos segundos más, movido por una determinación en cierta medida increíble. Nada.

Cuando me dispongo a marcharme, la puerta se abre poco a poco y me sobresalta. Una mujer de unos cuarenta años, obesa, de tez oscura y pelo encrespado, se asoma por el resquicio.

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere? —me pregunta con expresión hostil.

—Ah, hola, disculpe, soy Terenzi, el nuevo director del banco. Si no le importa, me gustaría saludar a la baronesa.

—La baronesa está descansando y, en cualquier caso, no quiere que la molesten. No venga más, por favor; hable con su sobrino, el señor Corrado, para cualquier cosa.

A continuación cierra la puerta, casi con violencia, sin tener siquiera en consideración una eventual respuesta por mi parte.

Siento la tentación de volver a llamar y de decirle que es una maleducada, pero al final decido que me importa un comino, que la baronesa y su cuidadora pueden irse alegremente a hacer puñetas.

Me encamino hacia el bar, pero antes de salir de la plaza me paro y me vuelvo para mirar las ventanas del primer piso. Justo a tiempo para ver una cortina cerrándose y una figura indistinta desaparecer de mi vista.

Esta noche el local está un poco más animado. En el televisor de tubo catódico

está concluyendo un programa dominical entre un trencito de disco-samba y los saludos de despedida descaradamente coquetos de la presentadora. Falta poco para las ocho, casi la hora del telediario. Hay tres mesas ocupadas por gente jugando a las cartas, en su mayoría ancianos. Ni una sola mujer.

En lugar de Assunta, en la barra hay un hombre de unos cuarenta años secando vasos con un trapo sucio. Es pelirrojo, con poco pelo, un cuerpo imponente y barriga de bebedor de cerveza. Viste una especie de mono naranja de manga corta. El uniforme de los peones camineros.

Me acerco a él y le tiendo la mano.

—Buenas noches, soy Giulio Terenzi, el nuevo director del banco.

Me la estrecha con cierta reluctancia, mirándome con hosquedad.

—Buenas noches. Di Pompeo.

Es el marido de Assunta. Cristo, pero qué feo es. Por un instante me lo imagino en la cama, con camiseta de tirantes y calcetines, moviéndose y jadeando encima de su mujer desnuda, guapísima, sucia de sudor y aplastada por su peso. Aparto de mi mente este pensamiento desagradable y miro alrededor.

—¿Me sirve una cerveza, por favor?

Él vacila unos segundos sin mirarme a los ojos.

—Tenemos Peroncino o Tuborg grande.

—Peroni va de maravilla, gracias.

Saca la cerveza por una puerta que hay debajo de la barra, me tiende un vaso de cristal y un abrebotellas.

—Ahí tiene.

—Gracias —contesto haciendo un esfuerzo para sonreír—. Oiga, perdone la pregunta, se lo he consultado ya a su esposa: me gustaría saber si es posible cenar también aquí. Ella me dijo que hablaría con usted.

—¿Le dijo eso? —me pregunta sin mirarme y sin dejar de secar los vasos.

—Sí, me dijo eso.

—Por la noche no se puede. No damos comidas. —Esta vez me lanza, a decir poco, una mirada iracunda.

—De acuerdo, olvídalo —respondo abriendo la cerveza—. ¿Cuánto le debo?

—Invita la casa —dice él sorprendiéndome.

—Ah, gracias. Muy amable.

—Pero bébasela deprisa si no le importa, porque vamos a cerrar.

—Ah, claro. —Esperaba poder sentarme a una mesa y ver el telediario, pero, dada la hospitalidad, decido beber un sorbo de la botella y marcharme—. Gracias de nuevo. Buenas noches.

—Igualmente —me contesta cogiendo la cerveza y pasando el mismo trapo inmundo por la barra.

«Menudo pedazo de mierda», pienso mientras vuelvo a casa. Al doblar una esquina me tropiezo con Albino, que está dibujando unos signos en una pared

enlucida con cemento con la piedra que lleva en la mano.

—Hola, Albino —lo saludo. Él se sobresalta, pero después me reconoce y esboza una leve sonrisa. Es la primera vez que veo en sus ojos una expresión relajada.

—¿Cómo estás? ¿No es un poco tarde para estar jugando en la calle? Tu abuela debe de estar esperándote para cenar.

Él me contesta que no sacudiendo la cabeza.

—¿Has comido ya?

Esta vez su cabeza se mueve en vertical para decirme que sí, que ha comido ya.

—Oye —digo rebuscando en los bolsillos y sacando un billete de cinco euros—, ¿por qué no vas al bar a comprarte un helado? Tienen helados, ¿verdad?

Él vuelve a asentir con la cabeza mirando el billete sin moverse.

—Vamos, cógelo. Te lo prometí, ¿te acuerdas? Quiero mantener mi promesa.

El niño da un paso hacia mí y agarra el dinero con un ademán atemorizado. Después me mira de forma extraña, da media vuelta y echa a correr hacia el bar.

Lo observo mientras se aleja tratando de descifrar su mirada. Parecía una expresión de absoluta incredulidad, como si desconociera la amabilidad, como si nadie le hubiera dirigido nunca un gesto de afecto. Me vuelvo para mirar la especie de grafiti que estaba haciendo en la pared. Es muy confuso, así que tardo un poco en comprender de qué se trata. Parece una estrella con una especie de garabato en el centro. Quizá un rayo. Será uno de esos símbolos de los personajes de dibujos animados, con toda probabilidad el emblema de un superhéroe. Si mal no recuerdo, el símbolo de *Flash* era un rayo, pero dentro había un círculo, no una estrella.

Sea como sea, al final decido que es mejor volver a casa y tragarme un par de capítulos más de una serie televisiva. A este paso los DVD van a durarme solo una semana.

Al día siguiente, después de haberle dado vueltas durante un par de horas, decido llamar a los carabinieri de Gamberale. Me pasan al mariscal Astolfi.

—¿Oiga? Buenos días, mariscal, soy Terenzi, el nuevo director del banco de Castrognano.

—Ah, sí, ya me acuerdo, el nuevo empleado. ¿Por qué no asistió al funeral de su antiguo compañero?

—Tenía cosas que hacer. Además, no me apetecía ver a ciertas personas.

—¿Qué personas? Con todo el respeto, *nun ci stev nu cazz di nisciun*.^[7] Ni siquiera un perro. Solo yo, Papale y el cura. Así que, a menos que no quisiera vernos a nosotros... Dice que tenía amigos en Giulianova, es evidente que también estaban ocupados. Ni siquiera se presentó su jefe, *Paolantonio*, el que pagó el funeral. Nadie.

—Paolantoni —lo corrijo—. Lo siento. Es evidente que Rinaldi se había aislado demasiado en los últimos años.

—En cualquier caso, ¿en qué puedo ayudarlo? —me pregunta Astolfi.

—Lo llamo precisamente por la muerte de mi compañero. Quería saber cómo van las investigaciones, si han avanzado algo.

—¿Investigaciones? Pero ¿qué investigaciones ni qué ocho cuartos? El caso se ha archivado como accidente.

—¿Qué? ¿Y las huellas? Las huellas de aceite en el asfalto, las que demuestran la manipulación de los frenos. ¿El brigadier Papale no le ha dicho nada?

—¿Papale? ¿Qué se supone que debía decirme? Disculpe la pregunta, Terenzi, pero ¿de qué cojones está hablando?

Callo unos segundos con el auricular en la mano.

—Mariscal, debería... Necesito hablar con usted. A solas, si es posible.

—¿A solas? Pero ¿puedo saber al menos cuál será el tema de la conversación?

—Ciertas cuestiones. Ciertos hechos poco claros que están ocurriendo aquí, en Castrognano.

—¡Virgen Santa! ¿Usted también con los misterios de Castrognano?

—No, escuche, se trata de algo que he descubierto examinando ciertos registros bancarios. Pero no puedo contárselo por teléfono, he de verlo.

—Sí, ya lo he entendido. Sin Papale. Está bien, hagamos una cosa: mañana por la mañana iré al pueblo, al banco, ¿le parece bien? A eso de las once.

—Estupendo, mariscal. Lo espero.

La mañana es floja, como de costumbre. A mediodía he hecho en total tres operaciones de caja. Dedico el resto del tiempo a tomar apuntes en un cuaderno de hojas cuadrículadas, anotando lo que debo contarle a Astolfi al día siguiente. Me arrepiento un poco de haber quedado con él, me dejé llevar por el impulso. En el fondo, si considero de forma objetiva los hechos, tengo muy pocos elementos para sostener mi teoría del complot. En sustancia, el cuadro que he conseguido esbozar podría ser el siguiente: Corrado De Santis, aprovechando que la salud de su tía iba empeorando, a tal punto que quizá era incapaz de entender y querer, llegó a un acuerdo con ese tipo, el doctor Mario Rapetto. El objetivo era ir apoderándose poco a poco del patrimonio de la baronesa sin esperar a que la pobre estirara la pata. Entre otras cosas, porque supongo que habrá dejado todo en herencia a un instituto pío, en lugar de al disoluto de su sobrino.

La costosa asistencia domiciliaria, que se abona al doctor de Alba Adriatica con transferencias frecuentes de casi cinco mil euros, es en realidad una excusa para justificar esta hemorragia de dinero. Eso explicaría que en cuatro días no haya visto a nadie entrar ni salir de la casa, salvo al sobrino. Queda por saber quién es la mujer que me abrió ayer la puerta. Puede que sea una cuidadora; otra cómplice de Corrado, dada la premura con la que se deshizo de mí.

Pero volvamos al complot. Rinaldi debió de darse cuenta de que algo no encajaba y debió de decírselo a De Santis. Entonces este y su cómplice, temiendo que los denunciara, manipularon los frenos del Seicento y lo silenciaron para siempre.

Además, están los tres ancianos desaparecidos de los que me habló mi compañero. Quizá eran testigos incómodos y por eso Corrado De Santis y su cómplice los eliminaron también.

Pero ¿qué demonios estoy inventándome? Ahora sí que estoy exagerando. Los carabineros hicieron las comprobaciones pertinentes y, según parece, todo estaba en regla. La desaparición de cada una de esas personas tiene una explicación lógica.

En todo caso, la pregunta a la que no consigo responder, el pensamiento que no me da tregua, es por qué el brigadier Papale no le dijo al mariscal Astolfi que había huellas de aceite en la calzada.

Sea como fuere, me resultaría útil saber los nombres de los presuntos desaparecidos que denunció Rinaldi para investigar en el banco y averiguar algo sobre sus desplazamientos.

Decido abrir los procedimientos de extinción y verificar cuántas cuentas y libretas se han cerrado en los últimos meses. La respuesta: solo una, Carlo Mascetti, sesenta y ocho años, jubilado de las Ferrovías del Estado.

Sigo la investigación ampliándola a todo el año pasado: otras dos, Guido Polidoro y Sante Pasquini. Un momento... este último nombre, Sante Pasquini. Lo he oído ya, pero no recuerdo cuándo. ¡Ah, claro! El timbre de la casa que estaba cerrada a cal y canto, la que tenía el extraño emblema en forma de cruz y las tablas clavadas a la puerta.

Busco las direcciones de los otros dos en el procedimiento de registro y las anoto en un folio de papel para memorizarlos mejor. Me prometo de nuevo inspeccionar el exterior de esas casas.

Abstraído en mis pensamientos, no me doy cuenta de que Assunta está dentro de la esclusa antirrobo haciéndome señas. «Se ruega salir y depositar los objetos metálicos en el correspondiente cajón».

Me sonrío y desbloqueo la puerta para dejarla entrar.

—¡Espero que no hayas venido a atracarnos! —bromeo.

—No, no te preocupes. Al contrario, he venido a ingresar dinero.

Sonríe de nuevo dejando a la vista su dentadura perfecta y, de repente, la mañana cobra otro aspecto. Además, hoy está más guapa de lo habitual, hay algo nuevo en ella.

—¿Te has hecho algo en el pelo? Pareces distinta. Estás muy bien.

—Gracias —dice ruborizándose—. Me lo he planchado un poco.

—¿Hay una peluquera en Castrognano?

—Pero qué peluquera ni qué ocho cuartos. Lo he hecho yo sola. Me compré la plancha el año pasado. Me costó un poco aprender, pero ahora casi me sale bien.

—Diría que de maravilla.

—Oye —me dice para disimular un poco la vergüenza—, hoy he hecho berenjenas a la parmesana. ¿Te gustan?

—Bah, la verdad es que no sabía si ir o no. —Noto que su semblante se ensombrece—. Anoche estuve en el bar, a eso de las ocho, y conocí a tu marido —prosigue—. No me pareció entusiasta de tenerme entre sus clientes.

—¿Por qué? ¿Qué te dijo? ¿Te faltó al respeto?

—No, no es eso. Me invitó incluso a una cerveza. No obstante, me dijo que por la noche no puedo comer allí y poco más o menos me tiró del local con la excusa de que tenía que cerrar, pese a que había unas diez personas cómodamente sentadas a las mesas.

—Ah, esos inútiles. Menuda partida de holgazanes. En cualquier caso, no te ofendas; el problema es que el domingo por la noche juegan el torneo de cartas y mi marido participa también. No está acostumbrado a tener clientes normales. Pero ¡debes venir a comer! —lo dice con mucha vehemencia, como si temiese que yo pudiera declinar la invitación.

La miro a los ojos y no puedo por menos que reconocer que es realmente guapa. Si se vistiera un poco mejor, si no hablara con ese acento. Pero, en el fondo, así va bien. Además, como suele sucederme con las mujeres, exagero.

—¿Sabes que estás muy guapa?

Ella baja la mirada, noto que la he puesto en un apuro.

—Gracias, pero déjate ya de cumplidos, porque si sigues así no me sentiré a gusto hablando contigo.

—Tienes razón, perdona, pero ha sido un cumplido espontáneo. En todo caso, te prometo que no te haré ninguno más. Acepto la pamesana, creo que estoy destinado a engordar en Castrogno.

—De acuerdo, entonces te espero a la hora de siempre. —Le ingreso el dinero en la cuenta corriente y pago una factura de la luz—. Hasta luego —dice metiendo el recibo del pago y el resto del dinero en la cartera.

—Cuenta con ello.

—Y deja de decir que vas a engordar —me dice al salir—, tú también sabes que eres guapo.

Las berenjenas estaban deliciosas. Hoy, en el bar-taberna-tienda, están los cuatro ancianos del otro día jugando a las cartas, con el correspondiente acompañamiento de vasos, vino a granel e imprecaciones en dialecto imposibles de traducir.

Cuando Assunta llega con el café noto algo distinto en su mirada, me parece más indefensa, más vulnerable que otras veces.

—¿Y bien? ¿Te ha gustado la comida?

—Oye, primero me dices que no te haga cumplidos y luego me provocas. Si me lo preguntas, no me queda más remedio que decirte que eres una cocinera magnífica. Estaba todo buenísimo, de verdad.

—Bueno, menos mal —dice complacida—. Puedes hacerme cumplidos por la cocina, esos me gustan.

Bebemos el café sonriendo. No puedo evitar ser un poco cabrón y mirarla deteniéndome unos segundos de más en sus ojos. El hecho la desazona un poco, pero yo hago como si nada mientras intento comprender hasta qué punto puedo tirar de la cuerda.

—Quería preguntarte si puedes abrir la tienda, porque necesito comprar unas cuantas cosas. Así no tendré que volver después de cerrar el banco. Si no es un problema...

—No —me responde—, no es un problema. Ven.

A decir verdad no necesito nada, entre otras cosas porque he traído bastantes provisiones de Ascoli. Deambulo cogiendo al azar un paquete de café y unos pañuelos de papel.

—Ya está, esto es todo.

Assunta no contesta, baja los ojos hacia el consabido cuaderno y me saca la cuenta. Los jugadores de cartas no pueden vernos desde aquí. Noto que parece diferente de lo habitual, está tensa, tiene una expresión contraída. Le rozo el brazo y

se sobresalta, me mira sorprendida y preocupada a la vez. Le acaricio el pelo escrutándola con mi mejor mirada. Pese a que está cada vez más nerviosa, no se resiste. Poco a poco, con dulzura, inclino la cara hacia la suya y la beso con delicadeza en los labios.

—No —me dice cerrando los ojos. Pero es más bien un gemido, una declaración de rendición.

La atraigo de nuevo hacia mí y esta vez la beso de verdad. Nada cruento, un beso dulce, exploratorio, pero a la vez cargado de sensualidad y promesas. Ella entreabre enseguida los labios y después se abandona.

—No, te lo ruego. —Se libera de mi abrazo, lentamente, como si quisiera darme a entender que, en realidad, le gustaría hacer lo contrario—. Así solo me haces daño.

—No quiero hacerte daño. Al contrario.

—Mi vida es ya bastante dura. Tú estás de paso, pero yo me quedaré aquí para siempre. No me hagas probar cosas que nunca podré tener.

—Pero ¿qué dices? Puedes hacer lo que quieras, puedes marcharte de aquí cuando quieras. No debes...

Me obliga a callar apoyando una mano en mi boca.

—No vuelvas a venir a comer aquí, por favor. No quiero volver a verte. —Da media vuelta y vuelve al bar a través de la pequeña puerta que une los dos locales, dejándome a solas con el café y los pañuelos de papel.

Pienso en ella el resto del día, en ella y en su vida, tan distinta de la mía. Intento ponerme en su lugar y me parece imposible que pueda resignarse a vivir una existencia tan espantosa como la suya. Una mujer joven y guapa en un pueblo de viejos y con un marido feo e ignorante. Pese a que pertenecemos a mundos diferentes, la he sentido muy próxima en su sufrimiento, en la desesperación que había en las pocas palabras que dijo después de que nos besáramos. ¿Cómo puede estar con ese hombre? ¿Por qué se casó con él si no lo quería? Aunque, en el fondo, es normal que la gente casada deje de quererse. La mayoría siguen adelante por inercia o por desesperación.

El mecanismo del amor es diabólico. Es diabólico ser conscientes de ciertos automatismos que se repiten en las relaciones de pareja, pero continuar, impertérritos, cayendo en las mismas trampas. Nos mecemos en las consabidas ilusiones, recorreremos los senderos que otros han trazado un sinnúmero de veces, a veces incluso somos nosotros quienes los delineamos, aun a sabiendas de que no llevan a ninguna parte.

De repente me parece evidente que el hombre no está hecho para querer, más bien está predispuesto para odiar.

El odio es un sentimiento total, con los contornos bien definidos, que satisface, envuelve, que no da lugar a ningún malentendido, a ninguna duda. Es inmediato y

frecuente. Odiar a un automovilista que nos ha robado un aparcamiento hasta el punto de desear verlo muerto o a un tipo que se cuele en la cola del supermercado es normal. Ni siquiera es difícil odiar a un hermano o a la propia madre, incluso por motivos insignificantes. Porque llevamos el odio dentro, es un sentimiento definido con un origen muy claro.

En el caso del amor es justo lo contrario. Si sentimos amor por alguien creemos saber el motivo. En realidad, vagamos en un limbo de sensaciones indefinidas y huidizas, y nos refugiamos en la banalidad del romanticismo. Aquel que nos gustaría que fuera el sentimiento más límpido y potente del mundo es, para ser sinceros, el más confuso y frágil que existe.

Siempre es un deseo inalcanzable que nos empuja hacia la persona que parece querernos: la voluntad de poseerla, la pretensión de estar unidos a ella de forma indisoluble. Unas aspiraciones que, con el paso del tiempo, se desvanecen o se incumplen de manera inevitable.

Puede que solo busquemos cobijo en un concepto abstracto, en algo inexistente, para exorcizar el miedo a la muerte. Un miedo que nos empuja a refugiarnos en la búsqueda de algo eterno. Algo ficticio.

Pienso en todo esto mientras me como una tortilla quemada con una ensalada de tomate y concluyo que, en realidad, nunca he querido a Lucilla.

Y que, quizá, estoy enamorándome de Assunta.

A la mañana siguiente llamo a la Banca di Credito Cooperativo de Alba Adriatica, el banco donde se encuentra la cuenta corriente a nombre del doctor Mario Rapetto, donde se ingresan las transferencias de la baronesa.

Me responde una compañera bastante amable que no pone demasiados peros a mi solicitud de información. Me dice que Rapetto tiene, desde hace unos dos años, una cuenta corriente en su sucursal, que lo conoce personalmente y que es un señor distinguido y amable. Por lo visto gestiona una actividad de asistencia médica a domicilio para enfermos que requieren un proceso largo de recuperación. Pero se trata de una información sin verificar, que solo figura en la ficha del cliente.

Cuando le pido que me diga adónde va a parar el dinero que entra en su cuenta, si lo retira en efectivo, si lo transfiere a otras cuentas o si lo deja en depósito, mi compañera se tensa y objeta que el deber de privacidad le impide contestarme.

A duras penas logro recuperar unos cuantos puntos hablando de la playa de Alba Adriatica, de las ventajas de trabajar en un instituto cooperativo en lugar de hacerlo en un gran banco, de la voz tan agradable que tiene, que, a buen seguro, pertenece a una joven muy hermosa. Al final la convengo de que me envíe el carné de identidad del doctor Rapetto por fax.

El fax de la sucursal de Castrognano es otra pieza de anticuario, uno de esos que funcionan con rollos de papel térmico. Rinaldi tuvo la buena idea de guardarlos en una caja en el archivo del sótano; al ser este tan húmedo como una cueva, ha dañado la composición química del papel.

Resultado: los faxes son oscuros y tienen una definición pésima. En pocas palabras, son casi ilegibles.

La fotografía del carné de identidad de Mario Rapetto es un óvalo completamente negro. No obstante, aún puedo leer algo. Por ejemplo, la fecha de nacimiento: quince de julio de mil novecientos cincuenta y tres. También el lugar: municipio de Castrognano.

Dejo un cartel que reza VUELVO ENSEGUIDA y subo la cuesta que lleva al

ayuntamiento del pueblo.

En las calles encuentro la habitual desolación. Me cruzo con una señora que lleva un haz de ramas en la cabeza y con un anciano que camina pegado a la pared, fumando un apestoso cigarrillo sin filtro.

Llego al edificio. Es similar a los demás, encajado entre dos casas anónimas enlucidas con cemento, y solo destaca por el arco de piedra de la puerta, con un escudo esculpido en lo alto. Noto que la puerta está cerrada. ¡Digo yo que habrá un empleado, un ordenanza, alguien que reciba a las personas!

Toco el timbre y espero a que aparezca alguien. Al cabo de unos minutos y de varios timbrazos, abre la puerta el alcalde en persona, el señor que hacía el solitario con la baraja napolitana en el local de Assunta: don Giuliano Carulli.

—¿Sí? —me pregunta con una expresión que no puede ser más hosca.

—Hola. Oiga, soy Giulio Terenzi, el nue...

—Sé quién es usted. ¿Qué quiere?

Simpático. Si tuviera una pistola al alcance de la mano le dispararía en la frente.

—Para empezar, quería presentarme, dado que hasta ahora no he tenido ocasión de hacerlo. Además, necesito pedirle un favor. —Entretanto saco el fax arrugado con el carné de identidad de Mario Rapetto—. Necesito una fotocopia legible del carné de este señor. Fue expedido aquí hace un par de años, deberían tenerlo en el archivo. Si me deja hablar con algún empleado del Registro Civil podría...

—No hay ningún empleado del Registro Civil. Aquí estoy solo yo.

—¿Quiere decir que el municipio no tiene empleados? ¿Ni siquiera uno?

—Tenía. Había una secretaria, pero es de un pueblo cercano, ahora está de baja por maternidad y no la hemos sustituido porque no tenemos dinero.

—Entiendo... Pero ¿usted no podría...?

—Deme, no soy empleado, pero le haré la copia. Se la llevaré al banco. Buenos días.

Agarra el fax y me cierra la puerta en las narices. Me quedo desconcertado delante del ayuntamiento. Al final me vuelvo y emboco de nuevo la calle que lleva a la plaza.

En este maldito pueblo todo es, a decir poco, surrealista.

Delante del banco hay una señora anciana esperándome con un niño. Es Albino, y la mujer debe de ser su abuela.

—Buenos días, señora —le digo tendiéndole la mano. Me la estrecha con renuencia a la vez que me saluda en voz baja y con una especie de inclinación. Va vestida de negro y lleva un pañuelo a la cabeza. La miro con más detenimiento y noto que algo en ella me resulta familiar, si bien no entiendo de qué se trata. Además, no es tan vieja, como mucho tendrá unos sesenta años.

—Hola, Albino —le digo al pequeño acariciándole la cabeza—, ¿hoy has

acompañado a tu abuela?

Él asiente con la cabeza. Como de costumbre, va vestido como siempre, con ropa remendada y sucia. En los pies, los zapatos de goma.

—Un momento y les hago entrar. —Paso primero y desbloqueo la esclusa para evitar que la voz del detector de metales suelte la consabida cantinela.

Me siguen de uno en uno y, nada más entrar, la señora me tiende una libreta de ahorros. Se llama Anna Savini, el mismo apellido de Assunta. Me pregunto si serán parientes, pese a que en los pueblos pequeños es frecuente que muchos tengan el mismo apellido.

—Me gustaría saber si he recibido la pensión —me dice.

Verifico la libreta. Veo que hay ingresos mensuales de quinientos cuarenta euros y retiradas semanales de pequeños importes. Prácticamente la pobre usa esas cuatro perras para vivir y va sacándolas poco a poco.

El saldo actual es de treinta y ocho euros, aún no le han ingresado la pensión.

—Sí —miento—, la pensión ha llegado, aunque aún no aparece en la libreta. Si lo necesita, puede sacar dinero.

—Me gustaría sacar cincuenta euros.

—Por supuesto. —Finjo que efectúo la operación, le devuelvo la libreta y le doy dos billetes de veinte y uno de diez—. La próxima vez que venga, el ingreso estará registrado y anotaremos la operación en la libreta.

—Gracias —me dice manteniendo baja la mirada. Mientras tanto, Albino deambula por la sala mirando los pósteres amarillentos de unos productos financieros que dejaron de existir hace años.

—Oiga —le digo a la señora antes de que se vuelva para salir—, quería preguntarle algo sobre Albino. ¿Se quedará en Castrognano todo el verano?

—Albino vive conmigo. Su padre me lo dejó.

—Lo sé, pero me refería a... Quizá las parroquias de los pueblos vecinos organicen campamentos veraniegos. El niño podría pasar varias semanas en la playa, podría hacer amigos de su edad. Si me permite, puedo informarme y...

—No —me interrumpe—. Albino está conmigo. No quiere ir a ninguna parte, está bien aquí, en Castrognano.

—Por supuesto, estoy seguro de que está bien con usted, pero es un niño, debería estar con otros de su edad. Disculpe si me entrometo en asuntos que no me conciernen, pero...

—Adiós. —La señora aferra al niño por una mano y entra con él en la esclusa. Pulso el botón de desbloqueo para que puedan salir.

Al otro lado del cristal Albino alza una mano y me saluda. Al mirarlo a los ojos, tengo la impresión de que está pidiéndome ayuda. Pero quizá sea solo sugestión.

El mariscal Astolfi mira perplejo la página de notas en que figura el resumen de los movimientos bancarios de la baronesa.

Ha llegado con tres cuartos de hora de retraso y es ya la una y pico. Estamos sentados al escritorio del pequeño despacho que hay en la parte trasera, he bloqueado la esclusa antiatraco para que la voz registrada me avise si viene alguien.

—No lo sé —me dice—. En mi opinión, no tenemos ningún elemento. En buena parte son solo suposiciones; los hechos, tal y como me los presenta, no constituyen delito...

—Le recuerdo que no me corresponde a mí determinar si son delito o no —respondo crispado—. Pensé que cumplía con mi deber informándolo sobre una situación que considero anómala. Si luego piensa que hay que indagar, hágalo; en caso contrario, deje las cosas como están.

—Podría indagar, pero ¿quién me asegura que no es un callejón sin salida y que al final me encontraré *curnut e mazzpijat*?

—¿Cómo dice, disculpe?

—¡Cornudo y apaleado! Es un modo de decir nuestro. Si al final resulta ser una burbuja de jabón, el mando del cuerpo podría acusarme de haber violado la privacidad de los ciudadanos, de haberme inventado unas acusaciones infundadas. En pocas palabras, de ser gilipollas.

—Sería mucho más gilipollas si se le escapasen de las manos una estafa y un homicidio sin haber dudado ni por un momento que estaba ocurriendo algo ilícito, ¿no le parece?

—Eso es cierto —me responde asintiendo con la cabeza—. Doblemente gilipollas. En fin, haré algunas verificaciones; pocas, pero seguras.

—Además, hay otros dos asuntos pendientes. En primer lugar, los tres ancianos desaparecidos que denunció Rinaldi. Usted me confirmó que los nombres que encontré en el ordenador son correctos. Retiraron todo el dinero que tenían en el banco y se desvanecieron en la nada. Uno de ellos tiene la puerta de casa entablada. Los otros dos no lo sé, aún debo comprobarlo. Me dijo que lo había verificado, que todo estaba en orden, pero ¿está seguro de que no se le pasó nada por alto?

—Prosiga. Ha dicho que son dos asuntos, ¿verdad?

—Así es. El segundo es un poco más delicado. Usted asegura que Papale no le dijo una palabra sobre las huellas evidentes de manipulación en los frenos de Rinaldi.

—Bueno, no se pase, ¡evidentes! ¿Quién se ha creído que es, uno de esos policías americanos de *ciesai*?

—Mire, le aseguro que es indudable. Las huellas de aceite en la carretera son más que evidentes y no entiendo por qué el brigadier no le ha...

—Oiga, señor Terenzi, acabe de una vez. Papale es un colaborador magnífico, ¿me entiende? ¡Sus insinuaciones son inaceptables!

Noto que su protesta no es del todo sincera, así que decido insistir.

—¿Le importaría decirme quién ha efectuado las averiguaciones sobre los tres ancianos desaparecidos? ¿Usted en persona?

Me mira con severidad, ha perdido por completo su habitual expresión cordial y bonachona.

—Papale efectuó las averiguaciones. En todo caso, en esta zona suelen cerrarse las casas de los difuntos con tablas de madera, por lo general lo hacen los parientes antes de la ejecución del testamento para que nadie saquee el interior. No significa nada.

—Ah, no lo sabía. Sea como sea, tengo la impresión de que todas sus explicaciones se basan en las palabras de un colaborador que no le ha referido indicios importantes. Indicios que podrían demostrar que la muerte de Rinaldi no fue accidental... Mire, saque usted mismo las conclusiones. En cualquier caso, ahora entiendo por qué mi compañero no se fiaba de ustedes y quería denunciarlo todo a la jefatura...

—Eh, jovencito, ¡estás empezando a hincharme *un poco* las narices! ¿Qué te has creído, que llegas tú y resuelves todos los problemas en un par de días? Sé que aquí está ocurriendo algo poco claro. La muerte de Rinaldi también me huele mal. Solo que debo moverme con cautela; en caso de que sea cierto que alguien del cuerpo está involucrado no puedo arriesgarme a que sospeche, ¿me explico?

—¿Se refiere a Papale? ¿Cree que puede tener algo que ver con Corrado De Santis? Con la desaparición de los tres ancianos que...

—Calma, calma, ¡deténgase, señor Terenzi! Corres *nu poco* demasiado. Por el momento me llevaré los apuntes que has tenido la cortesía de darme. Después controlaré la actividad del tal doctor Rapetto. Por último, tendré los ojos abiertos. Si alguien de los que me rodean ha hecho algo ilícito tengo que ir con pies de plomo para que no se organice una buena. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo. Pero, al menos, ¿puedo pedirle que estemos en contacto, que me informe sobre las novedades?

—Mira, Terenzi, yo más bien te aconsejaría que te fueras de vacaciones o que pidieras una baja por enfermedad. Si aquí está sucediendo algo de verdad, te conviene quitarte de en medio; así no correrás ningún riesgo.

—¿Significa eso que usted cree que estoy en peligro? ¿En peligro físico?

—Espiritual no, seguro.

Por primera vez comprendo que he cometido una imprudencia hablándole abiertamente de mis dudas. Si las suposiciones sobre el complot urdido por Corrado De Santis son correctas, ¿qué les impedirá acabar conmigo también? Después de todo, quizá la hipótesis de unas vacaciones no sea tan aventurada.

Astolfi se marcha casi a las dos. Pensaba ir al bar de Assunta a comer, pese a que ella me pidió que no lo hiciera. Pero se ha hecho tarde, estoy cansado y desmoralizado, y no me siento preparado para desplegar mis artes de seductor. Al final decido subir al apartamento para hacerme un bocadillo y reflexionar sobre la posibilidad de pedir una baja y volver una temporada a Ascoli.

Por la tarde se presenta en el banco Corrado De Santis.

—Buenos días —lo saludo con frialdad—. ¿Quiere cambiar algún cheque?

—No, yo... Prepáreme un extracto de cuenta.

—Por supuesto. ¿De cuál de las dos cuentas?

—De las dos. —El joven mira alrededor con nerviosismo, se masajea un brazo, tiene también una especie de tic en el ojo izquierdo.

Tengo la impresión de que tiene alguna dependencia, quizá sea cocainómano o alcohólico. Claro que para ser uno que se ha metido en el bolsillo seiscientos mil euros en dos años se viste como un pordiosero. Unos vaqueros rotos, las mismas zapatillas deportivas del otro día y un polo de manga larga descolorido y sucio.

—Aquí tiene —le digo tendiéndole los dos extractos de cuenta impresos en unos simples A4—. ¿Necesita algo más?

Coge las hojas y desvía la mirada; después, se vuelve para observar la entrada.

—Oiga —me dice—, he visto que hoy ha venido el carabinero. Astolfi.

—Ah, no sabía que me vigilaban.

—Escuche —prosigue, pero da la impresión de que le cuesta hablar, expresarse, como si algo lo frenase—, puede que le convenga irse de aquí.

—¿Teme que pueda correr algún peligro en este delicioso pueblo, tan acogedor y lleno de vida?

—Escúcheme. Aquí, en Castrognano, las cosas son distintas de lo que usted cree. Pida que lo trasladen. Que manden a otro, alguien que esté a punto de jubilarse, que no haga preguntas, que no incordie.

—¿Acaso está amenazándome? Le advierto que el mariscal Astolfi está al corriente de todo, ¡si me sucede algo usted será el primero en ir a la cárcel!

—¿Qué le ha contado al carabinero? ¿Qué ha descubierto en estos días? ¡Dígame!

—No pienso decirle nada —le grito a la cara, presa de una creciente agitación. Agarro el teléfono y, con mano trémula, empiezo a teclear el número de los

carabineros de Gamberale—. Estoy llamando a los carabineros. No tardarán en llegar y usted deberá contarles que me ha amenazado. Y si me ocurre algo yo...

—¡Basta! —me grita a la cara—. ¡Cállese y escúcheme! Cuelgue el teléfono. No era una amenaza, ¡se lo aconsejo por su bien! Márchese de aquí, no hay nada bueno para usted. Márchese lo antes posible.

Lo miro con el auricular en la mano mientras sale. Tardo más de diez minutos en hacer desaparecer el temblor que me sacude de pies a cabeza.

Por la noche, en casa, deambulo de una habitación a otra comprobando que las ventanas están bien cerradas y que no hay nadie escondido en la sombra, armado con un cuchillo y listo para matarme como a Janet Leigh en la ducha de *Psicosis*.

Por teléfono, el mariscal Astolfi hizo todo lo posible para tranquilizarme.

—No se inquiete. Ahora que Corrado De Santis se ha descubierto, se lo pensará dos veces antes de dar un paso en falso. Deme tiempo para hacer algunas averiguaciones y para vigilar los movimientos de las personas que usted sabe. Ahora no debemos apresurarnos, dejemos que el asunto se decante. Necesitamos tener un cuadro completo de la situación antes de actuar. En el fondo, por lo que me ha contado, no fue una verdadera amenaza, sino más bien una sugerencia.

—¿Una sugerencia? —objeté yo—. Pero ¿qué pretende, que me dejen una cabeza de caballo cortada en la cama para considerarlo una amenaza? De Santis quería saber de qué habíamos hablado, qué he descubierto sobre él. ¡Vista la situación, no estoy nada tranquilo!

—Haga una cosa, Terenzi, mantenga la calma y fíese de mí. Ahora llamaré al chico para ponerlo en guardia. Omitiré las cuestiones de las que hemos hablado hoy y le diré que no lo amenace. Así sabrá que si a usted le sucede algo él será el primer sospechoso.

—¿Si me sucede algo? Vaya, gracias, ahora me siento mucho más seguro.

—Créame, Terenzi, esta noche no corre ningún peligro. Esté tranquilo y relajado, y mañana piense en la posibilidad de tomarse un buen periodo de vacaciones o una baja por enfermedad. Déjeme actuar a mí, fíese. ¿De acuerdo?

Al final le dije que sí, que estaba de acuerdo, porque estaba harto de escucharlo. Pero esta noche, encerrado en esta casa, me siento como un bovino en el matadero a la espera de ser descuartizado.

Pienso incluso en subir al coche, mandarlo todo a hacer puñetas y volver a mi casa esta misma noche. Pero después recuerdo cómo acabó el pobre Rinaldi y desecho la idea. Alguien puede haber manipulado mi coche; en el fondo, hace dos días y dos noches que no lo toco.

Al final, a eso de las diez, mientras me adormezco delante de la televisión, oigo

sonar el telefonillo.

Agarro el móvil y mi primer impulso es llamar al mariscal Astolfi. Después recupero la pizca de dignidad que aún me queda y me digo a mí mismo que, en cualquier caso, la puerta de abajo está blindada y que, por lo general, los asesinos no llaman al portero automático. Para mayor seguridad voy a la cocina y cojo el cuchillo más grande que encuentro. Es de sierra. Debo de parecer un capullo con el móvil en una mano y el cuchillo del pan en la otra.

Dejo el teléfono en el mueblecito de la entrada y aferro el auricular del telefonillo.

—¿Quién es?

—Soy yo. Assunta.

¡Cristo!

—Sube.

Abro la puerta y me precipito a la cocina para volver a poner el cuchillo en su sitio. Por suerte, aún estoy vestido. Alzo un brazo para olerme la axila. Todo en orden, la ducha de esta mañana y el desodorante sin gas aún aguantan.

Abro la segunda puerta, la que da a la escalera, y la veo delante de mí en el rellano. Tiene los ojos bajos, hace todo lo posible para que no se crucen con los míos. Noto que no lleva la misma ropa de esta mañana, ahora luce un vestidito de algodón con una especie de suéter ligero encima. Tampoco los zapatos son los de siempre, sino un par de bailarinas blancas que parecen completamente nuevas y, con toda probabilidad, lo son. Diría que las señales son inmejorables.

—Vamos, entra —le digo abriendo la puerta—. No esperaba tu visita. A esta hora, además. Pero ¿y tu marido?

—Ha ido a Aquila, tiene la cena mensual de los cazadores. Por lo general no vuelve antes de las tres de la madrugada.

La abundancia de detalles que me da no deja dudas sobre el motivo de su visita.

—Oye, Giulio, he venido para pedirte, para suplicarte de rodillas que te vayas de Castrognano.

De eso nada.

—Qué extraño, eres la tercera persona que me lo pide hoy. No sé qué me impide haceros caso...

—¿La tercera persona?

—No, nada, olvídale. Siéntate un momento, ¿te apetece beber algo? Lo digo para recuperarnos, te juro que no quiero emborracharte.

Esboza algo semejante a una sonrisa.

—De acuerdo, me apetece beber algo. ¿Qué tienes?

—Veamos... Tengo cerveza, Adelscott. También Coca-Cola, una botella de Jack Daniel's y una de Cointreau. Me traje de casa las únicas que aún estaban cerradas.

—En ese caso, Cointreau.

—Estupendo. Yo, en cambio, me beberé una coca con un poco del viejo tío Jack.

Sirvo la bebida y le tiendo el vaso. Se ha sentado en el sofá; me siento en una de

las sillas que hay al lado de la mesa. Quiero jugar bien mis cartas, no quiero echarlo todo a perder con mi habitual ímpetu.

Ella bebe un par de sorbos y luego, por fin, alza los ojos y nuestras miradas se cruzan.

—Lo que pasó ayer —me dice—, quiero que sepas que no te culpo de nada, lo deseaba tanto como tú. Pero no puedo permitirme algo así, no puedo tener una historia de ese tipo. Una historia de sexo. No puedo, me resulta ya muy difícil aceptar una vida como la mía, haber renunciado a todos mis sueños, a todas las fantasías que tenía cuando era joven. Estudiar, viajar, tener una familia normal. Vivir un sueño sabiendo de antemano que está destinado a terminar sería como morir por segunda vez.

En cierta medida habla como en una novela de Harmony, debe de haber preparado el discurso a conciencia. Sea como sea, el concepto es claro. Decido seguir su camino.

—¿Alguna vez has pensado en intentar vivir? Intentar ser artífice de tu destino, intentar construir tu futuro en lugar de sufrir el que te han impuesto las circunstancias, lo que los demás han decidido para ti. Olvida lo que ocurrió ayer, olvida que nos besamos. No significa nada. Estoy hablando de ti, de tu vida... Tendrás parientes en algún sitio, algunos ahorros, ¿qué te impide marcharte de este lugar dejado de la mano de Dios, tratar de volver a empezar? Eres joven, eres una mujer guapísima. Puedes trabajar, sabes sacar adelante un bar y una tienda, eres una cocinera estupenda. Si no quieres a tu marido, déjalo y vuelve a empezar en otro sitio.

—No es tan fácil. Hay ciertas cosas que no sabes, que solo puede entender el que vive en este pueblo. Nunca me lo permitirá y, en cualquier caso, me da miedo fracasar. En cambio, tú sí que deberías marcharte.

—¿Miedo? ¿De qué? Además, ¿sabes lo que te digo?: no tengo la menor intención de marcharme, de cagarme encima de miedo por un medio drogadicto y un puñado de patanes. Me niego también a darte una excusa para seguir renunciando a la vida.

Callamos los dos. Pienso en lo que le he dicho, me parece que he soltado una buena sarta de gilipolleces, a saber cómo le han sentado.

Deja el vaso en el brazo del sofá y se levanta. La imito de inmediato, como corresponde a un caballero.

—Bueno, solo quería decirte lo que te he dicho. Perdona que haya venido a esta hora. Perdóname por todo, no hago otra cosa que cometer errores, siempre.

—Assunta, espera...

—No, en serio, perdona. Disculpa, pero debo marcharme. —Se acerca a la puerta con suma lentitud, dándome la espalda. La sigo hasta que se para y se vuelve hacia mí. Alza la mirada, tiene los ojos rojos y una lágrima grande le resbala por la mejilla—. Adiós —me dice.

Le agarro los brazos, la atraigo hacia mí y la beso con un gesto resuelto, pero en

manera alguna violento.

Se libera de mí y me abraza con ardor.

«Caramba, así que no me equivocaba».

Nos besamos con furia durante más de un minuto. Después, con un ademán probado en un sinfín de años de práctica, le rodeo el cuello con un brazo y me inclino para pasarle el otro por detrás de las rodillas y cogerla en brazos, de manera que no pueda fingir que se rebela.

Ella acepta mi iniciativa y se abandona aún más a mi beso, a la vez que me acaricia la nuca con una mano. La puerta del dormitorio está abierta; en caso contrario, la habría tirado abajo de una patada.

La siento en la cama delante de mí y empiezo a desabrocharme la camisa. Me la quito con un gesto en apariencia distraído, pero estudiado hasta el menor detalle. Finjo que estoy completamente concentrado en ella y no en la camisa a medida de ciento veinte euros. Solo espero que no se haya manchado, hostia. A continuación le quito el suéter y empiezo a desabrocharle el cuerpo del vestido sin dejar de mirarla a los ojos. La mirada es esencial. Debe traslucir mi deseo, mi seguridad. Los ademanes son fluidos. Nada de sacudidas ni de agitación mientras la desnudo.

El vestido cae al suelo y ella se queda en sujetador y bragas. Ropa interior corriente, pero nueva. La muy bribona se lo esperaba, así que nada de «he venido para suplicarte de rodillas que te marches».

Me descalzo sin inclinarme y luego, con un único ademán, sin prisas, me quito los pantalones, los calzoncillos y los calcetines. Jamás hay que quedarse desnudo con los calcetines puestos, es una pérdida de estilo inaceptable.

Apoyo una rodilla en el borde de la cama y vuelvo a abrazarla invitándola a acomodarse. Ella se muestra dócil en mis manos y no deja de mirarme. Ya le gustaría tener al barrigudo de su marido unos pectorales y unos abdominales como los míos.

Ahora estamos entrelazados y nos besamos apasionadamente a la vez que rodamos por la cama. Mis manos la exploran sin detenerse en el punto crítico. Todo a su debido tiempo.

Al cabo de bastantes minutos, en el momento adecuado, le desabrocho el sujetador y empiezo a trabajar los pezones. Ella gime, se revuelve.

Después de un buen rato, mi mano se aventura en el interior de sus bragas. Ella arquea la espalda y lanza una especie de grito. Empieza a pronunciar mi nombre, además de unas frases confusas cuyo sentido es, según me parece, que estoy volviéndola loca. Le beso el pecho y luego empiezo a bajar hacia el ombligo hasta llegar al quid de la cuestión. Le quito las bragas y cuando la beso descubro, con gran alivio, que su piel huele a jabón neutro.

La lamo sin perderla de vista desde mi posición panorámica. Tengo casi todo el cuerpo fuera de la cama, mientras ella está tumbada justo en el centro. Le masajeo con las manos los pezones después de haberle metido los dedos en la boca para humedecerlos con su saliva. Su sexo sabe a sal y a limón.

La operación dura varios minutos; luego, ella se corre lanzando un grito que debe de haber despertado a medio pueblo. Aprieta las piernas enseguida, de manera que casi no me da tiempo a sacar la cabeza; si me hubiera quedado en medio, habría corrido el riesgo de tener que quedarme ahí para siempre.

Se queda quieta casi un minuto, como turbada por la oleada de placer. Le acaricio la espalda, las piernas, y después me acerco a ella. Ahora viene lo bueno.

Inicio la maniobra de aproximación tratando de comprender cuál es su posición preferida. No tengo que esforzarme demasiado, porque en esta ocasión ella toma la iniciativa. Con un ademán que debe de haber visto en alguna película, me agarra las manos y me tumba bocarriba; después, sube encima de mí a horcajadas. Estoy dentro de ella, empieza a moverse rítmicamente, aumentando cada vez más la velocidad, mientras yo le acaricio el pecho disfrutando del espectáculo de su cara con los ojos entornados, alterada por el placer. Me coge las manos y las apoya en sus nalgas. Se las aprieta y aumento el ritmo. Al cabo de un minuto se corre de nuevo gritando mi nombre y diciendo que es maravilloso.

Me conozco, no se equivoca.

Cuando la acompaño a la puerta es casi la una. Nos hemos pasado dos horas y media haciendo el amor, ya ni recuerdo cuántas veces se ha corrido. Assunta está completamente aturdida, me mira y me acaricia una mejilla mientras yo le rozo la mano devolviéndole la mirada en silencio. Solo llevo puestos mis calzoncillos de marca.

—No puedes ir por ahí sola a estas horas —le digo—. Me pongo algo en un momento y te acompaño.

—No, ¿estás loco? Podrían vernos. Ven a comer mañana, por favor.

—Cuenta con ello.

—Te quiero —me susurra antes de abrir la puerta y desaparecer por la escalera.

Cierro la puerta y me desentumezco con una sonrisita de complacencia en la cara. Me acerco a la ventana y miro la plaza. Assunta enfila el callejón de la derecha apretando el paso y luego la pierdo de vista. A continuación, alzo la mirada como movido por un reflejo. Justo a tiempo para ver cómo se cierra la habitual cortinita en la ventana de enfrente. Una vez más, la sonrisa se congela en mis labios.

Los días sucesivos transcurren tranquilos. No se produce ningún acontecimiento que dañe el estado de calma aparente que parece haberse apoderado del pueblo envolviéndolo como una capa de gas soporífero.

Corrado De Santis no ha vuelto a dar señales de vida, por suerte, pero al verificar su cuenta corriente compruebo que ha enviado una nueva transferencia *online* de cuatro mil ochocientos euros a la consabida cuenta del doctor. La llamada telefónica del mariscal Astolfi debe de haber surtido el efecto deseado, es decir, ponerlo en su sitio. Recuerdo a menudo el día en que se presentó en el banco para advertirme, y la verdad es que sus palabras me parecen cada vez más amenazadoras. Es un canalla esmirriado e incoherente, podría tirarlo al suelo con una mano y pisotearlo. ¿Cómo puedo haber tenido miedo de él?

En el buzón de la sucursal encuentro un sobre blanco que contiene la fotocopia del documento de Mario Rapetto, el doctor de Alba Adriatica. Debe de haberlo dejado allí el simpático del alcalde. Me alegro de no haberme visto obligado a verlo de nuevo en persona. De cuando en cuando coincido con él en el bar a la hora de comer, pero hacemos todo lo posible por ignorarnos con recíproca satisfacción.

La fotografía que aparece en el carné de identidad del tal Rapetto no me dice nada. Es un señor de unos sesenta años, con gafas, poco pelo y cara de tonto. Él y De Santis forman una bonita pareja de capullos, de genios del crimen nada. Sea como sea, por escrúpulo, se la envió por fax a Astolfi para mantenerme en contacto con él.

A la hora de comer voy siempre al local de Assunta. A veces nos besamos fugazmente en la tienda con la excusa de la compra. Por lo visto, el sábado que viene, su marido ha quedado con sus amigos, así que pensamos vernos en mi casa. No le he contado que alguien nos espiaba desde la ventana de la baronesa. Temo que pueda asustarse y que renuncie a verme.

En estos días he pensado mucho en ella, he fantaseado con la posibilidad de pasar unos días juntos, unas vacaciones, de hacer un viaje. La idea de nosotros dos me ha hecho olvidar el complot, y la llamada a la calma de Astolfi ha hecho el resto. El

resultado es que, por el momento, las intervenciones más o menos claras en las cuentas de la baronesa y la desaparición de los ancianos me importan un comino. He cumplido con mi deber profesional comunicando las operaciones más o menos sospechosas a la sede de la zona y con el de buen ciudadano avisando a los carabineros. No puedo hacer más. Ahora, les corresponde a los demás determinar si en este lugar perdido está ocurriendo algo turbio. Quizá Rinaldi tuvo de verdad un accidente. Papale debió de considerar las huellas poco fiables, por eso no le dijo nada a su superior. Quizá De Santis estaba robando de verdad dinero a su tía, pero, a fin de cuentas, ella lo nombró tutor delegado de sus haberes, así que... Además, puede que los ancianos desaparecidos no hayan desaparecido en realidad. Se han efectuado averiguaciones y se ha encontrado una explicación lógica a su ausencia.

En fin, tanto si existe como si no una bendita explicación, el caso es que por el momento paso. Quiero volver a pensar en mí mismo, en mi futuro y en mi vida. Pero con calma. Además, quiero vivir la relación con Assunta, llevo varios días regodeándome con la idea de nuestro próximo encuentro. Esta vez quiero enloquecerla de verdad. No niego que me atrae mucho, pero hace tiempo que sé dar a esta sensación el justo valor. Un valor que no alcanza a condicionar mi vida.

El jueves por la noche, al igual que en los días precedentes, la temperatura es bastante alta. Me revuelvo en la cama, inquieto, sin encontrar una posición satisfactoria.

Miro los ledes rojos del despertador: marcan las dos y treinta y cuatro. El único remedio contra el insomnio es hacer algo distinto. Levantarse, leer un libro, mirar un rato la televisión. Insistir en dar vueltas como un pollo asado no es una buena táctica, las estadísticas lo dejan bien claro.

De repente me parece oír un ruido extraño, como el tintineo de un objeto duro que golpea un cristal. Me incorporo y aguzo el oído, pero el ruido no se repite.

«Será la maldita puerta del armarito del cuarto de baño».

Doy media vuelta para ver si logro conciliar el sueño, para no verme obligado a hacerlo mañana en el banco mientras espero a unos clientes que nunca llegan.

No obstante, al cabo de unos minutos decido levantarme. ¡Prefiero arrancar la puerta a volver a oír un ruido similar!

Camino a oscuras, las luces son muy fuertes y no quiero dañarme los ojos. A estas alturas he aprendido a moverme bien en el apartamento, incluso estoy considerando la posibilidad de decorarlo de nuevo.

Abro la puerta del cuarto de baño y veo que el armarito está cerrado. Así pues, enciendo la luz y lo que veo reflejado en la puerta de espejo me paraliza. Es una figura humana, completamente vestida de negro, con una media en la cabeza que solo deja al descubierto los ojos. Intento gritar, pero lo único que me sale de la garganta es un silbido monocorde, y me quedo inmóvil con la boca abierta, esperando a que el

tipo me atravesase con un puñal.

Por suerte, no es esa su intención. Se mueve con un impulso fulminante, me empuja tirándome contra el lavabo y sale a toda prisa.

No tengo la menor intención de seguirlo, lo único que pretendo es asegurarme de que se ha marchado. Así que salgo del cuarto de baño, justo a tiempo para verlo cerrar la puerta del apartamento.

Al cabo de unos segundos oigo unos golpes en la puerta de la calle y me asomo a la ventana de la sala para mirar fuera. Veo una sombra oscura corriendo a través de la plaza y enfilando después el callejón de la izquierda, el que lleva al sur del pueblo. Tengo la impresión de que cojea, debe de haberse golpeado una rodilla con el marco de la puerta. Quizá haya dejado un medio de transporte en la carretera que desemboca en la nacional, algo más abajo. Debe de ser un todoterreno o una moto, los coches normales no logran afrontar esa cuesta.

Me dejo caer en un sillón, presa aún del miedo, el mayor que he sentido en mi vida. Alargo una mano hacia la botella de Jack Daniel's, la destapo y doy un par de sorbos que me desgarran el esófago y se depositan en mi estómago como bombas de napalm.

Agarro el móvil con mano trémula y, a duras penas, logro componer el número de los carabinieri de Gamberale. Me responde el contestador telefónico: el cuartel está cerrado y debo llamar al 112. ¿Qué? Coño, ¿cómo es posible que ni siquiera las fuerzas del orden estén disponibles cuando es necesario? Llamo al 112, me responde un tipo, con toda probabilidad desde el centro operativo de Aquila. Tiene una voz somnolienta y una fuerte flexión dialectal.

—Pero ¿han robado algo?

—No lo sé. Creo que no, pero han entrado en mi casa en plena noche, ¿se da cuenta?

—¿Por qué dice que han entrado? ¿No era una sola persona?

—Sí, uno, lo del plural es una manera de hablar. En fin, ¿envían a alguien o no?

—¿Ha cerrado la puerta de casa?

—¡Claro que está cerrada! En su opinión, ¿debería dejarla abierta?

—En ese caso, enviaremos a alguien mañana. ¿Me repite su nombre, el señor?

—Terenzi. Giulio Terenzi, es la tercera vez que... Oiga, por favor, ¿puede llamar al mariscal Astolfi en Gamberale?

—No, a esta hora la competencia territorial es del coche patrulla de Aquila. Las intervenciones inmediatas son solo para los casos urgentes, accidentes o situaciones peligrosas.

—¿Y esta no le parece una situación peligrosa? Encuentro a Diabolik^[8] en casa a las tres de la madrugada, ¡casi me da un infarto! Si ha entrado ya en mi piso, ¿quién le dice que no puede hacerlo de nuevo?

—No, no se preocupe; en estos casos los ladrones no suelen volver. Puede dormir tranquilo, mañana se lo comunicaremos al cuartel de Gamberale y ellos efectuarán una inspección.

¡Los ladrones no suelen volver! Me entran ganas de insultar al capullo ignorante e idiota que se comporta como un experto criminólogo para que me trague un estúpido procedimiento dictado, a buen seguro, por los recortes en el presupuesto. ¡Y luego los del Gobierno hablan de seguridad! ¡Ya sé a quién votaré la próxima vez, que les den por culo!

Paso el resto de la noche en blanco, acurrucado en el sofá, después de haber cerrado todas las ventanas y de haber metido una silla bajo el picaporte de la puerta, para bloquearla. Como hacen en las películas.

A las siete me doy una ducha, me visto y me preparo un café que, como siempre, es asqueroso.

Astolfi llega a las diez y pico con el Fiat Punto reglamentario, que conduce un joven carabinero algo simplón, al que no conozco. A saber si ha apartado de esto a Papale adrede.

—¡Terenzi! —me dice al entrar en la esclusa—. ¿Qué coño hace en lugar de dormir por la noche?

—Perdone si no le río la gracia, pero tuve miedo; no es agradable encontrarse un tío en casa en plena noche.

—Oiga, ¿no será que anoche bebió un poco de más y que se imaginó a ese tipo?

No entiendo si está bromeando o si habla en serio; en cualquier caso, su comportamiento me saca de mis casillas.

—La verdad es que ha sido muy divertido pasar la noche en blanco porque nadie pensó que fuera necesario intervenir de inmediato. ¿No le parece absurdo?

—Mi querido Terenzi... ¡Hay muchas cosas absurdas en este mundo! Vamos a ver el piso, venga.

Como era de esperar, la inspección no da lugar a nada concreto.

—No han forzado la puerta. Ni la de este piso ni la del de abajo. Es evidente que entró por una ventana abierta. Si las hubiera cerrado...

—Disculpe, estamos en el primer piso en un pueblo de montaña y en pleno mes de junio. Yo no tengo la culpa de que en los últimos días haya hecho un calor espantoso. Supongo que usted también duerme con las ventanas abiertas, ¿no?

—¿Yo? —dice el mariscal—. No. Yo cierro siempre las ventanas, incluso a mediados de agosto. Tengo aire acondicionado. —Guiña un ojo al carabinero palurdo que lo acompaña, que, como si hubiera recibido una orden, se ríe fingiendo que le hace gracia la ocurrencia—. Además —prosigue Astolfi—, tengo la pistola. Si encontrara a alguien en mi casa por la noche, le dispararía y asunto zanjado.

—Bien —digo irritado—, me alegro de que la situación lo divierta. A mí me divierte un poco menos.

—¡Vamos, Terenzi! No dramaticemos, coño, *ecchecazz'*. Bromeo para animarlo un poco, ¿no? En cualquier caso, a partir de esta noche cierre las ventanas. Cómprese un buen Pingüino, así dormirá fresco aunque haga calor.

—Sí, pero ¿dónde encuentro un aparato así en Castrognano?

—Tiene razón. En Castrognano no hay pingüinos. ¡Como mucho alguna oveja, *nu' poc* de cabras y algún que otro perro pastor!

El agente y él se echan a reír. Es increíble que se comporten así en un asunto tan serio.

—Escuche, ¡ahora sí que está pasándose! —digo alzando la voz—. ¿Quiere hacer el favor de enviar a alguien de la científica para que busque indicios y huellas dactilares?

—Faltaría más —dice Astolfi—. *Mo'ci mannem lu general Garofal' in persona. Ah, no, se n'ha it in pensio'!*^[9] —Y ríen de nuevo.

Me dejo caer en el sofá, desmoralizado y cansado. Empiezo a acusar la falta de sueño.

—Vamos, Terenzi, no se preocupe; ahora investigaremos y procuraremos meter en chirona a ese capullo. En los pueblos vecinos han denunciado ya varios casos. Es un ratón de apartamento que se dedica a robar. Se lleva poco, pero se aprovecha de que nadie se lo espera por aquí, así que a menudo la gente deja dinero y cosas de valor al alcance de la mano. No hay huellas digitales, suele llevar guantes.

Trato de recordar si, en efecto, los llevaba, pero no lo consigo; estaba demasiado agitado para notar los detalles.

—Tranquilícese, ese tipo no volverá a entrar en esta casa; tampoco en el pueblo.

Me da una palmadita en el hombro, quizá se ha dado cuenta de que ha exagerado.

Cuando se dispone a marcharse, me vuelve a la mente el único detalle que noté anoche.

—Ah, mariscal: anoche el ladrón debió de hacerse daño. Quizá se golpeó una rodilla en casa o se torció un tobillo bajando la escalera. Sea como sea, recuerdo que cojeaba mientras escapaba.

La expresión afable y divertida de Astolfi se transforma al instante en una máscara tensa e inquieta.

—¿Está seguro? —me pregunta.

—Sí. ¿Por qué? ¿Le dice algo?

—Adiós, Terenzi. Le comunicaré si hay alguna novedad.

El carabinero que lo acompaña me hace el saludo militar antes de seguir a su superior por la escalera. Por la ventana observo el coche patrulla mientras se aleja dejándome solo y cada vez más confuso.

Voy a comer al local de Assunta y le cuento lo que me sucedió anoche. Reacciona tan mal que rompe a llorar delante de los habituales ancianos que juegan a las cartas y luego corre a la trastienda. Los viejos se vuelven hacia mí pensando a saber qué y me veo obligado a explicarles que la señora se ha alterado mucho al saber que anoche intentaron robarme. Algunos hacen preguntas y se entabla incluso una media conversación que dura unos treinta segundos, después de lo cual vuelven a concentrarse en la partida de brisca y yo en mis tallarines a la cazadora.

Esta vez no me parece oportuno apartarme con Assunta en la tienda. Durante el café la tranquilizo diciéndole que el ladrón no se llevó nada y que los carabineros han excluido la posibilidad de que vuelva a actuar en el pueblo. Nos intercambiamos unas miradas lánguidas mientras nos acariciamos las manos. Entre susurros, quedamos en vernos al día siguiente.

Antes de marcharme, me detengo a saludar a Albino, que está dibujando en la consabida mesa al fondo del local, cerca de la ventana.

—Hola, Albino —le digo revolviéndole el pelo—. ¿Cómo estás? ¿Te apetece un helado? O, si lo prefieres, una bolsa de papas.

Él asiente sin levantar la cabeza de su dibujo, en el que se aplica con gran concentración.

—Pídele a Assunta lo que quieras, luego se lo pagaré yo.

Sigue dibujando con vehemencia unos extraños signos en el folio blanco.

—¿Qué estás dibujando? —le pregunto.

Por toda respuesta me entrega su obra y me escruta, como si esperara mi opinión.

Miro el dibujo sin comprender cómo debo ponerlo. Es una especie de triángulo grande con algo dentro, unos símbolos; además, hay una línea que parte de uno de los ángulos y termina con un signo perpendicular.

Como si estuviera leyéndome el pensamiento, me quita el folio de las manos y lo pone al revés. Así parece una especie de vaso. Un cáliz, para ser más exactos. Estoy perplejo, me recuerda algo, pero no consigo comprender qué.

—Es bonito —le digo—. ¿Puedo quedármelo?

Asiente con la cabeza y a continuación corre hacia Assunta para pedirle el helado.

Doblo el folio y me lo meto en el bolsillo. Me despido de Assunta y le pido que anote en mi cuenta el helado de Albino. Saludo también con un ademán de la cabeza a la mesa de jugadores de brisca, que me responden gruñendo y alzando la mano.

Cuánta cordialidad, debo marcar este día en el calendario.

Mientras bajo hacia la plaza, siento una especie de inquietud, algo parecido a un pensamiento huidizo y confuso que me impide relajarme y concentrarme en mis habituales preocupaciones. Puede que aún esté turbado por lo que sucedió anoche. El responsable de la seguridad del banco lo llamaría «trastorno postraumático de estrés». Al menos es lo que me parece recordar del curso para la prevención de atracos que me obligaron a soportar el año pasado. Trato de concentrar mi atención en el origen del malestar y comprendo que es otra cosa, una sensación más subliminal, como la conciencia de algo negativo, algo que mi inconsciente trata de negar enterrándolo bajo otros pensamientos.

De repente, me detengo. Apoyo la mano en el bolsillo, el que contiene el dibujo de Albino. Hago memoria concentrándome en el recuerdo anterior, el del hombre acuchillado. Me vuelvo de golpe mirando alrededor, echo a correr por la cuesta hacia arriba y emboco un callejón que lleva al lugar donde hace unos días Albino trazaba unos signos en la pared con una piedra.

Llego jadeando y descubro que el dibujo ya no está allí, que lo han borrado con otros signos; puede que los haya hecho el niño, insatisfecho con el resultado.

Entonces enfilo, corriendo también, el callejón de la izquierda y al cabo de un par de minutos llego a una plaza, la misma donde está la puerta cerrada con las tablas de madera. El símbolo en forma de cruz sigue ahí. Trato de concentrarme para recordar los nombres y las direcciones de las otras dos personas, las que Rinaldi denunció como desaparecidas. Carlo Mascetti y Guido Polidoro. Calle Amena y plaza de la Resistenza. Bendigo los años que he pasado en el banco memorizando nombres, caras y números de cuenta.

Echo a correr como un loco buscando las dos casas. Tardo casi una media hora, pero al final encuentro las dos. También en ellas las puertas están entabladas y figura el mismo símbolo rojo trazado con pintura en spray.

—No es posible —murmuro empezando a componer las piezas del rompecabezas.

La estrella al revés con el rayo en el centro. La cruz simétrica con los extremos ensanchados. El cáliz con los extraños símbolos en el interior. Y ese pelo tan extraño... los garabatos en la cabeza del hombre acuchillado. No eran rizos, sino números. El mismo repetido tres veces: 666. El número del diablo.

Todos los dibujos de Albino representan símbolos satánicos.

Por la tarde, en el banco, me conecto a internet con mi portátil. Busco los sitios de las sectas de adoradores del demonio, los que se proclaman como no violentos y se definen como «satanistas espirituales».

Al final encuentro los símbolos de Albino y varias explicaciones sobre su significado. El pentagrama invertido con el rayo en el centro representa la divinidad de Satán y la vitalidad de que gozan sus adoradores. El número 666 es la planta cabalística del sol, hace referencia al templo del rey Salomón, que, según los satanistas, estuvo en un principio dedicado a la adoración del diablo, luego los judíos se lo robaron a los antiguos egipcios y al final fue transformado en un símbolo cristiano.

El cáliz con los símbolos en el interior representa el auténtico Grial, un concepto espiritual que hace referencia a la «sangre de los chacras»; también este es un símbolo robado y usurpado por la Iglesia católica, que lo convirtió en un objeto material que debía llenarse con la sangre de Cristo.

Por último, la extraña cruz. Es uno de los numerosos sellos demoníacos y, mira tú por dónde, en Castrognoano alguien tuvo la ocurrencia de representarlo en la puerta de tres casas pertenecientes a personas desaparecidas.

Pierdo un poco más de tiempo buscando y descubro que en el libro *Malleus Maleficarum*, el código medieval de la Santa Inquisición, una de las torturas previstas para los acusados de brujería consistía en grabar con fuego los números 666 en el cráneo afeitado. Gracias a unas viejas ilustraciones sacadas de a saber qué texto, descubro que los torturadores lucían unas túnicas negras y llevaban la cabeza cubierta con unas caperuzas puntiagudas.

Observo por enésima vez el primer dibujo de Albino, aquel en que aparece el hombre acuchillado que, por suerte, guardé en un cajón del garaje de mi casa.

Los triángulos negros. Así que era eso. No eran árboles, sino hombres encapuchados. Hombres que estaban torturando a alguien.

Pero ¿cómo es posible que un niño de nueve años se haya inventado todo esto? ¿Cómo se explica esta obsesión por la simbología demoníaca? No puede haberlo sacado de una serie de televisión. Puede que alguien esté copiándolo, puede que incluso el dibujo del acuchillamiento no sea fruto de su fantasía.

Pero no, ¡qué cosas se me ocurren! Albino habrá visto alguna película no apta para su edad, una gilipollez sobre los adoradores de Satanás. Puede que uno de esos reportajes televisivos sobre temas misteriosos que emiten todas las cadenas.

Debo mantener la calma, no puedo dejarme llevar por el pánico. No puedo volver a llamar a Astolfi. Si mis suposiciones resultan carentes de fundamento, haré el ridículo y perderé la pizca de credibilidad que aún me queda.

Por lo demás, también es cierto que el asunto de las casas cerradas con el sello demoníaco impreso encima carece de sentido.

Recuerdo las palabras del mariscal Astolfi. «En esta zona se suelen cerrar las casas de los difuntos con tablas de madera». Después me concentro en el día en que murió Rinaldi, cuando el brigadier Papale explicó la desaparición de los tres ancianos. «Uno de los ancianos se ha instalado en casa de unos parientes en Friuli; otro, en un asilo. Un tercero ha fallecido por causas naturales».

Solo ha muerto uno. De manera que, ¿por qué están también entabladas las casas de los otros dos? No encaja. En este pueblo está sucediendo algo espantoso y empiezo a pensar que el brigadier Papale está metido hasta las orejas.

La consabida cantinela de la esclusa antiatraco, que advierte de que hay que salir y depositar los objetos metálicos, me saca de repente de mis elucubraciones.

Alzo la mirada y veo a un tipo que me resulta familiar detrás de la puerta giratoria de cristal. Pulso mecánicamente el botón de desbloqueo para dejarlo entrar y solo entonces lo reconozco.

Es, precisamente, el brigadier Papale, de paisano, vestido con un par de vaqueros y una cazadora negra de tela. Puede que la lleve para esconder la pistola que ha hecho saltar el detector de metales.

Me mira de través y, mientras recorre la corta distancia que separa la esclusa antiatraco de mi puesto, noto que cojea mucho con la pierna derecha.

Trato de mantener la calma y de asumir una actitud lo más desenvuelta posible. No puede haber venido para hacerme daño; habría podido hacerlo la otra noche, cuando entró en mi casa. Porque, en este punto, estoy convencido de que era él el hombre vestido de negro que estaba escondido en el cuarto de baño, el que se hirió bajando la escalera y al que vi cojear mientras huía por la plaza.

De improviso, noto también el parecido en el corte de los ojos, en la estatura. En la complexión física. No me cabe la menor duda. Solo debo comprender qué hacía un suboficial de los carabineros vestido como un *ninja* en plena noche en mi apartamento.

—Ah, hola —lo saludo.

—Buenos días —me responde mirando alrededor.

—¿A qué debo la visita? Veo que no está de servicio.

—Ya. He venido para saber cómo está. Si se ha ambientado ya en el pueblo, si se ha producido alguna novedad en los últimos días.

—¿Novedad? Debería saber que en Castrognoano nunca sucede nada. La última novedad relevante fue la muerte de mi pobre compañero, Rinaldi. A propósito, quizá pueda contarme algo nuevo sobre ese tema. ¿Cómo va la investigación?

—¿La investigación? Se ha archivado. Fue un accidente.

—Ah, vaya. Lo vi inspeccionando las manchas de aceite en el asfalto y pensé que podía ser un indicio. Es evidente que me equivocaba.

Me mira unos segundos antes de responder.

—Esas huellas... No significan nada. Las pusieron ahí adrede para despistar.

—¿En serio? A ver si lo entiendo, usted asegura que Rinaldi murió en un accidente y que alguien se molestó en poner indicios falsos para hacer creer que lo habían matado. ¿Me equivoco?

Calla y mira alrededor otra vez, como si estuviera buscando algo en concreto.

—Más o menos —responde—. Oiga, si no le molesta, debo usar el baño.

—¿El baño? —pregunto perplejo—. Vaya, por favor.

—¿Usted lo usa a menudo? —me pregunta.

—¿El qué?

—El baño. El del banco, ¿lo ha usado a menudo desde que está aquí?

—La verdad es que nunca. ¿Puedo saber a qué viene esa pregunta?

—No, por nada. Simple curiosidad. En ese caso, voy.

Abre la puerta de madera que da acceso a la zona interna y emboca el pasillo. Lo miro con incredulidad. Esta obsesión por los cuartos de baño. No puede ser casual, tiene que tener una explicación lógica.

Me levanto de la caja, tratando de moverme con el mayor sigilo posible, y me acerco a la puerta que acaba de cerrar con llave para comprobar si Papale está dedicándose exclusivamente a una necesidad fisiológica o si sus intenciones son otras.

Oigo que mueve unos objetos, que abre las puertas del armario de plástico desvencijado que hay encima del lavabo y de la caja de primeros auxilios que está colgada de la pared. Me aparto para que no me descubra, con la esperanza de que alguien entre de repente en el banco y no me vea obligado a seguir solo con el carabinero.

Pero no aparece nadie.

Papale sale, oigo el ruido de la cisterna; seguro que ha tirado para hacerme creer que ha usado el inodoro. En realidad estaba buscando algo, pese a que, por mucho que me estrujo el cerebro, no logro imaginar de qué se trata.

—¿Todo en orden? —pregunto.

—Sí. Sé que estuvo con el mariscal Astolfi hace unos días. ¿Puedo preguntarle de qué hablaron?

—¿Por qué no se lo pregunta directamente a su superior? En cualquier caso, de nada en particular; solo quería señalarle unas operaciones sospechosas efectuadas por Corrado De Santis, el sobrino de la baronesa. Saca continuamente dinero de la cuenta de su tía.

—Pero, por lo que sé, tiene firma, ¿me equivoco?

—Tiene firma, sí, pero las operaciones me parecían igualmente sospechosas y me sentí en la obligación de comunicarlo. Si luego tomaron medidas o no, es algo que no me interesa.

—¿Qué piensa de Corrado De Santis? —me pregunta.

—¿Yo? Bah, nada en particular. Me parece un vago, uno que vive a costa de su tía. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Sabe que es drogadicto? Un consumidor habitual de cocaína. La compra en Avezzano, siempre al mismo camello. Hace tiempo que lo fichamos como toxicómano.

—Ah, no lo sabía. Perdona, pero no entiendo adónde quiere ir a parar.

—¿Yo? ¿Parar? A ninguna parte. Solo trato de entender hasta qué punto está involucrado usted.

—¿Involucrado? ¿Involucrado en qué? —pregunto exasperado.

—Porque —prosigue, ignorando mi pregunta—, si está involucrado, debe saber

que no lo pierdo de vista y que tengo intención de poner punto final a lo que está sucediendo. Si, en cambio, no es así, si usted no tiene nada que ver... Bueno, tengo que advertirle por su bien que sería mejor que volviera a Ascoli Piceno. En este país hay un ambiente terrible.

—En resumen —estallo—, ¡ahora sí que empiezo a cabrearme de verdad! ¡No hacen otra cosa, todos, que aconsejarme que me marche de Castrognano! Sin tener en cuenta que no vine por propia iniciativa a esta mierda de sitio, me gustaría saber por qué desean tanto que me vaya. ¿Solo porque he comunicado algunas operaciones sospechosas? No se preocupe, acabarán amontonándose con las demás que nunca examinarán siquiera. El sistema italiano juega a su favor en esto. Más bien, ¿por qué no me explica qué coño hacía usted la otra noche a las tres de la madrugada en el cuarto de baño de mi casa?

Me mira como si pretendiera leerme el pensamiento, comprender si mi desahogo ha sido auténtico o si forma parte de algún plan bien urdido.

—¿En su cuarto de baño? He leído la denuncia, pero era mi día de descanso. ¿Cree que el ladrón era yo? Va muy desencaminado.

—Ah, ¿sí? En ese caso, ¿por qué cojea? Apuesto a que se hizo daño jugando a fútbol sala, ¿me equivoco?

—Odio el fútbol sala. Practico el alpinismo, me di un golpe contra una roca mientras escalaba una pared, eso es todo.

—Ah, ¿de verdad? Claro, cómo no. Yo, en cambio, soy campeón mundial de kung-fu, en una ocasión gané incluso a Chuck Norris y Steven Seagal a la vez.

Me mira con aire inquisitivo, no sé si nota mi exasperación.

—Sea como sea, recuerde lo que le he dicho, señor Terenzi. Adiós. Por el momento.

Tras decir esto da media vuelta y se marcha dejándome más confuso y asustado que nunca.

Paso casi todo el sábado esperando la velada que voy a compartir con Assunta.

A pesar de los últimos y espantosos acontecimientos, es decir, el descubrimiento de la simbología satánica en los dibujos de Albino y la visita inesperada del brigadier Papale, recupero un poco el buen humor pensando en ella y en todo lo que deseo hacerle esta noche.

Tardo menos de una hora en ordenar la casa, el resto del tiempo lo paso fantaseando sobre las generosas formas de Assunta e intentando dar un sentido lógico a los sucesos de estos últimos días.

Pruebo a descifrar las palabras y el comportamiento de Papale, pero no lo consigo. Estoy casi seguro de que fue él quien entró en mi casa. Reflexiono también sobre la reacción que tuvo Astolfi la otra mañana cuando le dije que el ladrón cojeaba mientras huía. Es evidente que el mariscal debía haber visto ya a su colaborador y que había notado que había tenido un accidente, por eso parecía tan turbado. Sumó dos más dos, como un servidor. En realidad, Astolfi sabe lo mismo que yo, salvo lo de los símbolos en los dibujos de Albino.

Decido hablar de ello con Assunta, lo haré esta misma noche. Ella conoce bien al niño, es imposible que no sepa nada de esta historia.

Más bien, lo que me sorprende es que la posibilidad de poner pies en polvorosa de esta jaula de locos ya no me parece una solución que deba tener en cuenta. Es como si una especie de hechizo retuviera a las personas en Castrognano, un fluido maléfico que impide dejar todo atrás y escapar de la desolación de este lugar. Le sucedió a Rinaldi, le sucede a Assunta y me está sucediendo a mí.

O puede que, al menos en mi caso, se trate solo del deseo mucho más prosaico de acostarme otra vez con mi amante, cosa que no podría hacer si me marchara del pueblo.

Sea como sea, por el momento, no pienso cortar la cuerda. Solo no, en cualquier caso.

A primera hora de la tarde decido que ha llegado el momento de tomar un poco de aire. Me pongo las Nike, los pantalones cortos de gimnasia y una camiseta de culturismo, y salgo con la intención de correr al menos seis kilómetros.

La actividad física me sienta bien. A pesar del sedentarismo forzado de las últimas dos semanas, siento que no he perdido nada de mi tono muscular y de mi resistencia. Emboco un camino agrícola, que no es tan llano como parece y que sale del pueblo bordeando un bosque de robles y sempervirentes. Por primera vez me doy cuenta de que aquí la naturaleza es realmente espectacular.

A lo largo del recorrido encuentro un erizo que atraviesa el camino, una víbora inmóvil sobre un pedrizo, disfrutando del sol vespertino, y una ardilla grande y negra, que trepa por el tronco de un árbol.

Me siento bien, respiro a pleno pulmón y, por un instante, tengo la impresión de que todos los misterios de estos días pueden tener una explicación lógica.

Pero luego me vuelven a la mente las cruces rojas en las puertas cerradas y el hombre encapuchado mirándome en el espejo del cuarto de baño. El buen humor se desvanece en un abrir y cerrar de ojos.

Regreso a casa al cabo de casi una hora, empapado de sudor.

Mientras busco la llave justa en el manajo que he metido en la riñonera, alzo la mirada hacia la casa de la baronesa.

Está mirándome mientras sujeta la cortina abierta con una mano.

El pelo cano, las gafas enormes, la cara huidiza. Me parece notar algo familiar en las facciones sutiles que, más que ver, intuyo, dada la distancia y la deformación causada por el cristal amolado de la ventana.

Me acerco a la casa poco a poco, sin dejar de mirarla. Cuando estoy más o menos en el centro de la plaza, la mano suelta la cortina y de la mujer solo queda una sombra indistinguible detrás de la tela blanca.

Qué extraño, juraría que estaba sonriéndome.

Assunta llega a mi casa a las nueve, cuando fuera casi ha oscurecido por completo. Apenas nos saludamos, enseguida nos estrechamos como si la necesidad de estar juntos trascendiese el simple deseo sensual.

Ni siquiera me doy cuenta de las veces que hacemos el amor, de las veces que contemplo ese maravilloso espectáculo que es una mujer en el éxtasis del orgasmo.

En el caso de Assunta es más que evidente que su goce sin frenos, sin inhibiciones, es la única oportunidad que tiene de recuperar la libertad y la espontaneidad que las continuas constricciones y renunciaciones no le permiten saborear.

Acabamos rendidos, desnudos, tumbados en la cama, observando el techo como si buscáramos una continuidad en los momentos de alegría que hemos experimentado juntos. El famoso instante eterno que no existe.

—Oye —le digo buscando el contacto con su mano—, debo preguntarte algo.

—Te escucho.

—¿Alguna vez has oído hablar en el pueblo de un culto pagano, de una antigua creencia; en pocas palabras, de algo relacionado con las misas negras, con el satanismo?

Su silencio prolongado es como una confirmación involuntaria de mis peores

sospechas.

Al final se decide a responder:

—No, yo... ¿Por qué me preguntas eso? No sé nada sobre esas cosas.

El tono de su voz, las pausas entre una palabra y otra. Assunta sabe algo, estoy seguro. Estoy harto de dar vueltas alrededor de los misterios de esta mierda de pueblo, es hora de pasar al ataque.

Me incorporo en la cama apoyándome en un codo y con una mano le acaricio la cara, obligándola a mirarme a los ojos.

—Escucha, Assunta. Albino tiene nueve años, es un pobre inocente. Alguien está llenándole la cabeza de gilipollices satanistas. Alguien en el pueblo cree en esas cosas, la prueba es que en las puertas de casa de los ancianos que han desaparecido hay dibujados unos símbolos demoníacos. Si sabes algo, si has oído algún rumor... y es imposible que no sea así, dado que en Castrognano viven cuatro gatos y que en tu local tienen que pasar, a la fuerza, algunas cosas... en ese caso, debes decírmelo. Si te importo algo, si te importa ese pobre crío, debes decirme lo que sabes.

—No, yo no sé nada, no sé de qué estás hablando.

—Assunta —le digo aferrándole la cara con las dos manos—, escúchame. Estoy enamorado de ti. Te sacaré de este sitio, podemos irnos en cualquier momento. Pero debes ser sincera, debes decirme lo que sabes, debes ayudarme a aclarar lo que sucede aquí. Tengo que saber que puedo fiarme de ti, que no hay secretos entre nosotros.

Mi propuesta la pilla desprevenida y, en efecto, en cierta medida también a mí. La expresión de su semblante cambia, ahora no sabe qué hacer, he conseguido meterla en un apuro. Siempre me sale bien con las mujeres.

—¿Por qué me dices estas cosas? Me haces desear algo distinto y ya te he dicho que no puedo permitírmelo. ¿Cómo puedes hablar de amor? ¿Solo porque nos hemos acostado? ¿Te enamoras cada vez que lo haces con una mujer?

No me esperaba una dureza así por su parte. Decido ser sincero.

—Todas las veces no, pero sí casi todas. En cualquier caso, no estoy tomándote el pelo, estoy dispuesto a sacarte de aquí.

—¿Sacarme de aquí? ¿Para cansarte de mí al cabo de un par de meses y abandonarme como habrás hecho ya una infinidad de veces? ¿Para enamorarte de otra y prometerle una vida en común? En ese caso, ¿qué se supone que debería hacer yo? ¿Volver con mi marido como si nada?

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Aún crees en las promesas de eternidad? ¿Pretendes un contrato para toda la vida? Tú, que te casaste por la Iglesia con un hombre al que detestas. Tú, que has aceptado una vida que te repugna. El amor de las fotonovelas no existe, solo existe lo que dos personas logran construir juntas. Yo te propongo que vengas conmigo, que lo intentemos juntos. Es un principio, pero, si lo piensas bien, el inicio es lo único que podemos prometernos.

Assunta se ovilla en posición fetal abrazándose las rodillas y desviando la mirada.

Decido insistir, presa de una exaltación tan repentina como inmotivada.

—Escucha, es el momento de poner punto final a las gilipolleces. Ahora me contarás todo lo que sabes sobre esas manías satanistas que infestan el pueblo. Yo arreglaré las cosas, intervendré para que se lleven a ese pobre niño de aquí, luego me tomaré un periodo de vacaciones o de excedencia y nos iremos juntos, lejos de toda esta mierda. ¿Está claro?

Me mira atónita, con una leve sonrisa irónica.

—¿De verdad crees que puedes resolver todo e irte de vacaciones?

—¡Por supuesto! Encontraré otro trabajo, estoy perdiendo mi tiempo en este banco asqueroso gestionado por cuatro viejos idiotas con sus altares y sus manías de omnipotencia. Debes fiarte de mí.

Permanecemos un rato en silencio. Assunta sigue acurrucada, meditabunda, mientras yo me inclino hacia ella aguardando una respuesta. Al cabo de unos minutos, cuando estoy empezando a sentirme como un pobre deficiente, se decide a hablar.

—En este pueblo... La gente, hace mucho tiempo... Casi todos estaban vinculados a la familia de los barones De Santis. Ellos eran los propietarios de las casas, de los pastos, de los rebaños. Los amos de Castrognano. Se dice que el padre de la baronesa, cuando era joven, leía libros prohibidos por la Iglesia, hacía ritos mágicos. Pero solo son habladurías de los viejos, no hay pruebas; es una especie de leyenda.

—Sigue —insisto—. ¿Estás ocultándome algo más?

—¡No sé nada en concreto! No obstante, hace tiempo, mi abuela hablaba de misas en los bosques, de, en fin, de sacrificios.

—¿Sacrificios? ¿Qué tipo de sacrificios?

—Sacrificios humanos.

Callo unos segundos para reflexionar y encajar el golpe.

—Es decir, a ver si lo entiendo, ¿hace más o menos cien años el padre de la baronesa era un adorador de Satán y organizaba misas negras en las que mataban a gente? ¿Es eso lo que estás diciéndome?

—Eso es lo que dice la leyenda —contesta Assunta—, pero se oyen muchas historias similares en pueblos como Castrognano. No existe ninguna prueba de que esas cosas hayan ocurrido de verdad.

—No puede ser solo eso; no estamos hablando de cosas de hace cien años, ¡hablamos de ahora! Alguien sigue creyendo en esas gilipolleces, los símbolos que he visto son recientes.

—No sé nada, ¡créeme! No tengo nada que ver con esas cosas. Lo único que sé es que existe... un grupo de personas en el pueblo, viejos y menos viejos, que se reúnen a menudo, se encuentran de noche, hacen siempre grupo aparte. Como si tuvieran

ciertos secretos, algo que ocultar. Y todos tienen miedo de ellos.

—¿Quiénes son? ¿Quién forma parte de ese grupo? ¡Dime los nombres!

—El alcalde, don Giuliano Carulli. Y luego otros que no conoces. También Corrado De Santis, el sobrino de la baronesa. Además...

—¿Además? ¿Quién más? Vamos, habla.

—Mi marido. Él también asiste a las reuniones. Con frecuencia se ven en el bar, después de la hora del cierre. Por lo general lo hacen el domingo, por eso te dijo que te fueras la semana pasada. Después van a los bosques, por la noche... No sé qué hacen, pero me doy cuenta porque vuelve siempre con las botas manchadas de tierra y de hojas secas. Él dice que va a cazar, pero en el parque está prohibida la caza. Me trata como si fuera una idiota. Para él solo soy una criada. —Assunta se tapa la cara con las manos y rompe a llorar.

Le rodeo el hombro con un brazo, tratando de consolarla.

—Vamos, tranquilízate. Ya me has dicho bastante. De ahora en adelante, yo me encargaré de este asunto.

Cada ser humano oculta en su interior unos recursos inesperados. Unas reservas de energía física y mental capaces de asombrar incluso a los que hacen uso de ellas en los raros momentos de la vida en que ello ocurre.

Si hace unas semanas alguien me hubiera anunciado lo que estoy haciendo en este momento, lo habría considerado un loco.

En cambio, aquí estoy, escondido detrás de una roca, a veinte metros del camino agrícola que recorrí ayer por la tarde corriendo.

Son las diez y pico del domingo por la noche. Visto un par de vaqueros negros y una Lacoste de manga larga azul oscuro. Pensé untarme la cara con betún de zapatos, al estilo Rambo, pero después me pareció exagerado; me habría sentido ridículo. En cualquier caso, es así como me siento.

El único camino que se puede recorrer con facilidad del pueblo a los bosques es este. Si el grupo del que me ha hablado Assunta pretende celebrar una misa negra o lo que demonios sea, seguro que pasará por aquí. Entre otras cosas, porque muchos de ellos son viejos y, a buen seguro, no pueden afrontar los senderos escarpados de noche.

A decir verdad, son meras suposiciones. No es seguro que esta noche piensen reunirse ni que lo hagan en esta zona.

En cualquier caso, he decidido que quiero averiguar qué sucede. Mi plan es seguirlos, fotografiarlos y contárselo todo a los carabineros. Al mariscal Astolfi, porque no me fío ni un pelo de Papale. Está relacionado con la estafa que ha perjudicado al banco, estoy convencido de que entró en mi casa para comprobar si había pruebas, documentos o material que pudiera poner en peligro los planes de su banda.

Antes de salir, bebo un poco para envalentonarme, para tener la firmeza necesaria. El alcohol me produce un efecto especial, reduce mis frenos inhibitorios sin ofuscar mis sentidos y mi capacidad de reacción. Con todo, puede que esta noche haya exagerado. De hecho, antes de salir recuerdo que he apurado, a morro, la botella de Jack Daniel's que la semana pasada estaba llena.

Sea como sea, no tengo miedo. No mucho, al menos.

El tiempo pasa, son casi las once y yo floto en una suerte de duermevela: si pasara alguien quizá no me daría cuenta. Tengo las piernas adormecidas, el cuerpo entumecido y empiezo a tener frío.

Justo cuando empiezo a considerar la posibilidad de volver a casa y coger la botella de Cointreau, oigo el ruido de un coche que se acerca.

La adrenalina entra con prepotencia, en círculo, regalándome una repentina lucidez. Me aplasto contra la roca y, por un instante, los faros del vehículo iluminan mi escondite.

Es un Panda 4 × 4; me rebasa y prosigue por el camino agrícola seguido, a unos cincuenta metros de distancia, de un viejo Land Rover y de otro todoterreno cuya marca y modelo apenas puedo distinguir. Me parece un UAZ, hace más de diez años que no veo uno.

No he pensado que podían moverse en coche, creía que se trataba de un paseo nocturno. A todas luces, el lugar del encuentro está lejos del pueblo. Reflexiono un par de minutos y al final decido seguirlos a pie. Casi me sorprende haber tomado una decisión similar, debe de ser el efecto del Jack Daniel's.

Camino a paso regular durante casi media hora y, al final, llego junto a los tres coches, que están aparcados al margen del camino. Me mantengo a cierta distancia, puede que hayan dejado a alguien de guardia.

A la derecha hay una cuesta yerma, con manchas de arbustos sempervirentes, que desciende en dirección al pueblo. A la izquierda está el bosque, que sube un centenar de metros con una leve pendiente antes de transformarse en la escarpada cresta rocosa que apunta con firmeza hacia las cimas.

Me adentro en el bosque, que, un paso tras otro, va haciéndose cada vez más frondoso, creando una capa impenetrable a los rayos de la luna llena y condenándome a una oscuridad poco menos que total.

Después de vagar al azar durante unos diez minutos, percibo una claridad a lo lejos y me parece oír unas voces.

Apunto en esa dirección con el corazón desbocado, esforzándome por no hacer ruido y buscando constantemente refugio detrás de los troncos. Cuando estoy lo suficientemente cerca como para temer que me vean, me echo al suelo y prosigo arrastrándome con los codos y las rodillas, como vi hacer a los alumnos marines en *La chaqueta metálica*.

Cuando llego a una distancia que me asegura una discreta visibilidad, me paro y saco la cámara fotográfica digital de la riñonera que llevo abrochada a un costado. Enfoco el claro del que procede la luz y acciono el *zoom* óptico.

Son ocho, puede que diez personas. Todas vestidas de negro, con túnicas y caperuzas como las del Ku Klux Klan. Rodean una especie de brasero que hay en el

suelo, con un fuego encendido en el interior. Cerca del brasero hay una gran superficie horizontal, similar a una mesa apoyada en unos caballetes. Es difícil que la hayan llevado hasta allí con los coches, debía de estar ya en el lugar.

Uno de ellos habla gesticulando de forma llamativa. No alcanzo a comprender el sentido de su discurso, pero me parece captar las palabras *sangre, juventud, óbolo*.

Después, uno de los que rodean el brasero se acerca a la mesa. Otros dos se ponen a su lado y empiezan a desnudarlo dejándole la caperuza en la cabeza. Por lo que veo, es un hombre joven y delgado. En el hombro derecho tiene un gran tatuaje, no sé si es una flor o una planta; a esta distancia no puedo verlo bien.

El tipo que hablaba, el alto, se aproxima a él, trajina alrededor de su brazo, pero no entiendo lo que está haciéndole, porque su cuerpo me impide verlo. Al final se aparta y veo que saca un torniquete.

Debe de haberle puesto una inyección, con toda probabilidad una droga.

A continuación, tumban al joven en la mesa; después, llega el turno de una mujer. La desnudan también; es obesa, tendrá unos cuarenta y cinco años, puede que algo más.

¡La reconozco! Es el ama de llaves de la baronesa, la que me abrió la puerta y me mandó a hacer puñetas. También a ella la ponen, completamente desnuda, encima de la superficie vertical, al lado del joven de antes. Parece más participativa y no la drogan. Por lo visto, ha dado su consentimiento.

Luego se produce el delirio.

El resto del grupo se acerca a los dos elegidos y empieza a palparlos, a lamerlos, a golpearlos con arbustos por todo el cuerpo. Luego, por turnos, se levantan las túnicas mostrando sus cuerpos desnudos y copulan de forma animalésca con los dos que yacen sobre la especie de mesa: los violan, en pocas palabras. Otros les quitan las caperuzas de la cabeza, los agarran del pelo y, con violencia, los obligan a tener con ellos relaciones orales. Desde esta distancia no puedo distinguir sus caras. Es una auténtica orgía, si bien muchos de los participantes son ancianos. Algunos no logran alcanzar la erección y se desahogan pegando a las dos víctimas sacrificiales, que sufren con pasividad cualquier forma de humillación y violencia.

El miedo y el disgusto me han dejado petrificado, no sé qué hacer. Podría quedarme escondido esperando a que terminaran y se marcharan, o alejarme enseguida y poner la mayor distancia posible entre esta locura y yo. Preferiría la segunda opción, pero temo que puedan oírme si me muevo.

Entretanto, me maldigo por haberme acercado tanto.

Saco algunas fotos, pese a que con la oscuridad y la distancia el resultado no será excepcional; luego, sin darme cuenta, pulso un botón de la cámara digital y salta el *flash*. El tipo que hablaba, el más alto de todos, se vuelve al instante hacia mí.

No puedo respirar, trago saliva a duras penas.

El hombre empieza a gritar apuntando con un dedo hacia donde me encuentro.

No me lo pienso dos veces: me levanto de golpe y echo a correr hacia el camino.

Me parece tener alas en los pies, como si mis sentidos se hubieran desarrollado de repente para equilibrar la escasa visibilidad. Esquivo los árboles, salto los arbustos, evito los badenes. Corro como un loco sin volverme hacia atrás en ningún momento.

Al llegar al camino evito seguirlo; de hacerlo, me convertiría en un blanco demasiado fácil para sus coches. En dos zancadas lo supero y echo a correr por la cuesta en dirección a las pocas luces que iluminan el pueblo. Siguiendo ese atajo debería llegar antes que ellos, no podrán interceptarme.

Bajo corriendo durante diez minutos, me caigo dos veces y me levanto ignorando el dolor hasta que, al final, llego a las primeras casas de Castrogno.

Me vuelvo hacia el camino, pero no me parece ver ningún coche en él. Deben de haberse limitado a buscar en la zona circunstante pensando que me había escondido allí.

En cualquier caso, nadie puede haberme visto la cara, nadie sabe que estaba allí esta noche. Corro hacia casa con las llaves ya en la mano.

No me cruzo con nadie en las calles del pueblo y en unos minutos llego a la plaza.

Giro por completo la llave en la puerta blindada que hay a los pies de la escalera, bloqueo la puerta de mi apartamento con una silla, inspecciono todos los rincones empuñando el cuchillo del pan.

Al final, cuando el nivel de adrenalina empieza a disminuir, me siento en el sofá y bebo un generoso sorbo de la botella de Cointreau. El efecto que produce en mi estómago es devastador. Un chorro de bilis sube y debo correr al cuarto de baño para no vomitar en el suelo.

Por un instante veo mi cara en el espejo y me parece tan alterada que apenas puedo reconocerme.

Me la enjuago con agua fría; después me arrastro, tambaleándome, hasta la cama. Decido cerrar los ojos unos minutos, recuperar un atisbo de lucidez antes de llamar a los carabineros.

Me duermo casi al instante.

Abro los ojos, desorientado. Me doy cuenta de que he dormido vestido. Me vuelvo con un reflejo condicionado hacia el despertador y veo que son las nueve menos cuarto.

Comprendo dónde estoy y lo que sucedió anoche, y me levanto de golpe buscando el móvil.

Tengo la impresión de que la cabeza está a punto de estallarme; el dolor es tan fuerte que me produce arcadas. Por suerte tengo el estómago vacío, pero, en cualquier caso, debo sentarme de nuevo en la cama para no desplomarme al suelo.

Hago un esfuerzo para recuperar un poco de lucidez, la suficiente para marcar el número de los carabinieri de Gamberale en mi BlackBerry. Me pongo pesado hasta que me pasan a Astolfi.

—¡Soy Terenzi, mariscal! ¡Debe venir enseguida a Castrognano!

—¡Terenzi! Calma, ¿qué le ocurre?

—¡Venga enseguida, mariscal! Esta vez estoy realmente en peligro, anoche presencié algo espantoso. ¡Este pueblo está lleno de locos!

—Terenzi, ¿puede parar un momento y decirme qué coño está pasando?

—Oiga, o viene enseguida o llamo a Aquila, a la jefatura, a la guardia financiera, a la forestal; en fin, a cualquiera que esté dispuesto a venir aquí cuanto antes, ¡coño!

—Está bien, voy enseguida. ¿Está en el banco?

—Pero ¿cómo voy a estar en el banco? No me moveré de mi casa hasta que no llegue.

Casi dos horas más tarde me encuentro guiando una pequeña expedición integrada por Astolfi, un cabo bigotudo que debe de tener unos sesenta años y el carabiniere joven y capullo de la otra vez.

Trato de orientarme entre los árboles para llegar al punto exacto en que tuvo lugar la misa negra. He localizado el acceso al bosque en el camino agrícola gracias a las huellas de los coches y basándome, más o menos, en la vista del pueblo que tenía anoche mientras huía.

Damos vueltas durante, al menos, una hora hasta que encontramos un claro amplio, pero no estoy seguro de que sea el sitio de ayer. No pondría la mano en el fuego.

No hay rastro de la mesa ni tampoco del brasero. Al final, harto de los resoplidos y de los comentarios jocosos de los tres carabineros, estallo:

—¡Coño, anoche presencié una escena tremenda, pero era tarde, estaba oscuro como boca de lobo y tuve que escapar para que esos tipos no me mataran!

—Sí, ya nos lo ha dicho, Terenzi, lo hemos entendido. *Sol che aecch n'gi sta'nu cazz.*^[10] Si quiere podemos seguir dando vueltas todo el día, pero no creo que encontremos nada.

—Puede que hayan borrado las huellas —digo—. Pero usted, al menos, ¿me cree? Conteste con sinceridad.

—Claro que lo creo —me responde Astolfi—. Solo que necesita calmarse. Volvamos al pueblo y conversemos con tranquilidad; repítame de nuevo todo lo que ocurrió ayer e intentaremos comprender de qué está hablando. A veces las cosas pueden tener también una explicación lógica.

No doy crédito a lo que oigo.

—¿Explicaciones lógicas? ¿Según usted diez encapuchados que drogan y violan a dos personas en un bosque pueden tener explicación lógica?

—No me refería a eso. Pero hace poco vi en su casa una botella de licor vacía en la mesa y otra volcada en el dormitorio. Quizá anoche empinó un poco el codo e imaginó cosas que...

—¡Ya he escuchado bastante! —lo interrumpo—. Acompañeme de nuevo al pueblo, llamaré a jefatura.

—Terenzi, puede contar lo que quiera, pero el resultado será siempre el mismo. En este lugar no hay nada. Si al menos tuviéramos algún indicio que seguir, testigos a los que interrogar... ¿Reconoció a alguien entre las personas que, según dice, vio anoche?

Pienso en la mujer, a la que me parece haber visto ya en casa de la baronesa. Estoy en un tris de decírselo al mariscal, pero no estoy completamente seguro de que fuera ella. Mejor no liar más las cosas metiendo por medio a una persona que quizá no tenga nada que ver.

—No, iban encapuchados, ya se lo he dicho.

—¿Alguien del pueblo sabe algo sobre estas «misas negras»? ¿Alguien le ha dicho algo? Por lo demás, si anoche vino hasta aquí debía de saber algo.

Pienso en Assunta, en las cosas que me contó el sábado por la noche en su casa. No puedo traicionarla, ponerla en peligro. Además, su testimonio no resolvería nada; ella solo sabe que un grupo de personas que se reúnen en el bar organiza batidas de caza nocturnas. No, decido callar también su nombre.

—No, tuve una intuición. Los símbolos de los que le hablé, ¿recuerda? Deduje que en el pueblo debía de haber alguien que practicara el satanismo. No podían ser

casuales.

—¿Y la emboscada de anoche? ¿También fue casual?

—Es inútil seguir hablando con usted, mariscal. Lléveme al pueblo.

Llamo por teléfono a la dirección de área, digo al servicio de personal que no me encuentro bien y me tomo un par de días de permiso. No mandan a nadie a sustituirme, el volumen de trabajo en Castrognano es tan bajo que sería un gasto inútil. Me piden que ponga un cartel en el exterior de la sucursal avisando de que estaremos cerrados por motivos técnicos.

Paso el resto de la semana haciendo las maletas. A la una y media voy a la taberna de Assunta, pero no me quedo a comer; solo le dejo una nota que reza:

«Me marchó de aquí esta noche. Ven conmigo, te espero a las diez en mi casa, tu marido está en el bar a esa hora. Tráete lo indispensable, deja todo lo que tenga relación con tu vida a tus espaldas. Poco importa lo que nos espera; siempre será mejor que lo que hay aquí. Te quiero».

He reflexionado un poco antes de añadir las últimas dos palabras. Al final me he dicho que sí; a fin de cuentas, las he pronunciado tantas veces sin ton ni son que poco importa que lo haga una vez más. Además, siento que quiero de verdad a Assunta. En caso de que eso tenga algún valor.

Volviendo hacia la plaza, miro alrededor buscando a Albino, pero hoy no está en la calle. Pienso en ese pobre inocente obligado a permanecer en este pueblo de locos. A él no puedo llevármelo, sería un secuestro y podría acabar en la cárcel. Pero cuando esté de nuevo en casa lo denunciaré todo a los órganos competentes, contrataré un abogado, entablaré un proceso contra su abuela. Tengo sus dibujos como prueba, además del testimonio de Assunta. Cuando vean en qué condiciones de abandono vive...

Sin embargo, luego pienso que, con toda probabilidad, no haré nada de todo esto.

Bueno, puede que presente una denuncia, pero estoy seguro de que no llevará a nada concreto. Con las leyes italianas sobre la custodia de menores seguro que no. Puede que logre salvar a Assunta, darle una oportunidad de volver a empezar, pero a Albino... Él necesita un tipo de amor que yo no puedo brindarle. Algo que va más allá del egoísmo que anida desde siempre en mi interior.

Pienso en ese niño condenado a un destino de ignorancia y dificultades de todo tipo, puede que incluso de abusos, y me avergüenzo profundamente de mí mismo.

Las diez y cinco.

He metido las maletas en el coche, he arrancado el motor y he examinado los frenos dando una vuelta por la plaza, el único espacio transitable en un radio de

varios kilómetros. He acelerado y frenado en seco varias veces. Todo parece estar en orden.

Mañana llamaré a la dirección de zona del banco y les diré que necesito tomarme un periodo de excedencia por agotamiento nervioso. Será fácil conseguir un certificado médico. Un viejo compañero de escuela que trabaja como psicólogo en el centro de salud de Ascoli recibió gracias a mí una hipoteca para rehabilitar la casa de campo de sus padres.

Miro el reloj cada cinco segundos esperando a que suene el timbre. Estaba convencido de que Assunta había aceptado mi propuesta, ahora ya no estoy tan seguro.

Temo también que su marido haya descubierto algo. Tal vez debería ir a su casa, comprobar si está bien... No, es mejor que no.

Me levanto del sillón y miro por enésima vez el reloj: las diez y cuarto.

Estoy decidido, me marcho. El timbre suena dos veces y me sobresalta.

—¿Sí?

—Soy yo... Assunta.

—Bajo enseguida —le digo abriendo la puerta de la calle.

Un frenesí me invade de improviso; me alegro de que se haya decidido, de volver a casa con ella.

Sonriendo, cojo las llaves y la chaqueta de lino que está apoyada en el respaldo de la silla. Palpo a toda prisa los bolsillos internos: la cartera está en su sitio, igual que las llaves de la casa de Ascoli. Las de la sucursal, la caja fuerte y la alarma las he metido en la maleta; las devolveré mañana. Las gafas de sol están en el bolsillo pequeño. Perfecto.

Me pongo la chaqueta y estoy listo para partir. Apago la luz y abro la puerta de casa. En el rellano, delante de mí, hay un hombre corpulento con la cabeza oculta por la penumbra.

Doy un salto hacia detrás y lanzo un grito ahogado.

Lo reconozco, es el marido de Assunta.

No alcanzo a esquivar el puño que me llega directo a la cara. Y la luz se apaga también para mí.

La «vigilia condicionada» es el lapso de tiempo que precede al auténtico despertar. Una suerte de limbo donde no estamos ni despiertos ni dormidos y en el cual parte de nuestra conciencia, ya presente y en alerta, analiza lentamente, como en la revisión de un coche, el estado del cuerpo y la situación ambiental antes de decidir si se puede volver al mundo real o no.

En mi caso, la revisión dice que el coche está casi para el desguace.

Siento una especie de gusto dulzón en la boca; debe de ser la sangre que me sale de un diente roto. Me arde la cara, unas punzadas de dolor me martillean la nuca y la mandíbula, justo donde me pegó el marido de Assunta. Es probable que me diera un golpe en la cabeza al caer.

Estoy tumbado en una superficie rígida, puede que una mesa, y no consigo moverme. Deben de haberme atado. Al final, pese a que el cuadro que he logrado delinear me horroriza, decido que ha llegado el momento de abrir los ojos. Una bombilla en la cara me obliga a cerrarlos de inmediato. No obstante, lo poco que he visto me dice algo. Tampoco el olor a moho me resulta nuevo. Vuelvo la cabeza hacia un lado y abro de nuevo los ojos.

Lo primero que veo es una caja de plástico gris, una trampa para ratones.

Coño, estoy en el archivo del semisótano de la sucursal, ¿cómo han conseguido traerme aquí? Deben de haber cogido el manojito de llaves que había en la maleta y desconectado la alarma con la tarjeta electrónica. Pero ¿por qué justo aquí?

Alguien ha amontonado las estanterías en una pared y ha despejado un espacio bastante amplio, de unos tres metros por cuatro. Estoy tumbado en una especie de mesa, con las manos y los pies atados con correas de cuero. Trato de forzarlas en vano. Lo mismo que cuando intento sacudir la mesa; debe de estar clavada al suelo.

El miedo me paraliza, pero hago acopio de las escasas energías que me restan y grito con a pleno pulmón:

—¡Socorro! ¡Auxilio! —Me atraganto con la saliva y empiezo a toser convulsamente, casi me ahogo.

Oigo que se abre la puerta del piso de arriba y que alguien baja. Pasquale Di Pompeo, el marido de Assunta, se asoma al hueco de la escalera y me mira con

semblante inexpresivo. Viste el mono de peón caminero naranja de la otra vez y, dada la repugnante vaharada de sudor que llega hasta mí, supongo que no se lo ha cambiado desde entonces.

Nos miramos un instante; después, él da media vuelta y sube de nuevo la escalera. Me gustaría decirle algo, implorarle que me libere, disculparme por haber intentado llevarme a su mujer, decirle que se quede con ella y asegurarle que no volveré a dar señales de vida. Pero no consigo hablar; el pánico me paraliza las cuerdas vocales.

Me quedo solo. Encuentro tiempo incluso para avergonzarme de mi cobardía. No he pensado ni por un instante en Assunta, en lo que puede haberle sucedido.

En menos de un minuto vuelvo a preocuparme por mí mismo. Me viene a la mente lo que vi que hacían a esas dos personas en el bosque y siento que me hundo en un abismo de desesperación. Por suerte, sigo completamente vestido; lo considero una señal positiva.

De improviso, necesito desahogar de alguna forma la angustia y empiezo a gritar de nuevo, más fuerte que antes:

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Pero no se presenta nadie.

Pasa un poco de tiempo, puede que una media hora. He dejado de gritar. Lo único que he conseguido es inflamarme la garganta y ahora tengo, además, una sed tremenda.

Oigo que la puerta vuelve a abrirse en el pasillo de arriba y unos pasos en la escalera; esta vez son varias personas.

El primero es el marido de Assunta, seguido de Corrado De Santis y de don Giuliano Carulli, el alcalde.

El viejo canalla se acerca a mí mirándome como si fuera un excremento de perro pegado a su zapato. Me aferra la cara con una mano apretándome la mandíbula.

El dolor es tan fuerte que casi me desmayo. Me revuelvo con furia para liberarme de él, gritando.

—¡Hijo de puta! —grito a pleno pulmón—. ¿Qué coño quieres de mí? ¿Qué queréis todos? Soltadme, lo único que quiero es marcharme de este lugar de mierda; no le diré nada a nadie, ¡me importan un carajo vuestros asuntos!

Carulli y el marido de Assunta se miran y sonríen, mientras el sobrino de la baronesa permanece un poco apartado, mirando al suelo.

—¡El mariscal Astolfi lo sabe todo! —prosigo desesperado—. ¡Vendrá a buscarme! También los del banco se preguntarán por qué no he trabajado hoy, pueden averiguarlo con los ordenadores. ¡Mandarán a alguien, mandarán a los carabineros!

Don Giuliano Carulli se echa a reír groseramente, mientras Pasquale Di Pompeo acciona una especie de palanca que hay bajo la mesa donde estoy tumbado y la hace girar cuarenta y cinco grados. Ahora estoy en posición semirrecta.

Pienso que, en el fondo, la vida es una cuestión de puntos de vista. El gordo canalla vestido con el mono naranja, que me aterroriza como el personaje de una película *slasher* de serie zeta, tiene en el fondo buenos motivos para estar cabreado conmigo. El otro día estuve follando alegremente con su mujer en el piso de arriba, proponiéndole que nos escapáramos juntos.

Puede que la situación en que me encuentro ahora y, sobre todo, la que esta deja presagiar, sea un castigo excesivo a mi culpa, pero si sumo a todos los maridos y novios a los que he puesto cuernos a lo largo de mi vida, a todas las mujeres a las que he abandonado y he hecho sufrir terriblemente, puede que me haya merecido lo que me está reservando el destino. Espero de todo corazón que no exista esa especie de orden superior en el universo, que las maldades del mundo queden impunes y que la entropía cósmica reine de forma indiscutible en el destino de los hombres. Pero, aun en el caso de que sea así, no será suficiente para darme alguna esperanza de salir vivo de esta.

Una bofetada en la cara me distrae de estas extrañas e inútiles elucubraciones y me devuelve a la cruda realidad. Es decir, que estoy atado a una mesa en compañía de tres satanistas en un sótano de un pueblo olvidado por los hombres y por Dios.

El autor del sopapo ha sido el marido de Assunta. Con una mano me baja la bragueta de los pantalones y me saca el pene, que, dada la situación, ha asumido una dimensión y una consistencia nada gloriosas. En la otra mano empuña unas tijeras de podar; las abre y las acerca a mi pelvis.

—¡No! —grito con todo el aliento que me queda—. ¡Os lo ruego, no!

—Escúchame, director —dice el alcalde—, esto es lo que te sucederá la próxima vez que chilles o digas una palabra de más. Después te pondremos un bonito lazo hemostático, bien apretado, para que no te mueras desangrado, ¿de acuerdo?

Asiento vigorosamente con la cabeza, con los ojos abiertos y la boca cerrada, temiendo que el menor lamento por mi parte pueda irritarlos y los incite a cumplir sus amenazas.

—En ese caso, abre bien los oídos —prosigue el viejo aferrándome de nuevo la mandíbula. Escupe al hablar, llenándome la cara de saliva, pero este me parece un problema secundario, dado que su compañero sigue apretándome la polla y con las tijeras abiertas apoyadas en mi barriga—. A partir de ahora y durante cierto periodo vivirás aquí abajo. No debes preguntar nunca por qué, no debes tratar de escapar, no debes hacer nada. Lo único que debes hacer es estar aquí abajo, esperar y basta; luego te pediremos que hagas algo. Cuando te lo digamos, lo harás y después volverás aquí abajo, a tu caseta, como un buen perro de caza. ¿Has entendido, director?

Asiento de nuevo con la cabeza.

—Siempre habrá alguien vigilándote. Si intentas gritar, escapar o hacer algo que no te hayamos ordenado, te cortaremos los huevos. Puede que así aprendas a tener la polla en su sitio, ¿qué dices?

Aferro la velada alusión a mi relación con Assunta, pero querría hacerle notar que

lo que amenaza con cortarme en este momento es precisamente la polla, no los huevos. Pero después pienso que, en el fondo, no cambia mucho, así que opto por callarme.

—Ahora te desataremos —prosigue el primer ciudadano de Castrognoano—, así harás la primera cosa para nosotros. ¿De acuerdo?

—Sí —me arriesgo a decir—, haré todo lo que queráis.

—Muy bien, así me gusta —confirma don Giuliano dándome un par de bofetadas en la mejilla. Después hace un ademán al marido de Assunta, que por fin suelta la presa y le tiende las tijeras a Corrado De Santis, que sigue apartado.

El hombre con el mono de peón caminero desata las correas de cuero con las que me han atado a la mesa, además de las que me rodean las manos y los pies. Por un instante pienso en darle un golpe tremendo y huir por la escalera, pero después desecho la idea. Me siento muy débil y completamente anquilosado. Puede que me hayan drogado también, lo único que conseguiría sería desencadenar su reacción y no quiero ponerlos a la prueba. Antes debo recuperar las fuerzas.

Pasquale Di Pompeo saca un par de esposas de un bolsillo y me las pone en las muñecas. Después me inmoviliza los tobillos con otro par.

El alcalde hace un gesto a Corrado De Santis, que se acerca a mí con un cuaderno y un bolígrafo, y abre la boca por primera vez desde que entró:

—Escribe el código para acceder al procedimiento de la caja, la combinación de la caja fuerte y la del *roller-cash*. También las siglas para la apertura retardada, las del cofre y las *time lock*.

Me quedo atontado un par de segundos, después cojo el cuaderno y el bolígrafo, me inclino para apoyarme en la mesa y escribo lo que me ha pedido.

Cuando termino, don Giuliano Carulli me arranca el cuaderno de las manos y lee las secuencias de números antes de pasárselas a De Santis.

—Te advierto que si hay algún número equivocado volveremos aquí abajo y te haremos escupir sangre. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero... A veces llaman desde la sede de la zona. Los compañeros. Si oyen una voz diferente, pueden sospechar algo.

—Si llama alguien responderás tú, no te preocupes. Bajaremos con el teléfono y te obligaremos a contestar. Y deberás responder como se debe; si no, te cortaremos un pedazo a la vez. Y todos serán pedazos útiles, empezando por el de antes, ¿me has entendido, director?

Decido que no es momento para objeciones ni para preguntas. Lo único que quiero es que estos tres se marchen y me dejen solo para poder reflexionar y recuperar la fuerza y la lucidez.

Estoy sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, escrutando el hueco de la escalera con el temor de que lleguen de repente para hacerme algo espantoso. Trato de poner en orden el caos total que tengo en la cabeza; no sé siquiera qué hora es, me quitaron el reloj y en este sitio no hay ventanas.

Por mucho que me esfuerzo no logro dar un sentido lógico a los acontecimientos que, por enésima vez, intento colocar en un tablero de ajedrez temporal.

Por lo que sé, un grupo de personas del pueblo se ha entregado a una especie de culto satánico y organiza orgías nocturnas en los bosques, durante las cuales se ensañan con unos desafortunados, a los que drogan y violan.

Las mismas personas han urdido una especie de estafa cuya víctima es una vieja enferma, la baronesa De Santis, quien, sin embargo, a juzgar por la manera en que me espiaba por las ventanas de su casa, no parece estar tan enferma. Aprovechando que su sobrino Corrado, que forma parte de la conjura, tiene firma en la cuenta de la baronesa, el grupo lleva mucho tiempo sustrayendo dinero de ella, haciendo creer que se trata de pagos por una asistencia domiciliaria que, en realidad, nunca se ha realizado. Unos seiscientos mil euros en dos años, con la complicidad de un tal doctor Mario Rapetto, de Alba Adriatica.

Mi excompañero, Rinaldi, descubrió algo, pero era víctima de la atmósfera malsana de este pueblo y no tuvo valor para profundizar en la cuestión. Prefirió posponer la denuncia al momento en que pudiera alejarse de Castrogno y estar a buen recaudo en su casa de la playa, protegido por sus viejos amigos y por la policía. Solo que alguien pensó en impedirselo manipulando los frenos de su Seicento y haciéndolo caer al fondo de un precipicio.

Después está el asunto de los tres ancianos desaparecidos. Con toda probabilidad, eran testigos incómodos o puede que antiguos miembros de la secta, que habían intentado rebelarse y que fueron acallados para siempre. Rinaldi denunció el asunto a los carabinieri, pero el brigadier Papale, cómplice de los estafadores satanistas, ocultó las investigaciones y dio unas explicaciones falsas que su superior, el memo de Astolfi, se tragó sin hacer la menor comprobación.

Después, marcaron las casas de los tres con el sello demoníaco para recordar a los

demás habitantes del pueblo que los que se rebelan a la secta tienen los días contados.

El dibujo de Albino, el del hombre crucificado y apuñalado, puede ser la prueba de uno de los asesinatos. Pero ¿cómo podía saberlo el niño? ¿Cómo pudo asistir a un horror similar? Parece improbable, al igual que es extraño que conociera los demás símbolos satánicos.

Y aún quedan muchas más preguntas. Para empezar, ¿qué quieren de mí estos locos? ¿Piensan utilizarme para seguir sacando dinero de la cuenta de la baronesa? Es absurdo. Dentro de pocos días alguien me buscará, el miércoles debe pasar el servicio de transporte de valores. También en la sede de la zona les parecerá rara mi ausencia, que no responda al móvil, que el banco ya no efectúe operaciones de caja. Además, está el mariscal Astolfi, que puede que sea idiota, pero no tanto, así que mi ausencia lo alertará. A menos que no me hayan dejado con vida por otro motivo, por un plazo más breve.

Queda también Assunta. ¿Qué le habrán hecho?

El ruido de la puerta del piso de arriba interrumpe bruscamente mis reflexiones. Una mujer de unos cincuenta años, obesa, baja la escalera. La reconozco; es una de las dos víctimas de la orgía de anoche y, sin duda alguna, la cuidadora de la baronesa, la misma que me abrió la puerta esa noche. Si la hubiera denunciado a Astolfi, ahora no me encontraría en esta situación de mierda. Tiene el pelo rizado, la tez olivácea y una expresión nada cordial en la cara.

—Esto es para tus necesidades —me dice tirando un cubo cincado al suelo—. El papel no falta aquí dentro. Esto, en cambio —añade dejando una bolsa de plástico en el suelo—, es para comer. Hay también una botella de agua. Debe durarte hasta mañana. —Acto seguido da media vuelta, sube la escalera y desaparece de mi vista.

Me quedo encerrado en este agujero maloliente por un tiempo que me parece interminable. Logro dormir a ratos, pero me despierto presa de unas pesadillas terribles, con los huesos rotos y empapado en sudor.

Trato de no comer para no tener que usar el cubo metálico, pero, al final, no puedo por menos que orinar dentro, de forma que el aire en el archivo se hace aún más irrespirable. Cuando estoy a punto de desmayarme de hambre, muerdo un bocadillo seco con un queso pésimo.

¿Cuántas horas habrán pasado desde que esa bruja estuvo aquí abajo? ¿Dos, veinte? He perdido la noción del tiempo y empiezo a sentir claustrofobia.

He intentado trazar un plan de fuga, pese a que no sé qué me espera en el piso de arriba, cuántas personas hay de guardia, si están armadas o no. Aún siento el desagradable contacto de la mano del marido de Assunta en mi pene y el frío de las tijeras en la barriga.

He sacado una varilla del lomo de una carpeta para tratar de forzar las esposas, pero no ha servido de nada. Eso solo sale bien en las series televisivas. No me parece

una buena idea tratar de escapar en estas condiciones, con las manos y los pies bloqueados. Apenas puedo moverme y me duelen todos los huesos. Quizá debería haberlo intentado cuando me desataron; quién sabe, quizá habría podido inmovilizar al marido de Assunta. Con los otros dos no habría tenido problemas, soy perfectamente capaz de tirar al suelo a un viejo y a un joven.

Dejo el bocado a la mitad. Palpo el muro con las muñecas atadas buscando un punto débil, una piedra inconexa, una vía de escape alternativa. Ni siquiera sé por qué lo hago, puede que para entretenerme con algo, para no pensar. No podría atravesar estas gruesas paredes de roca aunque fuera el mago Houdini. En cambio, de forma increíble, al cabo de unos minutos de inútiles tentativas, un bloque de arenisca parece ceder a mi esfuerzo. En realidad es un bloque falso, un ladrillo añadido al revestimiento de una especie de agujero. Presa de una euforia repentina, alargó la mano con la esperanza de encontrar un pasaje secreto, un túnel; en fin, algo que me permita salir de aquí, lejos de este horror. Pero mis esperanzas se quiebran de inmediato al sentir el frío contacto con una placa de metal. La palpo bien y comprendo que es una caja fuerte. Un viejo modelo bifrontal, una caja fuerte de apertura interna y externa que se utiliza para los pliegos postales. Hace mucho que nuestro banco no las usa, por eso debieron de tapiarla. El desaliento me invade de nuevo, más negro y potente que antes. Con cuidado, vuelvo a poner en su sitio el falso bloque, temiendo que alguien pueda castigarme por haber tratado de huir, y la operación me lleva al menos veinte minutos.

Oigo que la puerta del piso de arriba se abre otra vez y el ruido de unos pasos en la escalera. Cojo los restos del bocado confiando en haber encajado bien el bloque. Unos segundos antes y me habrían pillado in fraganti. Esta vez el visitante es Corrado De Santis, que llega con un folio de papel y un bolígrafo en la mano.

Sentado en el suelo y con el bocado suspendido en el aire, lo miro con hostilidad, esperando a que me diga el motivo de su visita.

Se acerca y se arrodilla a mi lado.

Me aplasto contra la pared temiendo que pueda hacerme algo. De un bolsillo de sus vaqueros saca una pequeña llave y un reloj digital, uno de esos que salen como regalo en los cubos de detergente.

—Tengo poco tiempo —me susurra—, cógelas y escúchame bien. Dentro de media hora intentaré distraer a Pasquale. Media hora exacta. Quítate las esposas y escapa.

—¿Por qué me habéis encerrado aquí abajo? —pregunto—. ¿Qué queréis que haga por vosotros?

—Dentro de veintiocho días vencen los certificados de depósito de mi tía. Son casi dos millones de euros. Se ingresarán en su cuenta corriente, tú debes transferirlos a otro banco.

—Pero ¡eso es imposible! ¡Para poder hacer una transferencia así es necesario el código de autorización de la dirección comercial! ¡Yo no puedo hacerlo!

—El código es una mera formalidad —insiste De Santis. Mientras habla se vuelve una y otra vez para asegurarse de que no aparece nadie—. Hemos comunicado ya a tu banco que no queremos renovar esos títulos. Tú deberás certificar que mi tía y yo estamos en la sucursal con nuestro abogado. No podrán negarte el código y efectuarás la transferencia.

—Pero ¿y tu tía? Supongo que vendrá de verdad o...

—No te preocupes por eso ahora, ¡piensa solo en escapar! Lo más lejos que puedas, a los bosques, debes esconderte. Luego, cuando estés seguro de que nadie te sigue ya, ve a un cuartel de la policía y cuéntales todo. Pero ¡no se te ocurra hablar con los carabineros! No involucres a los carabineros, dirígete solo a la policía, ¿me has entendido?

—Sí, sí, lo he entendido. Pero tú... —me interrumpo al darme cuenta de que alguien está bajando al archivo. Corrado De Santis escribe a toda prisa unos números en el folio de papel, a la vez que yo escondo el reloj y la llave detrás de la espalda. Detrás de él aparece la figura amenazadora de Pasquale Di Pompeo, vestido con el mono naranja de peón caminero.

—¿Y bien? —pregunta con un gruñido—. ¿Ya está?

—Sí —responde De Santis—, es el código para conectarnos con la sede central, quizá lo necesitemos.

—Date prisa.

De Santis me mira con desesperación por última vez; a continuación, da media vuelta y se aleja. Lleva una camiseta de manga corta, noto que en el brazo derecho se extiende parte de un tatuaje que representa una planta trepadora. El marido de Assunta apaga la luz y lo sigue por la escalera dejándome a oscuras.

Por suerte, el reloj está dotado de una pequeña luz nocturna. Son las veintitrés horas, llevo encerrado veinticuatro en este agujero. Dentro de quince minutos habrán pasado exactamente quince minutos desde la visita de Corrado De Santis.

Reconocí enseguida el tatuaje. Es el joven al que drogaron y violaron durante la misa.

Es una víctima, no un verdugo. Es probable que lo sometieran con la droga y que usen su firma para vaciar las cuentas de la baronesa.

El jefe del grupo debe de ser el alcalde, don Giuliano, y el brazo violento, el que se ocupa del trabajo sucio, Pasquale Di Pompeo. Además, está el brigadier Papale, que actúa desde el exterior, arreglando las cosas con los carabineros e impidiendo que alguien meta las narices en los asuntos del pueblo.

Me gustaría ser uno de esos soldados estadounidenses que autorizan por radio una incursión aérea y disfruta del espectáculo de ver cómo los cazabombarderos amigos arrasan el pueblo enemigo. Pero antes debo salir de aquí.

Pienso también en Assunta y en Albino. Volveré después a recogerlos, cuando

logre informar a la policía y denunciar esta porquería. Ahora sería demasiado arriesgado.

Es la hora: las veintitrés y quince. Me libero de las esposas y me levanto poco a poco. Siento punzadas en todas las articulaciones del cuerpo, además del dolor de cabeza lancinante que apenas ha menguado desde ayer. La mandíbula me arde y el diente roto me atormenta. Pero aun así sería capaz de correr cien metros en diez segundos para huir de este sitio.

Me acerco a la escalera y subo los peldaños con el mayor sigilo.

Aferro la manija de la puerta con una mano a la vez que aprieto la otra en un puño para poder golpear de inmediato a cualquiera que esté al otro lado. Al abrir compruebo que en el pasillo no hay nadie.

Está oscuro como boca de lobo: recorro a tientas el espacio que me separa del salón. En el cuarto de baño hay alguien, porque oigo unos jadeos. Aguzo las orejas, me parece la voz del marido de Assunta pronunciando frases obscenas. Empiezo a comprender la manera en que De Santis ha conseguido distraerlo. Todo es tan asquerosamente absurdo...

A través del cristal de la esclusa antiatraco, el farol de la plaza ilumina tenuemente mi puesto de trabajo. Alargo la mano y cojo el abrecartas; a continuación, me encamino hacia la puerta de emergencia. Presiono la barra antipánico y la abro. Estoy fuera.

Sin mirar siquiera alrededor echo a correr hacia la entrada del pueblo. Los faros de un coche que está aparcado en la recta que lleva a la plaza se encienden de repente deslumbrándome e iluminando toda la zona.

Me paro en seco, luego me vuelvo y echo a correr en dirección opuesta, la misma por la que he llegado. Vuelvo a pasar por delante de la sucursal y veo que las luces de la casa de la baronesa están encendidas. Esta vez no me da tiempo a detenerme y mirar; en lugar de eso, doblo hacia la derecha, hacia el bar de Assunta.

Empuño en una mano el abrecartas, listo para clavárselo en la garganta al primero que intente detenerme. Prefiero morir a que esa banda de maníacos vuelva a meterme en ese sótano apestoso.

Cuando llego al local veo que está cerrado. Por un momento espero encontrar a Assunta y llevármela conmigo. Oigo unas voces, movimiento, en la oscuridad del callejón que acabo de recorrer, así que me lanzo a una fuga desesperada sin volverme. Oigo también retumbar dos disparos a lo lejos, pero sigo corriendo. No han sido mis perseguidores, tengo la impresión de que proceden de la plaza.

Ellos, en todo caso, siguen intentando darme caza.

Por el ruido de los pasos deben de ser dos, pero lo más probable es que sean viejos, porque no tardo en alejarme de ellos unos cincuenta metros. O puede que el miedo me haya puesto alas en los pies.

Enfilo una escalinata que baja; es una calle que conozco, debería llevarme al camino agrícola. Siempre es mejor que nada. Si el acceso al pueblo está bloqueado, me esconderé en los bosques. Allí no podrán encontrarme.

Doblo una esquina y tropiezo con dos viejos, un hombre y una mujer, los dos arrebujados en una túnica negra y armados con horcones.

Me paro sin saber qué hacer, ¿debo enfrentarme a ellos o no tardarán en aparecer otros dos a mi espalda y la cuestión será aún más complicada?

Hago amago de atacar con el abrecartas al hombre, que alarga el horcón para golpearme. Por suerte es lento, lo esquivo y agarro el mango justo al lado de los dientes de metal oxidado. Le arranco la herramienta de las manos dejando caer el abrecartas y, girando el mango, le doy un fuerte golpe en la cara.

Él se gira sobre sí mismo y se desploma al suelo.

Por un pelo logro esquivar el fendiente de la mujer, que araña la pared a mi espalda. Le doy una patada en la barriga sin excesiva dificultad y ella suelta la presa doblándose en dos. No contento, le golpeo la cabeza con el mango nudoso del horcón y cae pesadamente al suelo sin emitir un solo sonido. Entonces me vuelvo hacia el hombre, que está tratando de levantarse, y le asesto una patada formidable en la cara, que lo tira definitivamente al suelo.

—¡Jodeos, monstruos maricones hijos de puta! —grito a pleno pulmón. Entretanto, me doy cuenta de que los dos que me perseguían, los que hacían guardia en el coche a la entrada del pueblo, me han dado alcance.

Me vuelvo de golpe sujetando el horcón con las manos, preparado para afrontarlos, pero veo que me apuntan con dos fusiles. Y los hombres que los abrazan no son tan ancianos, como mucho tendrán unos cincuenta años.

No es cierto que cuando vas a morir te pasa toda la vida por delante de los ojos. Más bien experimentas una sensación de vacío, de inutilidad, como si en un segundo comprendieras cuántas cosas has dejado por el camino, cuántas cosas te has perdido, cuántas podrías haber vivido mejor de lo que lo has hecho.

Cierro los ojos y oigo dos disparos en rápida secuencia. Vuelvo a abrirlos, porque sigo vivo, y me parece imposible que no hayan dado en el blanco a esta distancia. Los dos labradores están en el suelo, no han disparado ellos.

Me vuelvo y a los pies de la escalinata veo al brigadier Papale de paisano y empuñando la pistola.

—Coge un fusil y sígueme —me dice—, estamos metidos en la mierda hasta el cuello.

No tengo muy claro si puedo fiarme de él, pese a que acaba de salvarme la vida. Agarro un fusil del suelo y le apunto con él. Es un Beretta de caza con los cañones superpuestos.

—¿Qué coño significa? —le grito—. ¿De qué parte estás?

—¡No seas capullo, no es el momento! —silba con la pistola baja.

—Quiero saber por qué entraste en mi casa de noche. ¡Y quiero saberlo enseguida, porque si no te disparo en este mismo instante!

—Hostia... ¡Buscaba pruebas! ¿Pretendes hacerme creer que aún no has entendido un pijo?

—¿Qué debo entender? ¡Explícamelo tú si no lo he entendido! ¿De qué pruebas hablas, qué pruebas se buscan en un cuarto de baño en plena noche?

—Buscaba muestras de ADN.

—¿ADN? —repito incrédulo—. ¿Buscabas mi ADN en el cuarto de baño por la noche? ¿Pretendes que me trague una gilipollez como esa?

Me escruta con una mirada extraña, inquisitiva.

—Por lo que veo —me dice—, es cierto que no tienes nada que ver con todo este asunto. Y que no has entendido nada.

De improviso, se oyen unas voces a nuestras espaldas; serán al menos tres o cuatro personas.

—¡Ven! —grita Papale—. ¡Sígueme, están acercándose!

Entre dos males elijo el menor y decido hacerle caso.

Bajamos corriendo en dirección a la plaza. Aprieto el fusil contra mi cuerpo, listo para disparar contra el primero que me haga frente, ya sea un perro, un recién nacido o una viejecita de cien años. Papale avanza a duras penas; cojea, pero aun así trata de correr lo mejor que puede. Si fuera solo iría mucho más rápido.

Al llegar a la plaza vemos, justo delante de la sucursal, un Fiat Punto con el motor encendido y una puerta abierta. A todas luces es su coche.

A poca distancia, un hombre yace en el suelo bocabajo, rodeado de un charco de sangre. Es Pasquale Di Pompeo, el marido de Assunta. Debe de haber tratado de detener al brigadier y recibió los dos disparos que oí antes mientras huía, después de llegar al bar.

Me paro en el centro de la plaza mientras Papale sube al volante y se vuelve a mirarme.

—Sube, ¿a qué estás esperando? ¡Sube enseguida al coche, por Dios!

—¡No! —respondo—. ¡No me marcharé de aquí sin saber qué le ha ocurrido a Assunta! —Me vuelvo hacia las ventanas iluminadas de la casa de la baronesa.

—Son demasiados para nosotros dos —grita—. ¡Debemos pedir refuerzos!

No me fío de él. Si subo al coche puedo meterme en un lío aún peor. Así que, por una vez, decido no comportarme como un cobarde y seguir mi instinto. Me dirijo a la puerta de la baronesa y toco el timbre.

—¡Terenzi! ¡Escapa! —grita Papale como un loco—. ¡No has entendido nada! ¡Escapa!

Sigue gritando mientras yo mantengo el dedo pegado al timbre y el fusil bien apretado en la otra mano.

La puerta se abre con un chasquido.

Subo la escalera apuntando el fusil hacia delante, preparado para disparar. Al final de la rampa hay una habitación muy grande, un salón. Las paredes enteladas, grandes cuadros, muebles antiguos. Una sola lámpara, apoyada en una mesita de cristal, ilumina tenuemente el ambiente. Al lado de la ventana hay un sillón rojo con el respaldo vuelto hacia la entrada.

Es la ventana desde la que me espiaban.

Hay alguien sentado en el sofá, pero desde aquí solo puedo ver una cabellera cana. Un extraño peinado, sofisticado, propio de otros tiempos.

—¡Vuélvete! ¡Quiero verte!

No responde.

—¡He dicho que te vuelvas! —insisto dando un paso hacia delante—. ¡No me obligues a disparar!

—¿Aún no lo has entendido? —me responde—. Sin embargo, no era tan difícil de comprender.

Esa voz... No, es un error, ¡no puede ser!

—Vuélvete —digo tratando de desechar un pensamiento absurdo—. ¡Deja que te vea o disparo!

El sillón empieza a girar poco a poco.

Tiene una peluca blanca. La aferra con lentitud, se la quita de la cabeza y la deja en el suelo.

Lleva unas gafas enormes con unos cristales extraños. Se las quita también y las deja al lado de la peluca.

Viste una especie de bata blanca. Apoya las manos en los brazos del sillón y me sonrío.

Me quedo petrificado, desconcertado. Por unos segundos mi cerebro se ofusca por completo.

—No es posible —logro decir.

Luego alguien me agarra los hombros y me tapa la boca y la nariz con un trapo maloliente. Suelto el fusil e intento liberarme de él, debo hacer lo que sea para no respirar esa cosa.

Pero ya es demasiado tarde.

La vista se me nubla y empiezo a resbalar al suelo, desfallecido. Lo último que logro ver antes de desmayarme es la cara de mi compañero Rinaldi sentado en el sofá, sonriéndome.

Abro los ojos y veo la cara bigotuda del mariscal Astolfi. ¡Estoy a salvo! ¡Los carabineros ya están aquí!

Sonrío y hago amago de abrazarlo, pero él me da una bofetada tan fuerte en la cara que se me saltan las lágrimas.

—El capullo se ha despertado —dice volviéndose.

Estoy tumbado en una cama matrimonial, en una habitación tapizada con la misma tela verdosa del salón de antes. Una araña enorme de cristal me deslumbra obligándome a taparme los ojos con una mano. Un simple gesto que, sin embargo, me exige tal esfuerzo que me provoca una náusea terrible.

—Mariscal... Rinaldi... lo habéis...

—¡Calla o te disparo en la frente, cabrón! —me grita Astolfi apuntándome una pistola a la cara. Va de paisano y su cara, tensa y alucinada, ha perdido cualquier apariencia de afabilidad.

—¿Lo has atado? —pregunta Rinaldi entrando en la habitación.

Coño, así que es verdad. Rinaldi está sano y salvo, no era una pesadilla.

—No hace falta —responde Astolfi—, estará fuera de juego durante, al menos, un par de horas; no podrá siquiera levantarse. Además, si intenta provocarme me daré el gusto de golpearlo hasta hacerle sangrar.

Me gustaría decir algo, protestar, pero decido que quizá sea mejor callar.

Rinaldi está a la cabecera, con las manos apoyadas en los costados. Me mira sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—La verdad es que me has causado unos cuantos problemas, compañero. Enseguida comprendí que eras un auténtico plasta.

—Tenemos que hablar, Rinaldi —lo interrumpe Astolfi agitado—. Ha llegado el momento de acabar con esto, ¡se está jodiendo todo!

—De eso nada —responde con tranquilidad mi excompañero, exdifunto—. Seguiremos el plan como acordamos.

—¡Estás loco! El pueblo está lleno de cadáveres, incluido el del brigadier. Tuve que meterle personalmente cuatro balas en el cuerpo para tirar al suelo a ese hijo de puta. No podemos seguir ocultando los hechos, vendrán a indagar. Quizá Papale

comunicó sus sospechas a alguien, ¡no podremos ocultarlo todo!

—Por supuesto que sí. Papale desaparecerá, esconderemos su cadáver en un bosque. Nunca lo encontrarán. En el fondo, no es la primera vez que lo hacemos. En el pueblo nadie hablará, sabes de sobra que los tenemos en un puño. Y este idiota colaborará, puedes estar seguro. Le haremos probar lo que puede sucederle si se niega.

—No quiero, se terminó. ¡Quiero mi parte y la quiero ahora mismo!

—Recibirás tu parte cuando hayamos concluido el plan. Es decir, dentro de veintiocho días exactos.

—Veintiocho días son una eternidad. Acabaremos todos en la cárcel. Además, ¿cómo puedo estar seguro de que no escaparás con lo que has arramblado hasta ahora? Incluso si decidimos seguir adelante, quiero que me des enseguida la mitad; estoy harto de hacerte de perro de guardia por una miseria y por follar alguna que otra vez en el bosque.

—Mil euros a la semana en los últimos dos años no son, lo que se dice, una miseria.

—Comparado con lo que te has llevado tú, sí. Sé cuánto dinero has robado a la baronesa y al maricón de su sobrino, me lo dijo este lechuguino. Más de seiscientos mil euros. Que, añadidos a lo que te han dado esos memos a los que les has comido el tarro con tus gilipolleces satánicas, constituyen una buena fortuna. Y yo quiero la mitad o te dejo.

—¿Me dejas? Razona, Astolfi. Aquí nadie puede dejar a nadie. Iremos juntos hasta el fondo. Me necesitas para acceder a ese dinero. Si me quitas de en medio, te quedarás sin nada. Así que, ahora, cálmate y organiza un grupo de personas para enterrar esos cadáveres.

El mariscal reflexiona un momento. Por su mirada se diría que tiene ganas de apuntar la pistola hacia Rinaldi y mandárselo directo al Creador. Entretanto, él lo observa con una sonrisa en los labios.

—De acuerdo, voy a solucionar el lío que han organizado esos paletos —dice Astolfi saliendo de la habitación—, pero hablaremos otra vez cuando vuelva.

Rinaldi se queda quieto unos segundos; acto seguido, se rasca la cabeza y se acerca a mí poco a poco. Parece más alto, más fuerte que cuando lo conocí. Es evidente que sus andares inseguros, el modo en que curvaba la espalda, eran fingidos. Ahora me doy cuenta de que es más grueso que yo, y parece gozar de la plenitud de sus fuerzas.

Se sienta a mi lado en la cama.

Lo único que consigo hacer es volver la cabeza para seguirlo con la mirada. Una mirada que querría ser acusatoria, desdeñosa, pero que, en realidad, creo que solo logra expresar confusión y miedo.

—Sé que estás haciéndote un montón de preguntas —me dice—. Con toda probabilidad, la primera es qué ha sido de la baronesa. Bueno, murió hace varios

años, un par de días después de haber firmado los poderes a favor de su sobrino. O un par de días antes, no recuerdo bien. Sea como sea, la enterramos en el bosque; era mejor que no se supiera. Entre otras cosas, porque había depositado un testamento en el despacho de un notario de Teramo en que dejaba todos sus bienes a un anciano primo que vive en los Estados Unidos. Cuando descubrió que su sobrino era drogadicto y tenía ciertas tendencias sexuales, decidió desheredarlo. La baronesa era una mujer de armas tomar.

El sobrino. A saber dónde estará Corrado De Santis ahora. Si descubren que me ayudó a escapar, es hombre muerto.

—¿Cómo conseguiste convencer a esta gente? —le pregunto—. ¿Cómo lograste hacerte pasar por ella?

—Bueno, Terenzi, debes saber que en una comunidad como la de Castrogno el banco es una institución prestigiosa y su director una persona digna del máximo respeto. He pasado veinte años en este lugar, conozco todos los secretos de sus habitantes. Fue fácil convencerlos, uno a uno, de que la baronesa se dedicaba a ritos de brujería que los perjudicaban gravemente a todos. Aún perviven las leyendas sobre el viejo barón y sus sacrificios humanos, y puede que no sean solo leyendas. Empecé a suponer que, quizá a causa de esos ritos, el pueblo estaba muriendo. No había habido nacimientos en varios años, tampoco bodas; todos los jóvenes habían emigrado. Un pueblo destinado a morir. Necesitaba algo sobrenatural para resucitar como lo que yo le di. Me limité a proponerles, para hacer frente a una magia tan fuerte y negativa, que se dirigieran a alguien aún más peligroso. Satanás en persona. Cosa de risa. Se lo tragaron. Les bastó probar un poco de sexo gratis, saborear una pizca del poder que nunca han tenido en su vida. Al principio eran pocos, claro. Pero después, poco a poco, fueron añadiéndose otros. Sobre todo cuando les prometí que al final nos repartiríamos el patrimonio de la baronesa para compensar el daño que su familia le había hecho al pueblo.

—Pero ¿por qué...? —No logro pronunciar una frase completa. Tengo la impresión de que la cabeza va a estallarme—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo?

—Tú llegaste con un poco de adelanto —responde Rinaldi—, no estaba previsto. Me quedaban un par de meses para jubilarme, pero la dirección de zona decidió anticiparla reconociéndome las vacaciones retrasadas para sacarme de aquí lo antes posible. Supongo que debiste de organizar una buena.

Pienso en Magda Battiston y las absurdas consecuencias que ha tenido el deseo de echar una cana al aire con ella.

—Todo estaba programado para mi jubilación —prosigue Rinaldi—, habría ingresado el dinero de la baronesa y habría desaparecido dejando a estos paletos en manos de su destino. Pensaba transferir los fondos del banco de Alba Adriatica a una cuenta cifrada en el extranjero y desaparecer para siempre. Pero tú apareciste y me aguaste la fiesta.

—Rapetto... ¿Y Mario Rapetto?

—¿Aún no lo has entendido? Yo soy Mario Rapetto. Tener un socio alcalde sirve para conseguir que aparezcan carnés de identidad falsos en documentos originales. En la fotocopia que te dio puso una foto cualquiera para despistarte.

—Pero, el accidente, ¿por qué? ¿Qué necesidad tenías de un montaje así?

—Ah, eso... Bueno, pensé que si me daban por muerto podría moverme con mayor libertad. El cadáver destrozado y carbonizado es de un anciano del pueblo, un desgraciado sin familia al que nadie echará de menos. Escenifiqué la historia del homicidio contándote esas cosas para despistar a Papale. Sospechaba de mí desde hacía tiempo. Astolfi no quería quitárselo de encima; en cambio, habría sido mejor hacerlo en su debido momento. Me habría ahorrado un montón de molestias. En cualquier caso, Papale era menos estúpido de lo que parecía. No se tragó la historia del homicidio, comprendió que las manchas de aceite se habían puesto ahí adrede.

Ahora entiendo lo que buscaba Papale en los cuartos de baño. Muestras de ADN; no del mío, sino del de Rinaldi. Sospechaba que el cadáver del precipicio no era el suyo y quería probarlo.

—Bien —dice mi excompañero levantándose de la cama—, ya te he contado bastante. Los próximos días te comportarás como se debe y estarás tranquilo en la sucursal, con un cuchillo apuntando siempre a tu garganta. Esperaremos a que llegue el momento de hacer la transferencia y después, si has hecho lo que te he dicho, te dejaremos vivo.

—Se lo diré a Astolfi, le diré que quieres engañarlo.

—Hazlo y le pediré que te rompa las dos rodillas. Me creará a mí, a ti no. Y no dudará un instante en pegarte hasta hacerte sangrar; es un verdadero sádico hijo de puta, puedes creerme. Él mató a esos tres viejos idiotas que querían rebelarse y antes les marcó con fuego en el cráneo el número del diablo. En cambio, la idea de sellar las puertas fue mía. Después del tercero no se rebeló nadie más.

—Espera. ¿Y Assunta? ¿Y el niño? —Cada palabra me cuesta un esfuerzo inmenso.

—No te preocupes por ellos. Yo me encargaré de los dos. Tú, mientras tanto, descansa. Mandaré al alcalde en persona a hacerte compañía, ¿contento? —Rinaldi me da un par de palmaditas en la cara y sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Una vez a solas, cierro los ojos y hago acopio de las pocas fuerzas que me quedan. Es el momento de intentar algo.

Combatiendo contra un agotamiento extremo y un dolor de cabeza tan fuerte que me causa una arcada, logro darme la vuelta y caer de la cama. Me golpeo la cabeza con la mesilla, siento un dolor atroz que, sin embargo, me procura unos instantes de lucidez.

Me arrastro por el suelo hasta que llego a la puerta, alargo una mano y aferro el picaporte. Realizo un esfuerzo sobrehumano para levantarme, consciente de que, con toda probabilidad, no tendré otra ocasión. Me tambaleo, pero logro ponerme de pie.

Abro la puerta y salgo a un pasillo oscuro, que intento recorrer golpeándome contra las paredes. Al final consigo estar en pie y alcanzar la meta. La cabeza me da vueltas, tengo la vista ofuscada. Estoy en el salón de la baronesa. Apoyado en el sillón rojo, al lado de la peluca y las gafas, veo el fusil de caza que le arrebaté a uno de los tipos a los que Papale dejó tiesos. Siento que voy a desmayarme, así que agarro el jarrón que hay en una mesita, tiro las flores secas y me tiro a la cara el agua putrefacta que contiene.

No basta.

De una chimenea apagada cojo un atizador de hierro forjado, lo levanto por encima de la cabeza y me golpeo con violencia un pie. El dolor es atroz, grito como un animal herido, pero recupero de nuevo la lucidez. Doy los tres pasos que me separan del sillón, agarro el fusil justo a tiempo de ver a don Giuliano Carulli en el rellano, empuñando también un arma y mirándome con incredulidad. Alza la escopeta, pero yo ya he apretado el gatillo. Una descarga de balas de calibre doce le da en pleno pecho, le desgarran la camisa y lo levanta del suelo. Las salpicaduras de sangre reavivan el color opaco de la tela que tapiza la pared en un radio de, al menos, dos metros. El golpe lo hace volar hacia atrás en la escalera: cae rondando, sin pararse, hasta la planta baja. Me asomo y lo veo doblado en una posición grotesca. Si no ha muerto a causa de los disparos de fusil, lo habrá hecho al romperse el cuello.

Cojo la cartuchera y la escopeta de ese canalla y salto por encima de él para abrir la puerta y salir a la plaza.

El aire fresco de la noche me despeja sumándose al efecto de la adrenalina, que contrarresta el del cloroformo.

Empuño dos fusiles, uno en cada mano, y llevo una cinta de cartuchos de caza en bandolera. Debo de parecer el personaje de una película de miedo de cuatro perras, que se dispone a acabar con los monstruos que han invadido la ciudad. Y, en cierto sentido, es así.

Paso al lado del cadáver del marido de Assunta, muerto a manos del brigadier Papale. A propósito, ¿dónde está el carabinero? Astolfi dijo que le había metido cuatro balas en el cuerpo; esperaba verlo en la plaza en medio de un charco de sangre, pero no es así. En cambio, delante del banco hay dos personas vestidas con las habituales túnicas negras y las caperuzas, pero están tan ocupadas que no han notado mi presencia. Están tratando de tirar abajo, a golpes de pico, la puerta de emergencia, que, según me parece, no tardará en ceder. Me acerco a ellos y, sin demasiados cumplidos, disparo.

Doy de lleno en uno, que cae al suelo sin rechistar; creo que lo he dejado seco.

El otro se vuelve y corre hacia mí blandiendo un pico con las dos manos por encima de su cabeza, con intención de golpearme. Dejo caer uno de los fusiles y apunto con el otro para no errar el golpe. La reculada es fuerte, el disparo interrumpe la carrera del cabrón levantándolo del suelo y haciéndolo caer con los brazos y las piernas abiertos a, al menos, dos metros de distancia.

Recargo el fusil antes de acercarme a él, mejor ser prudentes. El picador ha perdido la caperuza en el vuelo. Compruebo que no es un hombre, sino una mujer. Es el ama de llaves de la baronesa, la perra que me trajo comida cuando estaba encerrado en el archivo, la misma a la que se tiraban en las misas negras. Ahora tiene una especie de agujero sangriento en lugar de barriga.

Veo que la puerta de emergencia del banco está prácticamente destrozada, diez minutos más tarde y habrían entrado.

La abro de una patada y entro empuñando con fuerza los fusiles y apuntando

delante de mí.

En el suelo, acurrucado en un rincón, Corrado De Santis tampona con una toalla el hombro sangrante de Papale, que yace en el suelo. El brigadier me mira y hace una mueca, pariente lejana de una sonrisa.

—¡Vaya!

—¡Aún estás vivo! —le digo sorprendido—. ¡Astolfi dijo que te había disparado cuatro veces!

—Me dio en el hombro. Los otros tres disparos fueron a parar al chaleco antibalas.

—¡Han aislado el pueblo, los teléfonos no funcionan! —tercia Corrado De Santis—. Me quitaron el móvil y el de Papale se rompió cuando cayó al suelo. No podemos llamar a nadie, la única alternativa es tratar de huir.

—Segundo cajón, en la cabina de la caja —le digo—, el móvil de la empresa está ahí. Llamad vosotros, a mí aún me queda algo por hacer.

—¡Espera! —grita Papale—. ¡Así te matarán! Esperemos a que lleguen refuerzos; encerrémonos aquí, tenemos los fusiles, podemos resistir. Ya no pueden quedar muchos.

—Creo que solo dos, pero son los peores y están yendo a por Assunta y el niño; no puedo permitírselo. Ten —le digo tendiéndole uno de los fusiles a Papale—, y aquí tienes unos cuantos cartuchos. Con estos deberías estar seguro el tiempo necesario. Cogeré a la mujer y al niño y volveré con vosotros.

No sé qué me pasa, puede que haya superado hasta tal punto el umbral del terror que ya no siento nada; es como si mis sensaciones estuvieran anestesiadas. Soy presa de una euforia sanguinaria, lo único que quiero es hacérsela pagar a Rinaldi y sacar a Assunta y a Albino de este delirio.

El bar sigue cerrado y la casa de Assunta, en el piso de arriba, tiene todas las luces apagadas. A poca distancia está la casucha de la abuela de Albino; la puerta está abierta, y las luces, encendidas. Oigo gritos en el interior, lamentos, varias voces superpuestas.

Me dirijo, resuelto, hacia la casa, pero no me da tiempo a llegar a ella, porque alguien me dispara. Una ráfaga de metralleta, cosa seria; por suerte, el tipo no ha esperado a que estuviera un poco más cerca de la luz. De haber sido así, no habría fallado.

Me tiro al suelo, al amparo de una escalera de piedra, en el preciso momento en que la segunda ráfaga llena el aire de polvo y de trozos de cemento. El espacio es mínimo. Si me muevo diez centímetros, me dejarán seco.

—¡Pedazo de mierda, esta vez te mandaré al cementerio! —Es la voz de Astolfi.

Intento mover el fusil para ver si puedo disparar en la dirección de la voz; con un poco de suerte puedo darle.

Una tercera ráfaga me arranca el arma de la mano partiéndola en dos, el mango por un lado y el cañón por otro. Se acabó, ya no tengo nada para defenderme.

Astolfi está encima de mí, apuntándome con su arma, un mitra de cañón recortado, de los que usan las fuerzas del orden.

—Así que de repente te has convertido en un héroe, ¿eh? Lástima que no tenga tiempo; me habría gustado atarte a una cruz y marcarte con fuego como a un animal. Quizá podría haberte follado antes, ¿qué te parece, mariconcete? A lo mejor te habría gustado.

Unos disparos de fusil interrumpen el monólogo, las salpicaduras de sangre y de otra cosa repugnante me manchan la cara mientras Astolfi se desploma a menos de un metro de distancia.

Papale tiene un brazo ensangrentado, que cuelga pegado al cuerpo, mientras que con el otro sujeta el fusil que le dejé antes. Corrado De Santis está detrás de él. Por lo visto, no ha querido quedarse solo en el banco.

—Esta noche es la segunda vez —me dice—, no puedo asegurarte que vaya a conseguirlo a la tercera.

—No será necesario —le digo levantándome. Aferro el mitra de Astolfi y la bolsa que llevaba en bandolera con los cargadores de reserva—. Ten —le digo—, no sé cómo usarlo; si no te importa, cogeré de nuevo el fusil de caza.

Me encamino con paso firme hacia la casa de la abuela de Albino, decidido como nunca a poner punto final a esta locura. Ya no se oyen gritos dentro, se ha hecho un silencio repentino. Pese a que no me parece una buena señal, en este momento no consigo pensar en el peligro que estoy corriendo, me da igual morir o resultar herido. Lo único que cuenta ahora es que alguien ponga la palabra *fin* a esta terrible historia. Y siento que yo soy el único que puede hacerlo. El único que debe hacerlo.

Entro apuntando con el fusil, pero la escena que veo es distinta de la que me esperaba.

La abuela de Albino yace en el suelo bocabajo. Bajo su cabeza, un charco de color escarlata se va ensanchando lentamente.

Assunta está en un rincón, abrazando a Albino con una mirada aterrorizada.

Rinaldi, mi viejo compañero resucitado, aferra la mesa para no caer al suelo. Tiene un cuchillo de cocina clavado en el abdomen y la camisa empapada de sangre. En el suelo, a sus pies, hay un revólver. Cuando me ve, alarga una mano hacia mí, como si quisiera decirme algo, puede que lanzarme una última maldición, quizá una frase efectista, irónica, como sucede en las películas cuando el malo está a punto de estirar la pata en la última escena.

En cambio, se limita a caer al suelo con los ojos abiertos y la cara deformada en una mueca espantosa.

Assunta abre la boca y lanza un chillido de puro terror. Abraza con fuerza a Albino, presa de una crisis nerviosa.

—Él quería... quería matarnos. ¡Quería matarnos a todos!

Apoyo el fusil en la mesa y me acerco a ellos. Le acaricio un hombro con una mano y con la otra la cabeza de Albino, que tiene los ojos cerrados.

—Tranquila. Se acabó —le digo—, se acabó esta locura para siempre.

Después los abrazo a los dos, los estrecho contra mi cuerpo con la desesperación del que desea convencerse a toda costa de que acaba de pronunciar una verdad incontestable.

Ha pasado un mes desde aquella noche, una noche que aún me cuesta creer que pueda haber vivido de verdad. Los días sucesivos hubo un vaivén increíble en Castrognano. El jefe de policía, el gobernador civil, un general de los carabinieri, incluso un par de magistrados y un alto funcionario del Ministerio del Interior. Por no hablar de la horda de periodistas que invadió el pueblo como la nube de langostas de la famosa plaga bíblica.

Hicieron falta ocho días para reconstruir lo sucedido. Ocho días de interrogatorios y careos para que los investigadores encontraran cierta coherencia en la increíble historia que los testigos y yo les contamos. Por lo demás, su perplejidad es comprensible. Un puñado de supervivientes en un pueblo salpicado de cadáveres, ni que estuviéramos en una película de Romero, en lugar de en los montes de Abruzzo. Al final, a todos les convino aceptar las versiones unánimes de un servidor, de Assunta y del brigadier Papale, que salió mejor parado que nadie. Sus heroicas acciones fueron merecedoras de un énfasis especial en parte, y sobre todo, para contrarrestar las de Astolfi, que han causado un grave embarazo al cuerpo de carabinieri. Según parece, lo van a ascender. Con toda probabilidad recibirá las estrellitas de teniente directamente de manos del ministro del Interior. Por lo demás, los políticos son especialistas en transformar las tragedias en publicidad electoral gratuita.

Con todo, he de reconocer que a mí también me van bien las cosas. Me han descrito como el hombre que ha extirpado el mal del gótico pueblecito de montaña abandonado de la mano de Dios y de los hombres. El extranjero que llegó allí por casualidad y que se ha transformado en un héroe, en un justiciero.

Los medios de comunicación han encontrado un filón, en parte gracias a mi innegable buen porte, que me ha convertido en objeto de deseo de varios fotógrafos de diarios sensacionalistas y presentadores de *talk show*. Por ahora he preferido no prodigarme demasiado, aceptar solo las entrevistas y las apariciones en televisión que pueden serme útiles en el proceso en que me veré involucrado, un asunto judicial que se anuncia largo y complicado, al más tradicional estilo italiano. En el fondo, maté a algunas personas, así que es lógico que deba dar una explicación oficial.

En cualquier caso, los testimonios de Papale, Assunta y Corrado De Santis me han eximido ya de cualquier responsabilidad, ya que me han descrito como una especie de salvador de la patria. En caso contrario, a esta hora estaría en prisión preventiva, aunque he de decir que yo les he hecho el mismo favor con mis declaraciones.

Corrado De Santis está en prisión, en la supercárcel de Teramo. El hecho de que me salvara la vida y su colaboración, aunque tardía, con la justicia hacen prever que no cargarán la mano en la condena. Su reconstrucción de los hechos está resultando fundamental para desvelar el trasfondo aún poco claro de esta historia, lo que no quita, claro está, que deba pasar varios años a la sombra.

Assunta sufrió un grave *shock*. Quedó en estado semicatatónico casi veinticuatro horas. Al final consiguió superarlo y con la ayuda de una psiquiatra de Pescara ha reconstruido los sucesos de esa maldita noche.

Rinaldi tenía intención de matar al niño, ya que era un testigo incómodo de las graves fechorías que había protagonizado. Como es obvio, Assunta y la abuela habrían corrido la misma suerte.

Fue precisamente la anciana la que se enfrentó a Rinaldi para proteger a Albino. Agarró el cuchillo y se lo clavó a mi excompañero mientras él le disparaba a la cabeza. En ese momento entré yo en escena e impedí que ese loco causara más daños. O, al menos, me gusta pensar que fue así.

Los servicios sociales de Aquila trataron de llevarse al niño para confiárselo a una estructura administrada por monjas, pero él se puso hecho una furia. Empezó a gritar, a agarrar todo lo que pillaba por medio y a golpear a cualquiera que se atreviera a acercarse a él. La única que consiguió tranquilizarlo fue Assunta, que después se ofreció a asumir la responsabilidad de quedarse con él en una especie de custodia temporal. Una solución que nos quitó a todos un gran peso de encima y restableció cierta serenidad en el pueblo.

Hoy he vuelto al banco por primera vez. Me brindé a reabrir la sucursal para despachar los asuntos pendientes, regularizar algunas operaciones que vencían y asistir a los habitantes del pueblo. Los inspectores de la guardia financiera se quedaron unos diez días, después secuestraron todos los documentos del archivo y los llevaron a sus oficinas de Aquila para examinarlos a fondo.

Los estrechos locales del pequeño banco de Castrognano no les parecieron idóneos para realizar un trabajo tan gravoso.

Me parece extraño estar de nuevo aquí. Después del *tour de force* de los interrogatorios, volví a Ascoli, donde me sentí como un perfecto extraño en mi propia casa. Evité responder al teléfono y salí lo menos posible, solo para hacer la compra y visitar a mi madre. Quería conjurar el peligro de que se instalara en mi casa de forma permanente.

Lucilla me llamó también. Dejó varios mensajes en el contestador, unos mensajes afectuosos en los que daba a entender que deseaba reconciliarse conmigo. Pero yo los

ignoré. En este momento tengo otras cosas en la cabeza.

En especial, a Assunta.

Ella es la verdadera razón por la que decidí regresar, pese a que no estoy muy seguro sobre mi futuro. He tenido algunos contactos con la dirección del banco y se ha hablado de traslado, de ascenso, de un premio en metálico por haber «desmontado un intento solapado de estafa en perjuicio de la entidad». Cosas positivas para mí y publicidad gratuita para ellos. Pero no sé si querré seguir con este trabajo. No después de lo que he vivido.

Realizo varias operaciones, las viejecitas de siempre que ingresan o sacan dinero de las libretas. Me escrutan de reojo, con más desconfianza que antes, en caso de que eso sea posible. A saber cuántas de ellas estaban al corriente. Puede que incluso estuvieran involucradas. Trato de desechar este pensamiento convenciéndome de que ya no corro ningún peligro.

Saboreo de antemano el momento en que veré de nuevo a Assunta. Me apetece su cocina casera, me tranquiliza; también tengo ganas de ver a Albino, de pasar tiempo con ellos. Hablamos a menudo por teléfono y hemos quedado en vernos hoy para comer.

¿Qué demonios está sucediéndome? Ahora más que nunca debería aterrorizarme este lugar y todo lo que representa en términos de ignorancia, retraso, muerte y sepultura de todas mis aspiraciones de carrera. Me obligo a pensar en Lucilla. Fantaseo con la idea de llamarla, de volver a verla, de retomar nuestro noviazgo donde lo interrumpimos. Ahora podría tener todo lo que siempre he deseado, volver a empezar como director en una sucursal importante y casarme con la chica más guapa y más rica que he conocido en mi vida. Con toda probabilidad eso es lo que sucederá y eso es lo que haré cuando, por fin, la niebla que oprime este maldito lugar se desvanezca de mi cabeza.

Sin embargo, no dejo de mirar el reloj esperando a que llegue la hora de comer.

Un movimiento en la esclusa antiatraco me distrae, es otro cliente. Me quedo de piedra al ver que es Papale.

Desbloqueo las dos puertas giratorias, salgo de la caja y me acerco a él tendiéndole la mano.

—Vaya. ¡No me digas que ya estás de nuevo en circulación!

—Qué quieres —me responde estrechándomela—, los *carruba*^[11] no tenemos un instante de reposo.

Va de paisano, tiene el brazo izquierdo enyesado y pegado al cuerpo por un apretado vendaje. Por lo demás, parece estar en buena forma; es un montañés duro, el brigadier.

—¿Y bien? —le pregunto—. ¿Cuándo van a darte las estrellas?

—Por lo visto en un par de semanas —responde complacido—. La ocasión la pintan calva y quieren aprovecharla.

—Estupendo. Te mereces todas.

—Gracias —contesta un poco cohibido—, en parte te lo debo a ti.

—Vamos, digamos que estamos empatados, ¿ok? Pero, sobre todo, ¿qué piensas hacer después del ascenso? ¿Piensas quedarte en la zona o...?

—No lo sé, pero no creo. No depende de mí, es muy probable que me pongan al mando de algún sitio tranquilo, puede que en el norte. Yo, en cualquier caso, he pedido ya que no me asignen a ningún despacho; no quiero que luego haya equívocos. No resistiría más de una semana, preferiría renunciar al ascenso y seguir siendo suboficial. Pero ¿y tú?

—¡Bah! —respondo—. Ya veremos. Me han hecho alguna que otra propuesta buena. Tengo que pensármelo.

—¿Por qué has vuelto? —me pregunta con su mirada inquisitiva. Por un instante vuelvo a ver al Papale del principio, el que me escudriñaba con suspicacia cuando aún pensaba que yo estaba involucrado en ese sucio asunto. Decido no mentirle.

—Sobre todo por Assunta. Y también por el niño. Necesitaba volver a verlos, comprender. Comprender si de verdad hay algo que me une a ellos o si solo es la euforia del momento.

—Ya —contesta él—, me lo imaginaba. Bueno, ya que hoy nos ha dado por las confianzas, permíteme que te dé un consejo.

—Dispara.

—Piénsatelo bien. Quiero decir..., no tomes ninguna decisión apresurada si no estás seguro de poder honrarla. ¿Me he explicado?

—Vaya que sí. En cualquier caso, tranquilo; pienso exactamente como tú.

Nos miramos unos segundos, él con un aire irónico pero velado de reproche, yo esforzándome por poner cara de buen chico.

—Ah —añade metiéndose una mano en un bolsillo—, casi me olvido. En el cadáver de Rinaldi encontramos esto.

Me tiende una llave. Un viejo modelo de doble pala, de los que ya no se fabrican.

—¿Crees que puede ser de alguna caja fuerte de la sucursal?

Agarro la llave y la miro perplejo.

—No, seguro que no. Las de la caja fuerte y las de las cajas internas son de otro tipo, y las dos están aquí. Esta parece más bien de una caja fuerte de pared. ¿Habéis echado un vistazo en casa de Rinaldi, en Giulianova?

—Sí, y había una caja fuerte de pared. Pero no se abría con esta llave, de manera que tuvimos que forzarla. Había dinero en efectivo, algún que otro reloj de valor y poco más. ¿Podría ser de una caja de seguridad?

—No, lo excluyo; es demasiado grande. Lo siento, no sé qué decirte.

—Está bien —responde—, quédatela; puede que se te ocurra algo. Nosotros hemos hecho una copia.

—De acuerdo. Si descubro algo, te lo diré.

Conversamos unos minutos más, sobre todo del desarrollo de la investigación; luego, nos despedimos con la promesa de llamarnos pronto. Cuando Papale sale, dejo

la llave en la caja y miro el reloj. Es mediodía, aún queda mucho para la hora de comer.

Paso la media hora sucesiva despachando asuntos y poniendo al día los saldos de las libretas, descargando los ingresos de las pensiones. Noto que no estoy sereno; al contrario, estoy preocupado, incluso un poco ausente. Hasta cometo un par de errores y tengo que anular y repetir varias operaciones. Me digo que, con toda probabilidad, es la ansiedad que me produce el inminente encuentro con Assunta.

Pero esta explicación no me convence. Así que me detengo un momento y reflexiono tratando de dilucidar cuál es la verdadera razón de mi inquietud. No, no es Assunta. Es más bien Papale. Es como si me hubiera olvidado de decirle algo, algo importante. De forma distraída, mi mirada se posa en la llave que apareció en el cadáver de Rinaldi. En ese momento se enciende una lucecita. En un microsegundo vuelvo con la mente a las terribles horas que he intentado borrar de mis recuerdos en los últimos días. Las horas en que estuve encerrado en el semisótano del banco, cuando estaba casi seguro de que iban a matarme. Palpando el muro descubrí una vieja caja fuerte escondida detrás de una especie de ladrillo de piedra. Una caja fuerte de tipo Jano, denominada así porque tiene dos caras, como el dios al que veneraban los antiguos romanos. Pero ¿qué sentido tiene meter una caja fuerte de dos caras en un semisótano? Ninguno, a decir verdad. Esas cajas fuertes se utilizan para el paso de valores o correspondencia del interior al exterior y viceversa, y en un sótano no hay contacto con el exterior. Además, las cajas de dos caras funcionan con una apertura alterna. Una vez abierta una puerta con la llave, es imposible volver a abrirla si antes no se abre el otro lado. Se trata de una estratagema para impedir que haya problemas con las empresas de transporte y entrega. En caso de que faltara dinero, tanto si el depósito se ha efectuado de dentro afuera como viceversa, cabría pensar que alguien ha podido volver a abrir la caja por el mismo lado para sustraer los valores o el correo que contenía. Con la puerta interbloqueada es imposible. De igual forma, es imposible utilizarlas como cajas fuertes de pared. Una vez abierta la puerta para depositar algo, no se podría abrir de nuevo por el mismo lado.

A menos que... A menos que se manipule el dispositivo de bloqueo. Es posible, si bien no resulta nada fácil. El técnico de mantenimiento me explicó la manera de hacerlo en una ocasión. Se llamaba Vito Surricchio, un tipo genial. Si en lugar de

trabajar haciendo el mantenimiento de cajas fuertes se hubiera dedicado a la libre profesión de ladrón, habría amasado una fortuna.

Alzo el auricular para llamar a Papale y pedirle que vuelva. Pero luego me detengo. No sé por qué, quizá por temor a que me dé gato por liebre. O, lo que es más probable, porque prefiero verificarlo solo antes. Ni siquiera sé si es la llave correcta. La caja fuerte podría llevar muchos años ahí y haber sido utilizada antes para a saber qué fines. Quizá depositaban en ella los talonarios de cheques o las monedas metálicas. Decido comprobarlo.

Bajo la escalera de madera con suma cautela, como si estuviera ya en alerta por lo que puede esperarme en el piso de abajo. Enciendo la luz y me relajo un instante al ver que el archivo es distinto a como lo recordaba. Después de la intervención de la policía científica, de la financiera y de los investigadores, que se han turnado en las últimas semanas, está vacío y limpio.

Me acerco al muro junto al que me dejaron con las muñecas y los tobillos esposados. Lo palpo tratando de recordar cuál era el falso ladrillo. Al cabo de unos minutos, lo encuentro. He de reconocer que está bien mimetizado, deben de haberlo extraído de la piedra original. Se confunde a la perfección con el resto de la pared, hasta el punto de que nadie ha notado su existencia.

Intento sacarlo y me doy cuenta de que pesa mucho. Por lo visto, la adrenalina me dio fuerza para moverlo; con las manos esposadas, además.

Lo dejo en el suelo y, con cautela, meto la llave en la cerradura y trato de girarla.
Bingo.

Tres vueltas y la puerta de la caja de dos caras se abre. Dentro está oscuro, no puedo ver bien el contenido. Alargo una mano y palpo dentro. Hay una especie de álbum. Un álbum fotográfico.

Lo saco y me aseguro de que no hay nada más.

Me acerco a la estantería metálica del archivo, que ahora está completamente vacía, y apoyo el álbum en un estante. Empiezo a hojearlo.

Las primeras fotografías son de auténticas orgías. Hombres y mujeres desnudos follando en las posiciones más animalescas y obscenas que quepa imaginar. Reconozco a Carulli, el alcalde, y al brigadier Astolfi. Son unas fotos repugnantes de relaciones homosexuales, de coitos con viejas y con mujeres jóvenes de color, probablemente prostitutas. Me aterroriza la idea de encontrar en ellas imágenes de niños. En especial la de Albino.

Por suerte, no hay ninguna.

Sigo adelante, turbado por las cosas tan repugnantes que veo. Supongo que el álbum era el arma que utilizaba Rinaldi para chantajear a sus socios de negocios. Una especie de seguro de vida.

En las últimas páginas aparece un sujeto distinto. Una muchacha, muy joven, a buen seguro menor de edad. Está desnuda y se muestra al objetivo de forma voluntaria, sin el menor embarazo en la mirada. Las fotos la retratan en varias poses,

a todas luces inducidas, dado que no parece nada convencida. En una de ellas está de espaldas y se abre las nalgas con las manos. En otra está tumbada en una cama con las piernas completamente abiertas. Vuelvo a las primeras fotos, me concentro en su cara, olvidando su cuerpo perfecto.

Dios mío. No.

Sigo adelante.

En las otras poses aparece follando con un hombre. Lo reconozco, es Rinaldi, aunque mucho más joven.

Ella está a cuatro patas mientras él la sujeta por el pelo y la penetra por detrás. En otra le aprieta la cabeza contra su ingle y sonrío a la máquina.

Continúo.

En las fotos sucesivas, el corte de pelo de la mujer ha cambiado, pero eso no es todo. Tiene la barriga hinchada. Está embarazada. Otras fotos obscenas, otras relaciones sexuales. En algunas poses Rinaldi tiene la cabeza tapada con una capucha negra; debe de ser la que se ponía en las misas negras.

Mientras hojeo las últimas páginas del álbum se desvanecen todas mis dudas.

Las últimas fotografías son recientes. Rinaldi aparece idéntico a como lo conocí. También Assunta.

Llegan a eso de las dos y diez. Por primera vez veo a Albino vestido decentemente. Lleva una camiseta roja limpia, de Super Mario, un par de bermudas azules, unos calcetines de tenis y unas Superga de tela. Creo que, por fin, se ha bañado y se ha lavado el pelo. Se ha peinado con raya y su tez es más clara de lo habitual. En cambio, las gafas son las mismas, con la patilla sujeta por la cinta aislante.

Assunta está radiante.

Luce un vestido ligero, de algodón azul, con los hombros al aire, que resalta su maravilloso pecho. Calza unos zapatos altos, de cuerda, trenzados al tobillo. Tiene el pelo brillante, recién lavado, sujeto por una diadema celeste.

Estoy sentado en la caja, desbloqueo la esclusa y los dejo entrar.

—¿Se puede saber por qué no contestas al teléfono? —me pregunta preocupada—. Me he asustado. He dado de comer a Albino, porque tenía hambre. Creía que íbamos a comer los tres juntos.

—¿Como una familia? —pregunto mirándola a los ojos.

—¿Qué pasa, Giulio? ¿Ha sucedido algo que no sepa?

No le respondo. Cojo unos cuantos folios A4 de la impresora, varios bolígrafos y un par de marcadores.

—Ven, Albino —digo saliendo de la caja y tendiendo la mano hacia el niño—, ven a dibujar aquí.

Lo acompaño al escritorio del despacho que hay en la parte posterior, cojo la chaqueta que dejé en el sillón y la cuelgo en el perchero indicándole con un ademán que se siente. Le pongo delante los folios y los bolígrafos, él agarra uno y empieza a trazar unos signos en el papel blanco de forma mecánica. El dibujo es su pasión, su lenguaje primario. Saco del cajón del escritorio una caja de rotuladores y la dejo a su lado. Acto seguido, le acaricio la cabeza, pero él ya está totalmente absorto en su nueva obra de arte.

Vuelvo al salón: Assunta sigue donde la dejé y me sigue con una mirada interrogativa.

—Giulio...

Cojo el montón de fotografías del cajón y se las tiendo. Son todas aquellas en las que aparece ella, las he quitado del álbum.

—Ten. Si no me equivoco son tuyas.

Las mira conteniendo el aliento.

Estudio su expresión tratando de comprender lo que le pasa por la cabeza, lo que siente en este momento. Estaba seguro de que iba a ver la vergüenza en sus ojos, u odio. Odio hacia mí por haberla descubierto y humillado. Puede que desesperación, sensación de extravío.

En cambio, noto que en su mirada solo hay tristeza. Una tristeza infinita, profunda, que parece hundir su cara, robarle toda su belleza, la juventud, las ganas de vivir. Una tristeza ciega, absoluta. Mortal.

Me devuelve las fotografías con la mirada baja.

—No, quédatelas. Son tuyas —le digo—. No sabría qué hacer con ellas. A Papale le daré las otras, las de Astolfi, el alcalde y los demás locos furiosos que viven en este pueblo infernal. Espero que un incendio o un terremoto devore este sitio. Que devore a todos sus habitantes, todas sus casas y los árboles de sus bosques; a fin de cuentas, están contagiados sin remedio. Mancillados por todas las porquerías a las que han debido asistir. Incluso el aire lo está. Me parece irrespirable.

Sigue mirando al suelo con las fotos en la mano y el brazo tendido hacia mí. Después me mira. La suya es una mirada consciente, severa, carente de remordimiento.

—Pero ¿las has mirado bien? ¿Sabes cuántos años tenía la primera vez? ¿Cuando mi madre me llevó a él? Tenía trece.

Agarro el montón de fotos con un gesto brusco, busco una de las más recientes y la agito delante de sus ojos.

—¿Y aquí? ¿Cuántos años tenías? Es de este año, estás igual que ahora y también Rinaldi. Me has engañado, eras su mujer. Y Albino... Albino es vuestro hijo.

—Sí —responde—, es cierto. Albino es su hijo. Me dejó embarazada hace diez años; después, me obligó a casarme con ese hombre repugnante para ocultarlo. Quería coger al niño y escapar, huir de aquí. Pero tenía a todos en contra. Él, mi madre, mi marido... Todo el pueblo. Yo era suya. Era algo suyo. No puedes entenderlo, nunca sabrás cómo te sientes cuando te consideran un objeto, un juguete.

—¡Ahórrame esta escena, te lo ruego! Tuviste todas las oportunidades de escapar, de marcharte, de denunciarlo.

—¿Denunciarlo? —me interrumpe ella—. ¿Denunciarlo a quién? ¿A los carabineros? Ese cerdo, Astolfi, me deseaba, siempre me ha deseado. Soñaba con torturarme; si hubiera sido suya me habría tratado peor que a un animal. Al menos él, Rinaldi, me salvó de eso. Me protegía de los demás, yo era propiedad exclusiva de él, nadie podía tocarme, ni siquiera mi marido. Solo él.

—¿Y Albino? ¿A qué vino la historia del padre que estaba en el extranjero? ¿Por qué vio esas cosas... esas cosas monstruosas? Sus dibujos..., asistió a los homicidios,

a las misas negras. ¿Qué sentido tiene todo eso?

—La abuela de Albino... Era de verdad su abuela. Era mi madre. Cuando Rinaldi comprendió que el niño era retrasado quiso que estuviera con ella. A veces lo llevaba con él, lo obligaba a asistir a las misas negras, les decía a los demás que era el Anticristo, el hijo del diablo, y que no hablaba nunca porque lo que pretendía era vigilar, asegurarse de que en el pueblo todos hacían lo que debían.

—Pero, Cristo, ¿te das cuenta? ¡Todo eso es una locura, una locura sin sentido! ¿Y tú permitiste que sucediera? No, no creo en tu buena fe. No eres una víctima, tú estabas de su parte; me engañaste desde el principio, solo estuviste conmigo porque él te lo había pedido.

—¡No, eso sí que no! Jamás habría permitido que fuera de otro. Jamás. Poco importa que me creas; a estas alturas da igual, pero lo que hubo entre nosotros fue verdadero.

—Cuéntaselo a otro y coge estas fotos.

Albino llega en ese momento, se para a dos pasos de distancia y me señala la impresora. Agarro un grueso sobre acolchado y se lo paso a Assunta, que mete dentro las fotografías para que el niño no las vea.

—¡Albino! ¿Quieres más folios? —le pregunto—. Ten, cógelos. Coge todos, puedes quedártelos para después. También los bolígrafos. Ahora, sin embargo, debes marcharte, tengo que cerrar.

—Giulio...

—No —la atajo—. No hay nada más que decir. Me marchó.

He llamado a la dirección, a Ascoli, para anunciar que iba a cerrar antes. A estas alturas puedo permitirme cualquier libertad con los del banco.

Paolantoni se ha mostrado muy cordial, hemos quedado en vernos mañana en su despacho para «hablar de su futuro, querido Terenzi».

Cierro la caja fuerte, apago el ordenador y reajusto los mandos de la esclusa. Me pongo mi chaqueta ligera de lino y cojo la cartera. Me traje también una maleta con un poco de ropa, pero lo dejé todo en el apartamento. Pensaba quedarme unos días. Pensaba que... Pensaba cosas que ya no tienen ningún sentido.

En el escritorio del despacho de la parte trasera encuentro un folio de papel con un dibujo de Albino.

Tres figuras estilizadas, como siempre. Una, vestida de negro de pies a cabeza, lleva un muñeco en una mano. No, lleva gafas, así que no es un muñeco, sino un niño. Es Albino y la que lo coge de la mano es su abuela. La tercera figura es más alta, va vestida de verde y tiene el pelo oscuro y largo. Debe de ser Assunta. Esa noche llevaba una camiseta de ese color.

En el dibujo no hay sangre, no hay escenas de violencia ni signos inquietantes. Es evidente, me digo, que el niño ha querido olvidar todo lo demás y fijar su recuerdo en el último momento positivo, cuando estaba en casa con su abuela y su madre. Siempre y cuando sepa que Assunta es su madre.

No obstante, quizá el futuro le reserve un nuevo inicio. Puede que Assunta y él, juntos, consigan salir adelante, vivir una vida normal.

Puede que sea así o puede que no. Lo único cierto es que ya no es asunto mío.

Han limpiado el apartamento. Assunta pensó en hacerlo cuando hace unos días le dije por teléfono que pensaba volver al pueblo.

En la mesa de la sala me ha dejado un jarrón de cristal azul con unas flores campestres que emanan un aroma fresco y agradable. Por suerte esta mañana no deshice la maleta. La cojo, aún está cerrada; la dejo delante de la puerta y me vuelvo para echar una última ojeada a estas cuatro paredes, a este lugar en que he vivido la

experiencia más alucinante de mi vida. ¿Cómo pude pensar que podía recomenzar aquí? Lo único que deseo ahora es escapar, dejar a la espalda estas semanas de pesadilla y fingir que solo ha sido un mal sueño. Cierro las ventanas que abrí esta mañana para airear el ambiente y me palpo un bolsillo de la chaqueta buscando la llave que mañana entregaré al banco. Tengo la mala costumbre de olvidar dónde he puesto las cosas dos segundos después de haberlas dejado en algún lado. Una especie de reajuste inmediato de la memoria, relativo sobre todo a un objeto en particular: las malditas llaves de casa. Que, de hecho, no están en el bolsillo de la chaqueta. No obstante, encuentro otra cosa. Unos folios. Los saco pensando que puede ser un extracto del banco o de una carta que me he olvidado de archivar.

Pero son unos dibujos. Los dibujos de Albino.

Debió de metérmelos ahí mientras discutía con Assunta esta mañana en el banco. La chaqueta estaba cerca de él, en el despacho de la parte posterior, colgada del perchero.

Los abro conteniendo la respiración. Los sujetos son los mismos del dibujo que encontré encima del escritorio.

En el primero, Assunta empuña un objeto. Una pistola. La abuela está como suspendida en el aire y en lugar de la cabeza tiene una gran mancha escarlata.

En el otro la figura vestida de negro está en posición horizontal en el suelo. Mucho rojo alrededor. Y hay un nuevo sujeto, una figura enorme y encapuchada.

Rinaldi.

También aparece Assunta. Está clavándole un cuchillo enorme mientras unas salpicaduras rojas salen de su barriga transformando la figura negra en una especie de fuente escarlata.

Me quedo petrificado. Soy idiota. Doblo los folios y los meto de nuevo en el bolsillo. Mi mente se ofusca, como si un flujo imponente de pensamientos tratase de abrirse camino a través de un paso demasiado estrecho para contenerlos todos y generase una suerte de *feedback*, que me deja completamente desconcertado. Mientras intento ordenar este caos con los ojos clavados en el suelo, noto que en mi visión periférica de la sala ha cambiado un detalle. El equilibrio de las sombras y de los colores se ha transformado, ha aparecido algo que antes no estaba. Alzo la mirada y en el recuadro de la puerta de la calle, que dejé entornada, veo a Assunta. Está guapísima, como siempre. Me escruta con ojos neutros, impasibles, como si estuviera viéndome por primera vez. Sus brazos cuelgan a ambos lados del cuerpo y empuña algo en la mano derecha.

Es un cuchillo grande, puntiagudo, de carnicero.

—Assunta... ¿qué...?

—¡Tú! —me grita apuntándome con un dedo—. ¡Lo has estropeado todo!

—Assunta, pero ¿de qué estás hablando? Tú fuiste... —Saco los dibujos del bolsillo y se los enseño—. Tú mataste a Rinaldi y a tu madre. ¡Estás loca! ¡Siempre has estado loca!

—¡No! —grita como una endemoniada—. ¡Tú estás loco! Creías que me había enamorado de ti, ¿verdad? En cambio, solo estuve contigo porque él me lo había ordenado. ¡Siempre fui suya! ¡Él era un hombre poderoso, un hombre con un proyecto grandioso! ¡Y ahora su hijo, Albino, recibirá su herencia!

Da medio paso hacia mí blandiendo el cuchillo. Reculo buscando con el rabillo del ojo algo con lo que defenderme. Tengo que hacerla hablar, debo ganar tiempo.

—¿Herencia? —pregunto disgustado—. ¿Te refieres al dinero que robasteis a una mujer muerta a la vez que engañabais a un pueblo de viejos analfabetos y matabais a la gente? ¿Ese era vuestro gran proyecto?

—Sigues sin entender nada. Esos eran simples instrumentos. Medios para alcanzar el objetivo, un objetivo más alto, más importante. Criar al que un día habría tenido el poder. El verdadero poder, el de decidir la suerte de los hombres. De todos los hombres. El poder del Anticristo.

Está completamente loca. Cree a pies juntillas en todas las gilipolleces que Rinaldi contó a los habitantes de este pueblo. Retrocedo un poco más, con lentitud, mientras ella se acerca a mí apretando el mango del cuchillo, con tanta fuerza que las yemas de sus dedos están empezando a ponerse blancas. Tengo que distraerla, impedir que me ataque.

—¿Qué sucedió esa noche en casa de tu madre? ¿Por qué los mataste, a ella y a Rinaldi?

—¿No lo entiendes? Tuve que hacerlo. Tuve que matarlos a los dos para no poner en peligro nuestro plan. Mi madre se ocupaba de Albino para no levantar sospechas. Nadie debía entender cuáles eran nuestras verdaderas intenciones. Por eso tuve que sacrificarla a ella también, ¡porque ella lo sabía! Les hicimos creer a todos que los ritos en el bosque, los sacrificios humanos, eran un medio de exorcizar el influjo maléfico de la brujería en el pueblo. Una especie de defensa contra el mal de ojo, contra la miseria y la muerte que nos habían echado encima los barones De Santis con sus rituales mágicos. Y funcionó, funcionaba desde hacía varios años hasta que llegaste tú. Por culpa tuya y del carabinero, Papale, corrimos el riesgo de que descubrieran nuestro proyecto. Esa noche Rinaldi quería escapar, sacarme de aquí, pero vivir como prófugos habría sido demasiado peligroso. No habríamos tenido la tranquilidad necesaria para completar la formación de Albino, necesitábamos más tiempo. Los que sabían debían morir.

—Cristo... Pero tú sigues viva, la única.

—Porque era necesario que alguien siguiera adelante con el proyecto.

—Pero ¿de qué coño de proyecto hablas? ¿No entiendes que Rinaldi os engañó a todos? ¡Tuvo en un puño a todo el pueblo aprovechándose de su ignorancia y del miedo que una absurda leyenda popular había logrado instilar en vuestros cerebros enfermos! Y logró tenerte en un puño haciendo el triple juego, creíste en una historia de satanismo tan banal que parece copiada de una pésima película de serie B. Obligasteis a ese pobre inocente a participar en vuestros crímenes, en vuestras

aberraciones. Estos dibujos prueban que Albino tuvo que presenciar los dos últimos homicidios de una larga serie.

Nos miramos unos segundos. Ahora estoy en posición, debo provocarla para que me ataque.

—Pobre loca ilusa —le digo cabeceando—. Te tragaste un montón de sandeces. Debes saber que apenas hubiera ingresado el botín, Rinaldi habría desaparecido y te habría dejado en este pueblo de mierda sirviendo vino a granel a esos jubilados perversos. Es probable que esa noche solo fuera a verte para taparte la boca, ¡figúrate si pensaba sacarte de aquí! Pero eso ya no tiene importancia, porque se ha terminado. Toda esa mierda ha terminado. Ahora irás directa a la cárcel.

De repente alza la mano con la que empuña el cuchillo y da un salto hacia mí. Su cara ya no es la que conocía. Le rechinan los dientes y tiene los ojos abiertos en una máscara de auténtico odio.

Me hago a un lado. Mientras hablaba he conseguido acercarme todo lo posible a la mesa. Siento que el golpe que me asesta lacera la carne de mi brazo. No tiene importancia, dado que iba dirigido al corazón. En ese mismo instante, consigo agarrar el jarrón de cristal. Giro sobre mí mismo a pesar del dolor y golpeo a Assunta con todas mis fuerzas. El jarrón se rompe en mil pedazos en su cabeza y la hace caer contra una silla y luego al suelo, inconsciente.

Me aprieto el brazo herido y, de una patada, aparto el cuchillo con el que pretendía matarme, como a Rinaldi. La miro mientras yace en el suelo, desmayada, entre flores y pedazos de cristal azul. De improviso comprendo que siempre fue ella la que dirigió el juego.

A saber qué historia absurda se habría inventado para justificar este último homicidio.

La ambulancia, los coches patrulla, las preguntas del juez, las miradas de reproche del jefe de la policía y del coronel de los carabineros. En las últimas horas he vuelto a ver una película que ya conocía. No obstante, esta vez ha concluido de forma diferente, con Assunta esposada y a bordo de una camioneta de la policía penitenciaria, que se la llevó de aquí. Por suerte el careo fue bastante breve, dado que no dejó de gritarles a todos a la cara cosas absurdas sobre el gran «proyecto» de Rinaldi, presa de una especie de delirio esquizofrénico.

Papale fue el último en marcharse. Insistió en acompañarme personalmente a Ascoli, a mi casa, y me costó mucho disuadirlo y convencerlo de que me encontraba bien.

Ahora la plaza está totalmente vacía, como el día en que llegué a Castrognano por primera vez. Alzo la mirada hacia la ventana de enfrente del banco. Por un segundo me estremezco de miedo imaginando que la cortina se abre y aparece de nuevo la cara difuminada de la baronesa De Santis. Por suerte, no sucede nada de todo esto. La cortina permanece en su sitio, las puertas, cerradas y no se ve a nadie en el horizonte.

Bien. Me marcho.

Subo al coche, maniobro en la plaza desierta y emboco la carretera que me sacará para siempre de esta pesadilla.

Tras recorrer unos trescientos metros, vislumbro a alguien a lo lejos, al margen de la carretera. Me acerco a él frenando y veo que es Albino. Ahora que se han llevado a Assunta se ha quedado solo. Deben de haberse olvidado de él.

Está sentado en un mojón y sigue con la mirada mi coche. Pienso en pararme para despedirme de él, darle un beso, darle un poco de dinero. Pero después comprendo que sería inútil. Sería un error, una dolorosa equivocación. Para mí y para él.

Así que prosigo, lo rebaso y acelero de nuevo. Por el espejo retrovisor veo que sigue mirándome sentado en la piedra.

Me digo que no es mi hijo, que no tengo ninguna deuda con él, ninguna obligación. Al contrario, abriendo la caja de Pandora de este maldito pueblo, poniendo punto final a la podredumbre que infestaba este lugar y su vida, puede que le haya regalado un futuro. He hecho por Albino mucho más de lo que nadie ha hecho

por él desde el día en que nació.

Otro debe ocuparse de él ahora. Se encargarán los servicios sociales, es probable que estén yendo ya a recogerlo.

Recorro varios kilómetros y me detengo, mira tú por dónde, en la consabida explanada, la del primer día, la del falso accidente de Rinaldi. Me apeo del coche para quitarme la chaqueta y colgarla en la percha que hay en el asiento trasero, como suelo hacer. Miro alrededor y tengo la impresión de vivir un *déjà vu*. Las montañas majestuosas e inmóviles, el cielo de un color azul tan límpido que casi me aturde.

Y el aire por fin terso. Limpio. Este aire huele de forma distinta a la de ese día. Hoy huele a libertad, a felicidad, es como si portase la promesa de un nuevo inicio.

He decidido que llamaré a Lucilla.

Será lo primero que haga cuando vuelva a casa. Tenemos muchas cosas que decirnos, muchas cosas que aclarar.

Sí, eso haré.

Subo de nuevo al coche y me quedo inmóvil unos segundos con la mano en la palanca de cambio. Después arranco de nuevo, pero invierto el sentido de la marcha y me dirijo de nuevo al pueblo.

Albino sigue ahí, sentado donde lo dejé hace unos minutos. Lo dejo atrás unos veinte metros y después doy la vuelta al coche dejando en el asfalto una buena porción de los neumáticos. Paro el coche justo delante de él y me inclino para abrir la puerta del copiloto.

—Sube —le digo. No se lo hace repetir dos veces—. ¿Sabes ponerte el cinturón de seguridad? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Ok —digo inclinándome hacia él—, yo lo haré.

Lo acomodo en el asiento, le levanto un bracito para pasar el cinturón de seguridad por el sitio correcto. Compruebo que la hebilla esté bien fijada y después vuelvo a la posición anterior.

—¿Estás cómodo? —le pregunto. Él asiente con la cabeza—. Bien. Podemos irnos entonces.

Le toco la punta de la nariz y le doy un leve pellizco en la mejilla. Él se vuelve y, puede que por primera vez desde que lo conozco, veo que se dibuja en su cara una mueca muy similar a una sonrisa.

Arranco de nuevo en dirección al valle y esta vez no miro una sola vez por el espejo retrovisor.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Sergio y a Giovanna por haber creído en esta novela.

Gracias a Loredana Rotundo y a Chiara Beretta Mazzotta, en una palabra: ¡indispensables!

Gracias a Mauro *Hank Moody* Marcialis, que me da siempre los consejos justos (pese a que, a veces, se niega a escuchar los míos).

Gracias a Luca Covi, una persona rara en un ambiente muy complicado.

Gracias a Marilù Oliva, Riccardo Sedini, Andrea Villani, Daniela Basilico, Fabrizio Canciani, Andrea Carlo Cappi, Lucio Teini, por su apoyo y por la amistad que han demostrado en el terreno.

Gracias a Mauro *Stilelibero* Falciani, porque lleva una vida en vías de extinción: la de librero independiente.

Gracias a Yozo Tokuda por el entusiasmo con el que saca adelante el proyecto que él sabe.

Gracias a Stefano di Marino *por la sangre vertida* (en sus libros...).

Gracias a Andrea G. Pinketts. La G, además de por «genio», le corresponde por «generoso».

Gracias a Tiberio Timperi por su amistad y por su compromiso a favor de los padres separados.

Gracias a Sergio *Alan D.* Altieri, un maestro excelso, un hombre de una pieza.

Gracias a mi madre, a Francesco, a Cettina.

Gracias a mis hijos Lorenzo y Sara por el tiempo que les robo cuando escribo.

Gracias a Raul Montanari, que me enseñó a leer y a escribir y que sigue vigilándome.

Gracias a Sonia, que me ha enseñado a mirar la vida de forma distinta. Con todo el amor del mundo.

Esta novela debe mucho a los maestros Eraldo Baldini y Pupi Avati. Se lo agradezco públicamente con la esperanza de que un día puedan leerla y apreciarla.



ROMANO DE MARCO Nacido en Francavilla al Mare el 6 de octubre de 1965, gerente de seguridad de uno de los grupos bancarios más grandes de Italia, comenzó a escribir en 2009 con la novela *Ferro e fuoco*. En 2011 lanzó su segunda novela *Milano a mano armata*. En enero de 2013 es el tiempo de *En casa del diablo* editada en España por la editorial Bóveda. En enero de 2014 aparece su cuarta novela *Desaparecida*. En 2015 publicó dos novelas *Ciudad de polvo* y *Morte di Luna*. En 2017 publica *L'uomo di casa*.

Colabora con la revista *Writer's Magazine Italia*, dirigida por Franco Forte, escribe artículos periodísticos para *Giallo Mondadori*, colabora con varios blogs.

Notas

[1] Algunas de las frases y palabras en cursiva del texto están escritas en el dialecto de la región de Abruzzo, en este caso significa «¿Quieres abrir esta jodida puerta?». (*N. de la T.*). <<

[2] «Aquí tienes el carné. ¿Va bien?». <<

[3] «Era un tipo un poco extraño». <<

[4] «Nada, hostia». <<

[5] «Assu, ¿nos traes el vino tinto con gaseosa sí o no?», «Sí, ahora se lo llevo, ahora se lo llevo». <<

[6] «Assu, ¿y el vino?». «Sí, sí, aquí está el vino». <<

[7] «No había nadie, hostia». <<

[8] *Diabolik* es el título de un cómic italiano creado por las hermanas Angela y Lucianna Giussani. *Diabolik* —también conocido como el Rey del Crimen— pertenece a la categoría de los antihéroes típicos de este tipo de cómics, donde los protagonistas se caracterizan por su sadismo y violencia (*N. de la T.*). <<

[9] «Ahora llamaremos al general Garofalo en persona. Ah, no, me olvidaba, ¡se ha jubilado!». El general Garofalo fue durante muchos años jefe del departamento científico de los carabinieri, el mayor exponente en Italia de las técnicas de investigación científica de vanguardia (*N. de la T.*). <<

[10] «Solo que aquí no hay nada, coño». <<

[11] Término despreciativo e irónico con que se denomina también a los carabineros (N. de la T.). <<